

REVISTA HISTORAR

AÑO 2020. VOL. N°2

ISSN

NÚMERO ESPECIAL MUNDO ANTIGUO



DEPARTAMENTO DE HISTORIA
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CATAMARCA

Revista HISTORIAR

Universidad Nacional de Catamarca

Rector

Ing. Flavio Sergio Fama

Vice Rectora

Dra. Elina Azucena Silvera de Buenader

Facultad de Humanidades

Decana

Mgter. Patricia Irme Breppe

Vice Decano

Lic. Faustino Orlando Abarza

Secretaria de Posgrado e Investigación

Dra. Silvia Lucia Fernández

Director de Publicaciones

Mgter. Leandro C. Arce

Director Departamento de Historia

Prof. Jorge Alberto Perea

Vice Directora

Esp. Roxana Inés Gutiérrez

Revista HISTORIAR

Año 2020

Volumen numero 2

ISSN

DIRECTORA DE LA REVISTA

Esp. Elvira Isabel Cejas

COMITÉ EDITOR DE LA REVISTA

Mgter. Judith Bazán

Lic. Walter Herrera

Mgter. María del Valle Barrionuevo

EDITOR ASOCIADO

Prof. Arturo Dábalo

CONTACTO

revista.historiar@huma.unca.edu.ar

IMAGEN DE TAPA

Estela de la victoria de Naram-Sin, actualmente exhibida en el Museo del Louvre, París

COMISIÓN DE REFERATO

Dr. Marcelo Campagno. Universidad Nacional de Buenos Aires. CONICET.

Dra. Natalia Ruiz de los Llanos. Universidad Nacional de Salta

Dr. Diego Barreyra Francaroli. Universidad Nacional de Buenos Aires. CONICET

Mgter. Susana Ferreyra. Universidad Nacional de Córdoba.

Prof. Perla Rodríguez. Universidad Nacional de Salta

Mgter. María del Valle Barrionuevo. Universidad Nacional de Catamarca

ÍNDICE

PRÓLOGO Augusto Gayubas	Pág. 4
DIFABIO ELBIA HAYDEE Donativos para la veneranda Hera en <i>Antología Palatina 6</i>	Pág. 7
RODRIGUEZ ROBERTO RAMÓN Iconografía de la guerra y legitimación del poder: El caso del Estado Asirio	Pág. 20
GAYUBAS AUGUSTO Guerra Guerra, recursos y poder en el valle del Nilo preestatal	Pág. 33
ALVAREZ, MARIA SILVIA El origen del estado en Egipto y Mesopotamia: indicios de coerción y violencia en la Paleta de Narmer y el Vaso de Uruk	Pág. 48
ZAPATA HORACIO MIGUEL HERNAN ¿Por qué es importante estudiar la historia del cercano oriente antiguo? Reflexiones desde (y para) una perspectiva intercultural	Pág. 63
BAZÁN, JUDITH DEOLINDA DEL VALLE. HERRERA, WALTER NORBERTO El tratamiento del surgimiento del Estado en los libros de textos del Nivel Secundario	Pág. 108

PRÓLOGO

La reflexión histórica es una actividad intelectual. En tanto tal, no es ajena a las inquietudes y urgencias del momento y el lugar en que la investigación es llevada a cabo, el material es analizado y los enunciados son comunicados. Dicho de otro modo, el historiador no podría, aunque quisiera, sustraerse a los debates contemporáneos, y está, por lo tanto, condenado a intervenir –con el rigor que demanda su profesión– en las discusiones que atraviesan a la sociedad, acaso incluso a iluminar temas o problemáticas que pudieran permanecer ocultas o resultar opacas.

Una observación tal, que puede parecer evidente (y sin embargo no lo es) para los estudios de historia contemporánea o –en nuestra región– americana, es igualmente atinada en relación con otras experiencias históricas, toda vez que el abordaje de éstas constituye un ejercicio intelectual que conlleva contestar preguntas que son formuladas en el presente.

El estudio de las sociedades antiguas del Mediterráneo oriental no escapa a tales aseveraciones, como tampoco lo hace su tratamiento desde Sudamérica. Muy al contrario, el diálogo entre la producción que se transmite desde los centros tradicionales dedicados a la historia antigua (mayormente europeos y norteamericanos) y las cavilaciones que, conducidas desde los márgenes, han aportado consideraciones teóricas y recursos interdisciplinarios de otro modo soslayados, revela el modo en que diferentes formaciones académicas pueden construir caminos diversos pero complementarios hacia la comprensión histórica. Y que una participación desde el hemisferio sur tiene el potencial de introducir miradas novedosas en el seno de disciplinas que, de otro modo, estarían destinadas a pensar exclusivamente desde el centro. Ello explica la pertinencia de dedicar a la historia antigua un número de la revista del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Catamarca, integrado por contribuciones de investigadores provenientes de distintos puntos de la Argentina.

El presente dossier recorre tres aspectos de la ponderación intelectual en torno a la historia antigua. El primero de ellos es el de la indagación histórica propiamente dicha. Tres artículos exponen los resultados de sendas investigaciones sobre problemáticas y áreas de estudio específicas. Uno de ellos corresponde a Elbia Difabio, quien desde su

formación en filología griega ofrece un análisis filológico-histórico de una serie de epigramas contenidos en la Antología Palatina del siglo X, compilación de poemas breves compuestos en lengua griega entre la época arcaica y el período bizantino, cuyo libro VI, dedicado a epigramas votivos, incluye cinco textos asociados al culto a la diosa Hera. Traducidos del griego por la autora, estos epigramas arrojan información no sólo sobre la dimensión religiosa en las épocas examinadas sino también sobre la relación de ésta con otras esferas de la vida personal (celebraciones familiares, roles de género) y, al menos en un caso, del ámbito político (una práctica de utilidad bélica correspondiente a la época persa).

Los trabajos de Roberto R. Rodríguez y Augusto Gayubas exploran un mismo fenómeno –la guerra– pero en contextos históricos dispares y ahondando en distintas dimensiones de análisis. El primero evalúa el rol de textos e imágenes en la consolidación y justificación de la dominación político-militar del imperio neasirio, infiriendo un vínculo indisociable entre guerra, ideología y poder. El segundo, por su parte, identifica condicionamientos y posibilidades materiales y políticas de la práctica bélica en las comunidades no estatales que habitaron el valle del Nilo entre el período Neolítico y comienzos del Predinástico. Ambos estudios se sirven de enunciados y categorías provenientes del diálogo con otras disciplinas, como la antropología, la arqueología, la nueva historia militar o la sociología, y una lectura conjunta permite reconocer una notoria divergencia entre, por un lado, la dinámica militarmente expansiva y políticamente centralizadora de la experiencia estatal del imperio asirio, y por el otro, la tendencia a la dispersión y el carácter difuso de las diferenciaciones sociales que se asocian al ejercicio de la guerra entre las comunidades regidas por el parentesco en el valle del Nilo preestatal.

La violencia también ocupa un lugar de importancia en las páginas dedicadas por María Silvia Álvarez a dos artefactos decorados de las épocas de emergencia y expansión de lo estatal en el valle del Nilo y la Baja Mesopotamia, esto es, la paleta de Narmer y el vaso de Warka. Recuperando algunos postulados teóricos del historiador Marcelo Campagno y conjugándolos con interpretaciones vigentes en torno a los motivos iconográficos presentes en dichos objetos, la autora rastrea indicios de la “capacidad de coerción” de las élites estatales en los dos escenarios históricos señalados, tanto bajo la forma del ejercicio concreto de la violencia como de la práctica de la tributación.

El segundo aspecto tratado en este dossier, considerado por Horacio Miguel Hernán Zapata, atañe a la pregunta misma sobre por qué estudiar historia antigua y, más específicamente, la historia del Cercano Oriente antiguo. Allí se ensaya una respuesta a tal interrogante partiendo de una reflexión historiográfica y atendiendo al potencial del abordaje de diversidad de experiencias histórico-sociales como forma de profundizar el conocimiento histórico, eludir preconcepciones etnocéntricas y expandir los “horizontes de interlocución cultural en el presente”.

Tal análisis se complementa con la contribución de Judith Bazán y Walter Herrera que se ocupa del tercer aspecto: la transferencia didáctica. Se trata de un relevamiento sobre el modo en que un problema casi fundante a la hora de pensar la historia antigua oriental, esto es, el surgimiento de lo estatal en contextos primarios, es presentado (o no) en los libros de texto sugeridos en los diseños curriculares de un curso y una jurisdicción en particular, como es el primer año del Ciclo Básico de la escuela secundaria en la provincia de Catamarca. Los autores cuestionan ciertos resabios de antiguas lecturas evolucionistas, así como el simplismo y la superficialidad de los contenidos, y exponen una propuesta que llama a tener en cuenta nuevos enfoques (incluidos aquellos producidos por investigadores formados y que se desempeñan en la Argentina), remarca la importancia de estudiar y enseñar el cambio histórico en su complejidad y aboga por reconocer la existencia histórica de modalidades diversas o alternativas de organización social.

Así, en las páginas que siguen desfilarán conceptos y categorías que conectan lo antiguo con lo contemporáneo, tales como política, Estado, parentesco, violencia, guerra, ideología, religión, recursos. Incluso inferencias que aluden a continuidad o cambio. En suma, reflexiones en perspectiva histórica que apuntan a problematizar –en la academia, en el diálogo público y en los ámbitos educativos– aspectos diversos de la experiencia social, tanto pasada como presente.

Dr. Augusto Gayubas

Universidad de Buenos Aires – CONICET

DONATIVOS PARA LA VENERANDA HERA EN *ANTOLOGÍA PALATINA* 6¹**Elbia Haydée Difabio**

elbiad@ffyl.uncu.edu.ar

UNCuyo

Resumen

El libro sexto de la *Antología Palatina* (en adelante *AP*) ha conservado cinco epigramas dedicatorios, ἀναθηματικά ἐπιγράμματα, para Hera, cuyos responsables son Arquíloco de Paros, Crinágoras de Mitilene, Diodoro, una voz femenina -Nosis de Locro, en el sur de Italia- y uno anónimo. El más antiguo se remonta al VIII a. C. y el último datado corresponde al I d. C. Cada donativo se relaciona con la circunstancia por la cual el oferente suplica o retribuye la ayuda. Así, el epigrama 6.341 armoniza literatura e historia y atestigua el obsequio depositado en el Hereo de Samos por el constructor Mandrocles (documentado por Heródoto IV.88). Hera preside, en especial, la vida femenina en todas sus fases y recuerdan esta incumbencia sus epítetos πρηϋνων μισονόθοιο χόλον, “que odia a los hijos bastardos” (*AP* 16.94.8) y γαμοστόλος, “diosa del matrimonio” (*AP* 7.188.3). En el libro 6 se la llama Ἡ τε Σάμου μεδέουσα καὶ ἡ λάχες Ἰμβρασον... πότνα (234.1 y 2), “La que vela por Samos y reina del Ímbraso”; Ἐληθυῶν μήτηρ... τελείη (244.1), “madre de las Ilitias... la perfecta” y τιμήεσσα (265.1), “venerada”.

A partir de la traducción personal del original griego; del cotejo con sus versiones latina, italiana e inglesa, más el análisis integral de estos refinados versos se extraen reveladores elementos sobre las funciones y el culto rendido a quien representa a la esposa y madre universal.

Palabras clave: *Antología Palatina* - libro sexto - Hera

Abstract:

The sixth book of the *Greek Anthology* has preserved five dedicatory epigrams, ἀναθηματικά ἐπιγράμματα, for Hera, in charge of Archilocus of Paros, Crinagoras of Mytilene, Diodorus, a female voice -Nosis of Locris, in south Italy- and an anonymous one. The oldest dates back to VIII a. C. and the last one corresponds to I A.D.

¹ La investigación surge a propósito del proyecto SeCTyP que dirijo, titulado “Análisis integral del libro sexto de la *Antología Palatina*. Prácticas culturales: ofrendados, donativos y oferentes. (Código 06/G728, Resol. R. N° 3853, 10/11/2016 al 31/08/2018)

Each donation is related to the circumstance for which the offerer begs or rewards for the help. Thus, the epigram 6.341 harmonizes literature and history and attests to the gift deposited in the Heraion of Samos by the constructor Mandrocles (registered by Herodotus IV.88).

Hera presides, in particular, the feminine life in all its phases and reminds her through her epithets *πρηϋνων μισονόθοιο χόλον*, "that hates the bastard children" (AP 16.94.8) and *γαμοστόλος*, "goddess of marriage" (AP 7.188.3). In book 6 it is called "Ἡ τε Σάμου μεδέουσα καὶ ἡ λάχες Ἴμβρασον ... πότνα (234.1 and 2), "The one who watches over Samos and queen of the Ímbraso"; Ἐληθσιῶν μήτηρ ... τελεΐη (244.1), "Ilithyias' mother ... the perfect one" and *τιμήεσσα* (265.1), "worshipped".

From the personal translation of the original Greek, the comparison with its Latin, Italian and English version plus the integral analysis of these polished verses, revealing elements are extracted about the functions and the cult stated to whom symbolizes the universal wife and mother.

Key words: *Greek Anthology* - sixth book - Hera

Introducción

El libro 6 de la AP ha conservado cinco epigramas dedicatorios, ἀναθηματικὰ ἐπιγράμματα, para la celosa Hera, la del furor irreprimible, cuyos responsables son Arquíloco de Paros, Crinágoras de Mítilene, Diodoro, una voz femenina -la de Nosis de Locro- y uno anónimo. Abarcan una franja de varios siglos, concretamente desde el VIII a. C. al I d. C. Cada texto es una unidad en sí misma pero, a la vez, la "cala" compilada en su conjunto armoniza y complementa facetas de la divinidad protectora del matrimonio y de la familia.

A partir de la traducción personal del original griego, del cotejo con sus versiones latina, italiana e inglesa, más el análisis integral de estos refinados versos se extraen reveladores elementos sobre sus atribuciones y prácticas culturales, que arman un rompecabezas poético cuyo resultado es una nítida semblanza de la diosa. De ello resulta un aspecto imprescindible en la religión griega: los dioses no son solitarios, necesitan imperiosamente del contacto entre ellos -y así, la vida en el Olimpo, muchas veces entre disputas y malos entendidos- y con los seres mortales. Y estos depositan en aquellos la esperanza de un mejor destino a sus tribulaciones y temores mediante regalos, en una ecuación tan sencilla como actual en muchos creyentes: el *do ut des*.

Marco teórico - conceptual

La metodología aplicada se sustenta en la crítica filológica e histórica, mediante tres etapas secuenciadas y complementarias: indagación del contexto histórico-cultural, análisis textual y filológico y estudio hermenéutico. Por ende, el recorrido respetado -adecuado a la naturaleza

del género epigramático- es el habitual en el campo de la investigación en Humanidades y, en particular, en el de la Filología Clásica. Consiste, en definitiva, en la lectura, selección, análisis y valoración de las fuentes primarias originales griegas; la contextualización histórico-geográfico-social-política de cada poema (en el caso de los anónimos, la datación no siempre se efectiviza; a veces se logra por pistas lingüísticas y a veces por detalles históricos, geográficos o políticos); la traducción personal; la transcripción de la versión latina y la confrontación de dichas fuentes con las versiones inglesa e italiana; el análisis integrado de cada epigrama (niveles léxico, semántico, pragmático, temático, estilístico, retórico, discursivo, ideológico e intertextual); la clasificación y jerarquización del repertorio estudiado (en este caso, cinco poemas); la lectura de bibliografía crítica y la búsqueda de imágenes pertinentes.

La conservación de este inagotable poemario permite la recuperación de muchos datos importantes del vivir, sentir y creer helenos, por lo cual ha devenido óptimo documento de la vida pública y privada, en muchos casos de personajes humildes. Los textos pueden servir de puente para examinar el potencial formativo de la cultura griega antigua en la presentación plástico-sintética de valores, inquietudes, fortalezas y debilidades de la naturaleza humana, sobre todo si la galería de posibilidades es amplia y múltiple. Así, por ejemplo, en el libro objeto de estudio aparecen como oferentes distintos oficios masculinos (carpinteros, pescadores, jardineros, músicos...) y circunstancias femeninas de diversa índole, referidas a edad, estado o actividad (soltería, matrimonio, maternidad, sacerdotisas y cortesanas).

Además, la complementariedad de *AP* con textos provenientes de otra literatura, de la filosofía, la política, la historia y la religión antiguas habilitan a establecer la intertextualidad desde las categorías teóricas y emergentes del análisis crítico de las obras, para iluminar el corpus mediante el estudio de fuentes intrínsecamente relacionadas. En suma, se trata de una investigación inter- y trasdisciplinaria en la que interactúan la lengua griega antigua, la retórica, la filosofía de la cultura, la religión y las prácticas culturales, la ética, el arte, la geografía y la historia.

Estos epigramas votivos o dedicatorios se escribían a pedido del o de la donante y se adjuntaban a las ofrendas que se dejaban en lugares sagrados, por lo general como pago ante un favor concedido, corolario de una promesa (*votum*) previamente formulada. Como consecuencia del estado de la cuestión, existe una significativa área de vacancia en el campo de la traducción y análisis filológico de este libro en particular. Dicho sea de paso, la traducción respeta la idea de comunicabilidad entre culturas, según plantea Bruno GENTILI (1996).

Por ende, de dicha traducción y del análisis consiguiente se extraen reveladores elementos sobre el culto de Hera, que arman una especie de rompecabezas poético cuyo resultado es una semblanza más nítida de la diosa. En obras literarias diversas -épica, tragedia y lírica; prosa-, es llamada χρυσοπένδιλος, "la de sandalias de oro" (*Od.* 11.604; *Teog.* 454); χρυσόθρονος,

palabra poética, “de áureo trono” (*Il.* 1. 611, *AP* 9.165.5); Ἄργειη, “argiva” (*Il.* 4.8); λευκώλενος, “de blancos brazos” (*Il.* 1.55 y 572); ζηλήμων, “celosa” (*AP* 16.90.3); πρόσβα, “honorable” (*Il.* 5.721); Ἀκραιά, “que habita en las alturas o protectora de las cumbres”, su apelativo en Corinto (Eurípides, *Medea* v. 1379). Varios refieren a su condición de guardiana de los esponsales, como Ζευδιξία, en Argos (*Etymologicum Magnum*² 409.28; de ζεύγνυμι, uncir, unir); Διὸς κυρδὴ παρράκοιτις, “venerable compañera de lecho de Zeus” (*Il.* 21.479); Ζυγίη, “que preside las uniones”, “que une a los esposos” (Apolonio Rodio 4.96, *AP* 7.188.4); σύγγαμος, “esposa” (*AP* 9.248.5); Γαμήλιος³, “que tutela el matrimonio” (en varios pasajes de Plutarco; por ejemplo fr. 157, línea 59).

Y estas cualidades, atributos e incumbencias aparecen igualmente en el género epigramático. En efecto, la Cronida ostenta entre sus epítetos, los de προηϋνων μισονόθοιο χόλον, “que odia a los hijos bastardos” (*AP* 16.94.8) y γαμοστόλος, “la diosa del matrimonio” (*AP* 7.188.3). Preside la vida femenina en todas sus fases, de ahí que en el libro objeto de estudio se la llame πότνα (234.2), Ἐληθσιῶν μήτηρ... τελείη (244.1), τιμήεσσα (265.1). Lejos de ser espontáneas, las ofrendas están motivadas y se relacionan con las causas que han ocasionado el donativo; en uno de los poemas el mismo sacerdote le habla y le agradece el auxilio divino.

Desarrollo

133. APXIAOXOY – De Arquíloco (VII a. C.)

Ἀλκιβίη πλοκάμων ἱερὴν ἀνέθηκε καλύπτρην

Ἥρῃ, κουριδίων εὖτ' ἐκύρησε γάμων.

Archilochi

Alcibie capillorum sacrum appendit velum

Junoni, legitimas quando sortita est nuptias.

Alcibia dedicó el sagrado velo de sus trenzas

a Hera, cuando consiguió sus legítimas bodas.

Predomina, con fuerza, el dialecto jónico, cinco veces en tan breve poema: Ἀλκιβίη, ἱερὴν y καλύπτρην en la primera línea más Ἥρῃ y κουριδίων en el siguiente. Se suma, además, el poético εὖτ'(ε) en lugar de ὅτε. Los nombres de la oferente y de la ofrendada se ubican,

² Ἐτυμολογικὸν Μέγα, léxico bizantino más importante que se conserva.

³ Gamelion (enero) es el mes de las bodas. Se celebraba la fiesta de las Gamelias o Teogamia, unión de Zeus y Hera.

significativamente, en sitio preferencial. Los adjetivos *ίερήν* y *κουριδίών* dan cuenta del ámbito ritual y del agradecimiento de la nueva cónyuge: en latín *sortita* (de donde consorte) y *nuptias* y *lawful*, legal, respectivamente.

243. ΔΙΟΔΩΡΟΥ – De Diodoro (¿I d. C.?)

Con ese nombre hay varios epigramatistas: Diodoro a secas, el Gramático, de Sardes, el Joven... En la *Guirnalda* o *Corona de Filipo*, segunda gran recopilación de epigramas de la Antigüedad, concretada posiblemente bajo el mandato de Nerón (54-68), el compilador y también poeta tesalonicense compara en su proemio a Diodoro, sin más datos, con la violeta.

“Ἡ τε Σάμου μεδέουσα καὶ ἡ λάχες Ἴμβρασον Ἥρη,

δέξο γενεθλιδίους, πότνα, θυηπολίας

μόσχων ἱερὰ ταῦτα, τὰ σοι πολὺ φίλτατα πάντων

ἴσμεν, ὅσοι μακάρων θεσμὸν ἐπιστάμεθα.

εὔχετ' ἐπισπένδων τάδε Μάξιμος· ἢ δ' ἐπένευσεν

5

· Μοιράων δ' οὐκ ἐμέγηρε λίνα.

Diodori

“*Quæ et Samo prospicis, et Imbrasum sortita es, Juno,*

accipe natalicia, domina, sacrificia

vitulorum hæc sacra, quæ tibi longe carissima omnium,

si pii beatorum deorum legem cognovimus.”

Has preces-fundebat libans-simul Maximus; illaque annuit

5

Plane, et Parcarum non inviderunt fila.

“La que vela por Samos y reina de Imbros, Hera,

acepta, señora, estos sacrificios por mi cumpleaños,

estas terneras sagradas, las más queridas de todas para ti,

si [nosotros] los sacerdotes conocemos la ley de los bienaventurados.”

Rogaba esto, derramando libaciones, Máximo y ella lo consintió

5

con firmeza y los hilos de las Moiras no se negaron.

La ubicación es precisa: la isla que guarda su templo y el río Imbros que desemboca en el mar junto a su santuario. Se sabe que su ἄγαλμα tenía una corona y estaba cubierta con un gran velo de la cabeza a los pies.

En este caso, se acompaña la ofrenda con libaciones (ἐπισπένδων, v. 5), componente cultural muy importante.

La adjetivación, muy cuidada por cierto, incluye γενεθλιδίους (v. 2); se la ha preferido, por razones métricas, a γενέθλιος, “relativo al nacimiento o que lo preside”; de igual modo, por cuestiones métricas, πόννα es variante de πόννια, término homérico con intención arcaizante en esta composición (cfr., por ejemplo *Od.* 11.180 y 546 e *Il.* 6.413). Además, el genitivo plural épico Μοιράων, no contraído, remite, otra vez, a tal propósito. La entrega de terneras recuerda su usual Βοῶπις, “de ojos boyunos” o “de ojos de novilla”; estos animales se inmolaban habitualmente en su homenaje, aunque el primer día de cada mes recibía una cerda.

En cuanto al vocabulario, resulta elocuente la elección del sustantivo θεσμόν, uno de los integrantes del grupo sémico “ley” en griego, con todo el peso de “lo que está establecido” por su generosa raíz θε-/θω-/θα-: posición.

244. ΚΡΙΝΑΓΟΡΟΥ – De Crinágoras (I a. C. – I d. C.)

Κριναγόρας (70 a. C.-18 d. C.), Crinágoras -también conocido como Crinogoras y Crinagorasis- es poeta cortesano. Patrocinado por los círculos aristocráticos e influyentes de Roma, dedica varias de sus creaciones a César Augusto Octavio (ca. 63 a. C.-14 d. C.), a quien caracteriza mediante atributos políticos y/o religiosos. Según las inscripciones encontradas en su ciudad de origen, Mitilene, participó en tres embajadas a Roma: ante el César en 48/47 y en 45 y ante Augusto en 26/25 a. C. El poeta se inspira en Octavio y su familia (su sobrino Claudio Marcelo, su única hija Julia, su hijo adoptivo Tiberio), en varios de los cincuenta y un epigramas suyos conservados en la antología de Filipo, comprendida a su vez en la *Palatina*. El mismo Filipo le asigna el fruto de la hiedra o κόρυμβος (vv. 7-8) en su *Guirnalda*.

Crinágoras ha dejado testimonio en 6.244 de la devoción de las parturientas a la diosa mayor y a sus hijas, las Ilitias. Es factible que el texto aluda al embarazo del que nació el político y militar Germánico (15 a. C.) o al de *Julia Livilla* (13 a. C.). A pesar de que no se especifica la ofrenda, el último verso justifica la súplica en una concentrada alabanza a las casas poderosas. Entre otras divinidades invocadas durante el parto, es asimismo protectora la romana Juno bajo el epíteto de Lucina, derivado de *lux, lucis*; esto es, “la que trae los niños a la luz, la que ayuda en los alumbramientos”.

Ἥρη, Ἐληθυῖων μήτηρ, Ἥρη τε τελείη

καὶ Ζεῦ, γινομένοις ξυνὸς ἅπασι πάτερ,
ὠδῖνας νεύσαιτ' Ἀντωνίη ἴλαοι ἐλθεῖν
πρηεῖας μαλακαῖς χερσὶ σὺν Ἡπιόνης,
ὄφρα κε γηθήσειε πόσις μήτηρ θ' ἔκυρή τε· 5
ἢ νηδὺς οἴκων αἶμα φέρει μεγάλων.

*Juno, Ilithiarum mater, Junoque Perfecta,
et Jupiter, nascentibus communis omnibus pater,
puerperium annuite Antoniae propitii venire
mite, mollibus cum manibus Epiones,
ut gaudeat vir, materque socrusque.*

5

Hic uterus domuum sanguinem fert magnarum.

Hera, madre de las Ilitias, Hera la perfecta

y Zeus, padre común para todos los que nacen,

escuchen mis súplicas y concedan que acudan dolores benignos de parto a Antonia,

con ayuda de las delicadas manos de Epione,

para que se regocije su esposo, su madre y su suegra:

5

sus entrañas llevan la sangre de grandes casas.

El pedido, seguramente del esposo, *Nero Claudius Drusus*, tiene referente histórico. Casado con Antonia, hija de Octavio, Druso es hijo de Tiberio Claudio Nerón y de Livia, que luego contraería bodas con Augusto. Antonia, la Augusta, a su vez es abuela del emperador Calígula.

El ruego para que Epione, esposa y colaboradora de Asclepio, asociados como pareja en el culto, sea una matrona eficiente, pone de relieve la supremacía indiscutida de la pareja regente, la hierogamia más excelsa del Olimpo, más todavía cuando se nombra raramente a Epione: ella, arquetipo del matrimonio consumado; él, plenitud de potencia sexual creadora.

Por su parte, Ilitia es la protectora de las parturientas. En el mito es hija de esta diosa (*Teog.* 922, *Il.* 11.271) y en plural eran asociadas a Ártemis. En la épica puede acelerar o impedir el nacimiento (*Il.* 16.187, 19.103), *Himno homérico a Apolo* 97). En *Il.* 19.111-119 la esposa divina de Zeus decide:



Hera Campaña
Copia romana en mármol del original
helenístico (¿II d. C.?)
Museo del Louvre

Hera abandonó de un salto el pico del Olimpo
y con presteza llegó a Argos de Acaya, donde sabía
que estaba la poderosa esposa de Esténelo Persida.
Esta estaba encinta y ya había entrado en el séptimo mes;
mas sacó a la luz a su hijo, a pesar de los meses que faltaban,
y suspendió el parto de Alcmena y retuvo a las Ilitias.

En realidad, en los orígenes se conocían dos Ilitias, hijas de Hera, quienes llevaban el dolor -con sus aceradas flechas- pero también la liberación del mismo mediante el parto. Desde Homero, se fusionaron, con la misma atribución de patrona de los nacimientos. En su *Heraion* de Argos, uno de sus santuarios favoritos⁴, recibía el apelativo de Ilitia e incluso podría tratarse de un simple desdoblamiento de la diosa. El segundo calificativo, “la que lleva a feliz término todo”, refuerza la necesidad y el interés por un proceso de parto con buen fin y refiere a su función como garante del matrimonio y de la procreación legítima.

En cuanto a Ilitia, el nombre probablemente no sea griego. Es una divinidad muy antigua, atestiguada en las tablillas micénicas en lineal B. Su culto se extendía por Grecia continental y las islas Cícladas pero era reverenciada, en especial, en Laconia (dos templos en Esparta, Pausanias 3.14.6 y 17.1) y en Creta. La devoción por ella se extiende desde la época minoica (ca. 3500 - ca. 1400) hasta los tiempos imperiales (a partir del 30 a. C.). En una gruta en Tsoutsouros (Inatos), en la costa sur de Creta, Ilitia Inatia recibía figuras votivas de embarazadas y parturientas.

Se la representaba con una antorcha que simboliza los dolores quemantes, abrasadores, del parto o con los brazos en alto, indicando que el recién nacido era guiado hacia la luz.

En el poema examinado, la ubicación inicial de los nombres de Ἥρη y Ζεῦ seguramente ha sido forjada ex profeso. Se privilegia, en orden y en epítetos, a la primera. Se advierte en todo el epigrama el orden intencional de la sintaxis, junto con figuras de estilo como aliteración de sonidos aspirados a lo largo del texto, anástrofe en la cuarta línea y formas poéticas jónicas Ἥρη... τελείη, v. 1; Ἀντωνίη, v. 3; πρηείας, v. 4; ἔκυρή, v. 5) y una ática: ξυνός, v. 2. En el mismo verso, podría haberse conservado el participio γιγνομένοις, anterior a γινομένοις, ya que la primera sílaba corresponde al *longum* del pie. Además, emplear ἄπασι (v. 2), con ἄ colectiva -en lugar de πᾶσι- asegura eufonía después de consonantes.

265. ΝΟΣΣΙΔΟΣ - De Nosis (finales del IV a. C.)

Los dieciséis libros de la *AP* recogen epigramas atribuidos a casi 340 poetas y otros anónimos, todos ellos testimonio de quince o dieciséis siglos de literatura griega. Entre los epigramatistas,

⁴ En Argos, su estatua había sido esculpida por Policlecto, nacido ca. 420 a. C. en dicha ciudad (cfr. *AP* 16.216).

en mayoría masculina abrumadora, figuran algunas pocas referentes femeninas, además de Safo. Ellas son Erina de Lesbos o de Telos, Ánite de Tegea y Nosis de Locro, de las cuales se conservan muy pocos datos. Sobre la última, solo se sabe que vivió a finales del IV a. C. en el sur de Italia y que cultivó, como Safo, la poesía mélica. Sin embargo, puesto que Nosis escribió su propio epitafio (7.718), es factible extraer de ese poema algunos datos biográficos.

Ἡρα τιμήεσσα, Λακίνιον ἅ τὸ θυῶδες
 πολλάκις οὐρανόθεν νεισομένα καθορῆς,
 δέξει βύσσινον εἶμα, τό τοι μετὰ παιδὸς ἀγαυὰ
 Νοσσίδος ὕφανεν Θεοφιλις ἅ Κλεόχας.

Nossidis

*Juno veneranda, Lacinium quæ thure-fragrans
 sæpe cœlitus deveniens aspicias,
 accipe byssinam vestem, quam bibi cum filia præclara
 Nosside texuit Theophilis, gnata Cleochæ.*

Hera honorable, que el Lacinio fragante
 tantas veces desde el cielo contemplas,
 acepta este vestido de lino que para ti con su hija ilustre
 Nosis tejió Teofflide, hija de Cleoca.



Columna del templo de Hera Lacinia Capo Colonna, Calabria

El promontorio Lacinio (hoy *Capo Colonna*) se ubica en el extremo oriental de Calabria, cuna de la Magna Grecia. Ese peñón era famoso en la Antigüedad por el templo de Hera Lacinia, llamada así a manera de gentilicio. Como el tejido y la costura eran actividades típicamente femeninas, nieta, madre y abuela están unidas en el ofrecimiento. Además, Polibio (XII, 5, 6) testimonia

que en Lócride, patria de Nosis, la genealogía era matrilineal, a diferencia del resto de Grecia: “(...) *entre ellos las familias nobles lo son por vía femenina y no por masculina*”.

En un marco dórico (ἅ, vv. 1 y 4; ἀγαυὰ, v. 3), es especialmente significativa la adjetivación: τιμήεσσα, dirigida a la diosa “digna de honra”; imagen olfativa en θυῶδες, “perfumado”, v. 1; βύσσινον, “hecho de lino muy fino” y ἀγαυὰ, “noble”, en v. 3. La asistencia uránica se refuerza

con el adverbio de tiempo (πολλάκις, v. 2) y, aplicado a Hera, el verbo καθορῆς, da idea de contemplar de arriba abajo, en su totalidad, gracias a su componente preposicional.

341. ἸΑΔΗΛΑΟΝ - Anónimo

El poema armoniza historia y literatura. En efecto, Mandrocles de Samos era ingeniero y construyó un puente sobre barcas (σχεδῆς, v. 2) ca. 515 a. C., a pedido de Darío de Persia. El monarca lo recompensó espléndidamente porque le permitió trasladar a su ejército, en la campaña de 515 a. C. contra la región euroasiática de la Escitia.

Mandrocles depositará su recuerdo conmemorativo en el Hereo⁵ en Samos, ubicado en el sur de la isla y uno de los mayores templos helenos de la historia. Según cuenta Heródoto de Halicarnaso (IV.87-88): “Vuelvo a Darío, quien después de contemplado el Ponto, se volvió atrás hacia el puente, cuyo ingeniero o arquitecto había sido Mandrocles, natural de Samos. (...) El sitio del Bósforo en que el rey Darío fabricó aquel su puente, es puntualmente, según mis conjeturas, el que está en medio de Bizancio y del templo de Júpiter situado en aquella boca.”

Βόσπορον ἰχθυόεντα γεφυρώσας ἀνέθηκε

Μανδροκλέης Ἥρη μνημόσυνον σχεδῆς,

αὐτῷ μὲν στέφανον περιθείς, Σαμίοισι δὲ κῦδος,

Δαρείου βασιλέως ἐκτελέσας κατὰ νοῦν.

Anonymi

Bosporo piscoso pontem-impositum dedicavit

Mandrocles Junoni, monumentum ratium-junctarum,

Illum quidem corona ornans, Samios autem gloria,

Darii regis ad mentem re-perfecta.

Habiendo hecho franqueable el Bósforo rico en peces, dedicó

Mandrocles a Hera este recuerdo de su puente de barcas.

Ciertamente, recayó sobre él una corona y sobre los samios, gloria,

por cumplir con Darío soberano según su designio.

El epigrama está copiado en la *Historia* y antes Heródoto ha explicado:

Por su parte, Mandrocles, como primicias de los presentes recibidos, hizo representar en un cuadro todo el puente del Bósforo, así como al rey Darío sentado en primer plano

⁵ Sus dos *Heraia* principales son el de Argos, en el Peloponeso, y el de Samos, isla bañada al norte por el mar Icario.

en un trono y el desfile de su ejército cruzando el estrecho. Una vez terminada la pintura que había encargado, la consagró en el Hereo con la siguiente inscripción.

Entonces se incorpora el poema, aunque no se aclara si ha sido creación pictórica del mismo Mandrocles.

Heraion de Samos



¿Por qué se brinda el donativo a esta diosa? ¿Acaso por la cercanía del templo y la “jurisdicción” sagrada en dicho entorno? No es una incumbencia habitual en Hera ser protectora de las estrategias bélicas o del mar⁶.

El elegante ejercicio del poeta se refleja, además, en la esmerada elección de formas épicas y jónicas: Μανδροκλέης... Ἡρη... σχεδίης, v. 2;

Σαμίοισι, v. 3; βασιλέως, v. 4. El adjetivo que califica al hoy estrecho de Estambul -ιχθυόεντα, latín *piscoso*- aparece ya en Homero; su sufijo ρεντ, “rico en”, forma infinidad de adjetivos clasificadores-. El legítimo orgullo individual, mediante la corona, se condice con la gloria colectiva. De cuño heroico, κῦδος puede incluso traducirse como “renombre”, “fama”.

En síntesis:

Epigramatista			Epigrama				
Autor	πόλις	siglo	Nº	Oferente	Ofrenda	Motivo	Otras observaciones
Arquíloco	Paros	VII a. C.	133	Alcibia	velo	casamiento	
Nosis	Locro	IV a. C.	265	Nosis, Teófilide y Cleoca (nieta, madre e hija)	vestido	---	Templo famoso de Hera Lacinia en Calabria.
Crinágoras	Mitilene	I a. C. – I d. C	244	esposo	---	parto	Mención a Zeus, Ilitias y Epione.
Diodoro		¿I d. C.?	243	Máximo	terneras	cumpleaños	
Anónimo	---	---	341	Mandrocles	cuadro	finalización de puente	Santuario célebre de Hera en Samos.

⁶ Sin embargo, en un poema de Safo encontrado recientemente en un papiro del siglo III, hoy conservado en la Universidad de Oxford, y que se ha titulado “Los hermanos” (o “Los dos hermanos”), la diosa también es protectora del mar y se le solicita que Caraxo, hermano de la poetisa, llegue a salvo y con su barco intacto.

Conclusiones

Este género poético, primoroso y docto, iba dirigido en especial a un círculo suficientemente capacitado para estimar la estricta técnica compositiva, sobre todo la forma exquisita y el manejo lingüístico perspicaz y delicado, con resabios antiguos -homéricos por ejemplo- y neologismos inusitados, más formas métricas acuñadas y fonéticamente armoniosas.

Gracias a su sensibilidad, los poetas resultan agentes mediadores e intérpretes agudos de su propia época y de etapas anteriores. Nos permiten reconstruir el entorno propio de cada escena fijada en verso y la anécdota individual, singular, en tanto humana -profundamente humana- se universaliza. Mediada por los procedimientos estéticos, la palabra se transforma en producción cultural de carácter social conformada por textos que evidencian los imaginarios sociales, económicos, filosóficos, psicológicos, religiosos, educativos, desde los cuales creó cada autor. Desde este encuadre, los epigramas también se erigen en centrales testimonios de época. (No olvidemos que epigramatistas de la talla de Anacreonte, Teócrito, Calímaco, Lucilio, Luciano, Páladas, Agatías, entre tantos otros, se valieron de esta forma poética y que existe un significativo abanico de textos conservados, notables por su persistencia e ingenio.)

La retribución a la diosa es variada como también los oferentes, individuales y en un trío, varones y mujeres, donantes de distintas edades y oficios, además de los dos sitios de culto donde se especifica que allí han quedado los obsequios. Salvo el último caso, todos recompensan a Hera, imprescindible en y para la comunidad, impulsados por situaciones familiares muy apreciadas, que la diosa, magnánima, ha concedido. Son vivencias y creencias personales, privadas, que se plasman en una extremada y efectiva sujeción expresiva e indirectamente permiten recordar la modalidad y los lugares de devoción.

Fuentes

Primarias

ALAN CAMERON (Trad.), *The Greek Anthology from Meleager to Planudes*, Oxford, Clarendon Press, 1993.

FABRIZIO CONCA *et al.*, *Antologia palatina*, t. 2, Torino, Unione Tipografico-Editrice Torinese, 2009.

ERNESTUS DIEHL (Comp.), *Anthologia Lyrica Graeca*, Leipzig, Teubner, 1949-52.

FRIEDRICH DÜBNER (Ed.), *Epigrammatum Anthologia Palatina cum Planudeis ET appendice nova epigrammatum veterum exlibris ET marmoribus ductorum. Grnestusaee et latine. Volumen Primum*, Parisiis, Firmin-Didot et Sociis, 1927.

MANUEL FERNÁNDEZ GALIANO (Trad.), *Antología Palatina (epigramas helenísticos)*, t. 1, Madrid, Gredos, 1978.

GUILLERMO GALÁN VIOQUE (Trad.), *Antología palatine*, t. 2, Madrid, Gredos, 2004

ANDREW SYDENHAM FARRAR GOW & DENYS LIONEL PAGE, *The Greek Anthology: the Garland of Philip and some Contemporary Epigrams* (2 vol.), Cambridge, University of Cambridge, 1968.

WILLIAM ROGER PATON (Ed.), *The Greek Anthology*, London-Cambridge, Harvard University Press, (1956-58). Edición bilingüe.

RICARDO SÁNCHEZ ORTIZ DE URBINA (Ed.), *Safo y sus discípulas*, Madrid, Ediciones del Oriente y el Mediterráneo, 2009.

P. WALTZ, J. GUILLON *et alii* (Eds.), *Anthologie Grecque*, Paris, Les Belles Lettres, 1928-1980. Edición bilingüe].

<http://www.perseus.tufts.edu>. Recuperado 10 de julio, 2018.

Secundarias

MANUEL BALASCH RECORT (Trad.), *Historias. Libros V-XV*, Madrid, Gredos, 1981.

LUCÍA LIÑARES (Trad.), *Hesíodo. Teogonía. Trabajos y días*, Buenos Aires, Losada, 2005. Edición bilingüe.

AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ y ALFONSO MARTÍNEZ DÍEZ (Trad.), *Hesíodo. Obras y fragmentos*, Madrid, Gredos, 1983.

CARLOS SCHRADER (Trad.), *Heródoto. Historia. Libros III-IV*, Madrid, Gredos, 1971. Biblioteca Clásica Gredos 21.

MARTIN LITCHFIELD WEST (Trad.), *Hesiod. Works and Days*, London-Cambridge, Harvard University Press, 1978.

Bibliografía consultada

GEORG AUTENRIETH, *Homeric Dictionary*, London, Duckworth, 1991.

BRUNO GENTILI, *Poesía y público en la Grecia antigua*, Barcelona, Sirmio-Quaderns Crema, 1996.

ANTONIO CAMARERO, *Vocabulario elemental de la cultura clásica griega*, Bahía Blanca, Ediciones del Autor, 1975.

NORMAN DOUGLAS. *Birds and beasts of the Greek Anthology*. Recuperado 8 de marzo, 2018, desde <http://bestiary.ca/etexts/douglas1928/douglas1928.htm>

PIERRE GRIMAL, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2008.

ANTONIO GUZMÁN GUERRA, *Manual de métrica griega*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1997.

HENRY GEORGE LIDDELL & ROBERT SCOTT (Eds.), *Greek-English Lexicon*. 3rd. ed., Oxford, Oxford University Press, 1996.

ANTONIO RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica*, Madrid, Gredos, 2015.

JUSTO VICUÑA y LUIS SANZ DE ALMARZA, *Diccionario de los nombres propios griegos debidamente acentuados*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1998.

ICONOGRAFÍA DE LA GUERRA Y LEGITIMACIÓN DEL PODER: EL CASO DEL ESTADO ASIRIO

Prof. Lic. Roberto R. Rodríguez⁷

Universidad de la Patagonia San Juan Bosco

Resumen

Sin dudas, todos los orientalistas concuerdan que la guerra en la macrorregión conocida como "Cercano Oriente antiguo" tuvo una relevancia significativa desde un punto socio-político y para la legitimación del poder de la realeza, como lo han demostrado las documentaciones textuales e iconográficas proporcionadas por los Estados territoriales ó Imperios de esa región, desde fines del Cuarto al Primer Milenio a.C.

Nuestro interés se centrará en el Estado asirio (a partir del siglo XIV a.C. y hasta su extinción a fines del siglo VII a.C.) que, en su fase de expansión militar, sometió grandes zonas del Mediterráneo Oriental e ingresando en el sistema de relaciones internacionales de la época y que, luego de un proceso de cambios en su estructura política, se convirtió en un *Imperio* de dominación.

Desde un enfoque interdisciplinar (principalmente desde los aportes de la Antropología política), analizaremos el corpus iconográfico de la guerra (elaborado en el lapso histórico señalado) en consonancia con el programa de justificación ideológica de la imagen del Estado asirio, para una mejor comprensión de las relaciones sociales de poder y los cambios y continuidades en la producción de recursos iconográficos.

Palabras claves: asirios- poder- ideología

Abstract

Without any doubt, all the orientalist agree that the war in the macroregion known as the "ancient Near East" had a significant relevance from a socio-political point and for the legitimation of the power of royalty, as the textual and iconographic documentation has shown. provided by the territorial States or Empires of that region, from the end of the Fourth to the First Millennium BC.

⁷ Filiación institucional: Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco-Sede Comodoro Rivadavia (U.N.P.S.J.B.)/Universidad Nacional de la Patagonia Austral Unidad Académica San Julián (UNPA-UASJ). Prof. Adj.Ordinario Cátedra Historia de la Antigüedad Clásica. Prof. Adj.Ord. Cátedra Antropología Sociocultural. Es fundador y coordinador de la revista "Sociedades Antiguas del Creciente Fértil". Investigador en las áreas de Historia del Cercano Oriente e Historia de la Antigüedad Clásica, Antropología Sociocultural y Didáctica de las Ciencias Sociales.

We shall focus our interest on the Assyrian State (from the 14th century BC until its extinction at the end of the 7th century BC) which, in its military expansion phase, subdued large areas of the Eastern Mediterranean and entered the system of international relations of the epoch and that, after a process of changes in its political structure, it became an Empire of domination.

From an interdisciplinary approach (mainly from the contributions of political anthropology), we will analyze the iconographic corpus of war (developed in the indicated historical period) in accordance with the program of ideological justification of the image of the Assyrian State, for a better understanding of the social relations of power and the changes and continuities in the production of iconographic resources.

Key words: assyrians-power- ideology

INTRODUCCIÓN

Desde un enfoque interdisciplinar, las producciones historiográficas sobre la guerra en el Cercano Oriente antiguo, comenzaron a despertar interés desde hace pocas décadas.

Epistemológicamente debemos destacar que a partir de la década del '80 del siglo XX hubo cambios renovadores en el campo de las Ciencias Sociales, desarrollándose un área de estudios para distintas disciplinas, mediante fuentes testimoniales directas o el trabajo de campo. Como ejemplo, temáticas muy abordadas ha sido el estudio de la etnicidad, legitimación del poder, y la noción de "guerra" en los Estados territoriales e Imperios antiguos. La significatividad de los estudios interdisciplinares radicaba en que sus herramientas teóricas posibilitaron un cambio de enfoques para las investigaciones dedicadas a las problemáticas históricas del Mundo Antiguo. Pues, hasta entonces, el campo de la Historia Antigua se había desarrollado bajo el apoyo de disciplinas afines como la Filología o la Arqueología. Con sus métodos propios y su distanciamiento en la elaboración de modelos teóricos, había permanecido aislada y desconectada de los avances de otras ciencias sociales. La consecuencia fue un acercamiento entre historiadores y científicos sociales, logrando el beneficio de una mejor comprensión de problemáticas relacionadas con los procesos históricos en el Mundo Antiguo (sea el Cercano Oriente o Mundo Grecorromano), especialmente cuando la relación se lograba con las investigaciones y modelos desarrollados en el campo de la Antropología (Cultural y/o Política).

De acuerdo a las fuentes textuales e iconográficas existentes, no hay ninguna duda de que la guerra, en las sociedades antiguas, no sólo había adquirido un rol significativo para la solución de conflictos políticos, sino también para la elaboración de imágenes presentes en producciones artísticas y arquitectónicas, como sustentos ideológicos del poder estatal.

También debemos tener en consideración que existió un creciente desarrollo de monumentos e inscripciones, desfiles conmemorativos y narraciones de acontecimientos de guerra, que nos revelaban que la violencia y/o guerra han sido expresiones emblemáticas del poder estatal.

El poder, la capacidad de un individuo o grupo para lograr sus objetivos al obtener una respuesta o comportamiento deseados en otros (Mann 1991: 340-341), es claramente esencial para la institución de la realeza. Sin embargo, es significativo que el concepto de poder no implique acción directa por parte de la persona o grupo que ejerce el poder. En cambio, el poder se refiere a la percepción que las personas o grupos subordinados tienen, o están hechos para tener, de aquellos que ejercen el poder. Los reyes no eran intrínsecamente diferentes de otras personas, sólo ejercían un "gran poder personal" porque son percibidos por otros como pertenecientes a un estrato especial de la sociedad humana. Instituir la realeza era, por lo tanto, la creación, mantenimiento y diseminación de las diferencias sociales imaginadas.

El poder siempre necesitó construir permanentemente nuevas discursividades para su legitimación y ejercicio, las mismas que las hacía en el terreno de lo simbólico, para construir así un sentido de realidad sobre quienes lo ejercían. No existía ejercicio y legitimación del poder sin una construcción simbólica que hacía posible el ejercicio invisible del poder (Balandier, 1994: 19). El poder legitimador de la sociedad reside principalmente, en el plano simbólico que es donde se internalizan los sentidos de forma más natural. Es la legitimación que se instituye a través de los valores, los hábitos socialmente instituidos, las creencias, las costumbres, etc. (Berger & Luckmann, 2006: 123-127). Son este tipo de sentidos vitalmente internalizados los que hacen que el sujeto asuma un comportamiento institucionalizado, incorporando como naturales las formas de poder que la sociedad crea.

En las sociedades antiguas han prevalecido las manifestaciones visibles, ritualizadas, de los elementos del poder y de aquellos que los ostentaban, desde la ritualización sacral del poder. Toda manifestación externa de poder conllevó, necesariamente, una ritualización simbólica de la misma⁸.

En el caso del Estado Asirio, para comprender su proceso histórico, contamos con dos tipos de fuentes principales. Las fuentes arqueológicas (armas, relieves, sitios fortificados, entre otras) y las fuentes escritas (anales reales, informes, cartas, etc.), ambas relativamente abundantes. A pesar de las exageraciones introducidas en los archivos estatales y omisiones intencionadas en los relieves y/o iconografía, lo significativo es que las reinterpretaciones

⁸ Gracias al bagaje teórico-metodológico que nos brinda la Antropología Política, podemos entender que los símbolos son fenómenos socioculturales complejos y poseen una implicación en las relaciones de poder. La iconografía es un instrumento conceptual que hace posible el análisis de situaciones, hechos y objetos que deben comprenderse o explicarse, en el marco de la búsqueda del conocimiento. Además, la información iconográfica que nos brinda las fuentes asirias, se constituye en representaciones culturales, cuyo análisis hace posible la comprensión de procesos históricos específicos. En otras palabras, la información iconográfica nos permitirá entender el uso que se hace de las imágenes en un determinado contexto histórico-político (Cohen, 1979: 60-61)

históricas demuestran el éxito y eficacia del sistema militar asirio en la construcción y consolidación de un Imperio tan conflictivo dentro y fuera de sus fronteras.

¿Quiénes fueron los asirios?

Desde una lectura lingüística, los asirios pertenecían a la “rama afroasiática”, dentro de una gran rama, la semita, pues hablaban un dialecto de la lengua acadia. A mediados del Tercer milenio a.n.e. en adelante, su ciudad, Assur, situada en el norte mesopotámico y cerca del río Tigris, se hallaba integrada periódicamente en Estados que tenían sus centros en el sur de Mesopotamia. Ello trajo como consecuencia la identificación del dios Assur con la divinidad babilónica Enlil, posiblemente durante el reinado del conquistador del sur Samsi-Addu (Radner, 2014: 101).

En la primera mitad del Segundo Milenio a.n.e., este centro urbano y comercial empezaba a adquirir una creciente importancia. De enclave comercial (de súmeros y acadios), se convertía en sede de una dinastía local iniciada por un tal Puzur-Assur, y cuyos gobernantes llevaban nombres acadios (González Wagner, 1993: 112). Estaban estratégicamente situados en una importante ruta comercial entre Akkad y Sumer al sur y Anatolia y Siria al norte. Aparecieron primero como comerciantes que establecieron colonias mercantiles (*karu*) a partir de Assur, como por ejemplo Kanish, establecida en el sudeste de Asia Menor. De esta colonia contamos con archivos que datan de entre los siglos XX al XVIII a.n.e.

Desde el siglo XIV a.n.e., la autodesignación de Asiria fue *mat Aššur*, que se refería tanto a la ciudad de Assur (ó Qala’at Sherqat, en el norte del actual Iraq) como a la deidad del mismo nombre, cuyo templo se encontraba en dicha ciudad⁹.

Lo más significativo fue la transformación notable de su estructura socio-política. Luego de una etapa de conflictos internos por cuestiones de legitimidad dinástica y pérdida de control de territorios debido a la hegemonía del Estado de Mitanni, en el siglo XIV a.n.e. los asirios, aprovechando el vacío de poder soberano en el norte de Mesopotamia con la caída de los mitanios, convirtieron Aššur como el centro de un Estado territorial, emprendiendo una política de expansión, y durante las épocas del Reino Medio e Imperio, dicho Estado adquirió una impronta fuertemente militarista. Desde entonces, los gobernantes usarán el título de “rey” y definirán sus dominios como la “tierra de Aššur” (Rodríguez, 2006; Mann, 1991: 336; Radner, 2014: 102). Su divinidad Aššur será visto como el verdadero señor del mundo, una visión ciertamente moldeada por los éxitos políticos y militares, y dicha noción se utilizaba, a su vez, para legitimar la afirmación del rey asirio como un soberano universal.

⁹ Es necesario aclarar que Assur designó tres conceptos diferentes desde el punto de vista etimológico: a) La primera de las tres capitales que tuvo Asiria a lo largo de su historia; b) el territorio central de la zona de Assur; y c) el dios supremo.

Con Ashur-Uballit (en la época denominada "Reino Medio", cuyo reinado se fecha entre los años 1363 a 1328 a.n.e.) (Liverani,1995: 469), el Estado Asirio salió de una posición marginal, asumiendo el título de "*Gran Rey*", con un gran interés de ingresar en el sistema de relaciones internacionales, tal como quedó registrado en dos cartas de el-Amarna (Egipto), escritas por este rey asirio al rey egipcio Amenofis IV, con el objetivo central de lograr un intercambio diplomático y comercial (Moran, 1987).

A lo largo del siglo XIII a.n.e. Asiria, bajo sus reyes Adad-Nirari I, Salmanasar I y Tukulti-Ninurta, comenzó a anexar territorios estratégicos desde el punto de vista comercial, como la región de Arrapha en el este, que iba hacia la llanura irania. El control de esta región significaba contener las incursiones de grupos étnicos montañoses sobre el comercio estatal asirio. La guerra, basada en el "terror" (Margueron, 1996: 89-91), se convertirá en una recaudación de tributos para el Estado. Esta expansión generará dos nuevas amenazas: el Estado Hitita y el Estado Babilónico, ubicado en el sur de Mesopotamia (Anexo, fig. 1).

Mario Liverani planteó que hay que considerar la variable climática, pues hacia el -1200 hubo una gran crisis que afectó a toda la región del Cercano Oriente, y Asiria atravesó una crisis interna. Esta situación es conocida por los especialistas como la "*crisis del 1200*" que se caracterizó por una acumulación de factores, tanto internos como externos. Crisis política, una crisis demográfica, una crisis productiva derivada de una terrible y prolongada sequía (Liverani, 1995: 490-491). Como consecuencia, hubo un gran "vacío de poder", dado que grandes imperios territoriales como Hatti y Egipto sufrieron serios problemas internos, y ni siquiera el Estado asirio supo aprovechar el control de una importante zona estratégica: el denominado "corredor sirio-palestino". Los investigadores Newman y Parpola también propusieron que se debería prestar atención a los archivos administrativos de Nínive que contienen referencias como precipitaciones inusuales, temperaturas extremas, perspectivas sobre cosechas y precios del grano. Son documentos relevantes pues nos brindan un panorama general de calentamiento climático y sequías prolongadas que ocurrieron en la zona de Mesopotamia entre los siglos XIII al X, causando una significativa desertificación de los suelos, y generando una grave crisis agrícola tanto para Babilonia como para Asiria. Desde el punto de vista arqueológico, es la transición de la "Edad del Bronce" a la "Edad del Hierro".

Con los inicios del Primer Milenio a.C., nos encontramos con un Imperio asirio en un proceso de reestructuración y consolidación regional. Un Estado con "instituciones fuertemente centralizadas que engloba a comunidades habituadas a producir excedente y pagar tributos" (Murphy,2002: 135). Es el comienzo de la "etapa neoasiria", que finalizará en el siglo -VII. Con su política expansionista, este Imperio Neo-Asirio extendió su control sobre otros Estados a través de la conquista, la coerción y/o la diplomacia. Para integrar a las comunidades y territorios ganados a través de la expansión imperial, los asirios establecieron

sistemas administrativos complejos que trascendían las fronteras políticas, sociales y étnicas locales. Ello incluía cooptar y consensuar con las élites locales, y crear sistemas de lealtades entre los numerosos grupos etno-lingüísticos que coexistían en dicho Imperio (Parker, 2011: 359). Económicamente, gran parte de la actividad de la administración asiria estaba dirigido a controlar las poblaciones locales, extrayendo recursos hacia el núcleo del Estado para el beneficio económico y político de la minoría gobernante. Estas actividades están registradas en inscripciones estatales de reyes como Tiglat-pileser I, sus sucesores y Assur-dan II, entre otros, que se habían propuesto como objetivos centrales recuperar el aprovisionamiento de materias primas, especialmente madera, indispensable para la construcción de carros de guerra; reforzar la política de tributos, para la obtención de bienes de prestigio (Postgate, 1979: 198), necesarios para el mantenimiento del corpus ideológico.

Inscripciones estatales e imágenes: hacia un reforzamiento ideológico

El bosquejo histórico del Estado asirio (con sus etapas estables y etapas críticas) nos permitirá comprender la necesidad constante de renovar, de parte de sus gobernantes, las expresiones ideológicas del poder.

Destacamos que la ideología real constituía un componente crítico de la realeza pues formaba la base de un sistema de creencias que permitía a un grupo de élite justificar su dominio sobre los demás. La legitimidad también era crítica, ya que agregaba exclusividad, lo que permitía que el poder se concentrara en un solo individuo. Siguiendo a Trigger, la realeza estaba “simbólicamente” incrustada en una sola persona (Trigger, 2003: 71). Además, ningún sistema destinado a justificar y concentrar el poder puede ser efectivo sin un medio de difusión e implementación.

En la concepción asiria, el rey habitaba un ámbito especial, removido de la humanidad y cercana al mundo divino; era el representante terrenal del dios Aššur y el agente humano de los dioses, encargado de ejecutar su voluntad. Ello será el concepto clave de la ideología real asiria y se expresará en todas las inscripciones reales. Dentro de Asiria, el título de “rey” (*šarru*) estaba reservado sólo para el gobernante asirio a quien se dirigía simplemente como “el rey, mi señor”; y cuando se correspondían con su rey sobre gobernantes extranjeros, sus funcionarios a menudo preferían designar a aquellos como, por ejemplo, “los urarteos”, “los amorreos”.

Al menos en el siglo VII a.n.e., se veía al rey, en un nivel ideológico, como una creación separada y superior al hombre común. De acuerdo con una composición literaria de origen neoasirio sobre la creación del hombre (*Creación del Rey*), los dioses crearon al rey en un acto separado después de la creación de la humanidad (Maul, 2008: 20; Jiménez, 2013: 243). Esta concepción está bien documentada en textos del Período Sargónido, y hay consenso en afirmar

que esta composición está influenciada de tradiciones literarias babilónicas o mesopotámicas, (Jiménez, 2013: 244).

Aunque los asirios nunca vieron a su monarca como divino, percibieron que tenía una relación única con el dios Ashur. Una fuente estatal conocida como "*Prisma de Assarhadón*", contiene una titulación que manifiesta una concepción etnocéntrica de la realeza:

"...Posesión de Assarhadón, *gran rey*, rey poderoso, *rey de la totalidad* (o rey del mundo), rey de Asiria regente o gobernador de Babilonia, rey de Súmer y Akkad, *rey de las cuatro regiones*, pastor legítimo (o fiel), *favorito de los grandes dioses*, cuyo nombre pronunciaron Ashur, Shamash, Bel y Nebo (...), *para que ejerciera la realeza en Asiria...*". (Murphy, 2002: 136)

Otra fuente significativa llamada "*Anales de Sargón*", contiene las siguientes inscripciones:

"*Destruí como una inundación* el territorio de Hamath (Amma-at-tu) en toda su extensión. Llevé a su rey laubi'di, a su familia y a sus guerreros, engrillados, como el (contingente) prisionero de su territorio a Asiria. De entre estos (prisioneros) organicé una compañía de 300 carros y 600 hombres de a caballo equipados con escudos de cuero y lanzas agregué a mi guardia real". (Pritchard, 1955: 284-286).

"Tarkhunazi rey de Miliddu y Tarklura, rey de Marqasu, en cuyos reinos *existía el caos*, yo *impuse orden* (...) no comprendieron el favor que yo les había hecho, y escribieron a Mita, rey de Mushki, con hostilidad y desprecio por Asiria. Con la *furia en mi corazón* yo reuní las poderosas tropas asirias y en las tierras de Kammanu y de Gurgum, yo *enfurecí como la tempestad que acecha la tierra*. Tarkhunazi, rey de Kammanu y Tarkhulara, rey de Gurgum, con sus mujeres, hijos e hijas, oro, plata, bienes y enseres, los tesoros de su palacio lo trajeron a Asiria junto al pesado botín de su tierra. Este territorio lo poblé de nuevo...A un funcionario mío establecí como gobernador" (Gadd, 1954: 182-183).

Y la última fuente a considerar es la "*Inscripción de Tiglat-pileser III*" (fig.5):

"...19 distritos de la tierra de Khamat, junto con las comunidades de los alrededores, que estaban ubicadas sobre la costa del mar del sol caliente (Mediterráneo)...incluidos entre los confines de Asiria. Y a mis funcionarios puse como gobernadores. Deporté 30.300 personas de la ciudad y lo trasladé a la provincia de Ku...1.223 personas instalé a la tierra de Ulluba...(Por el contrario), instalé a 600 prisioneros de la instalación Amalate de la tribu de Damunu, y a 5400 prisioneros de la ciudad de Der, en la ciudad de Kunalia, Khuzarra, Tae, Tarmanazi, Kulmadari, Khatatirra y Sagilly en la tierra de Unki...las conté entre las gentes de Asiria" (Murphy, 1995: 111).

De estas fuentes podemos obtener las siguientes ideas: a) el rey como intermediario del dios Assur en la tierra, que actúa en su nombre, en todas las campañas guerreras; b) concepción de un Imperio "universal" justificando ideológicamente su expansión territorial en donde

hubiera “caos” mediante el “orden”; c) exaltación del prestigio de los guerreros, profesionales y feroces; d) asociación del rey con las fuerzas de la Naturaleza; e) la guerra como un medio eficaz para la obtención de mano de obra, de botín, y de tributos; f) reemplazo de las élites gobernantes locales por gobernadores y guarniciones asirias; y por último, la práctica de la deportación, que se ejercía de manera horizontal y vertical¹⁰. La deportación horizontal consistía en trasladar una población a una región distinta, mientras que la vertical era entendida como la sustitución de las élites dirigentes locales por funcionarios estatales asirios.

Cosmológicamente e ideológicamente, el dios principal del panteón, Aššur, y su designado terrenal, el rey, constituían el centro del universo, y requerían manifestaciones materiales para exaltar y mantener esa prominencia y centralidad.

Los reyes asirios tenían que recordar constantemente a su corte y visitantes extranjeros, así como a las poblaciones de las capitales asirias, su legitimidad como los únicos elegidos por los dioses para ejercer el gobierno. Por lo tanto, gran parte de las actividades reales y las producciones materiales estatales se centraron en demostrar que estaban cumpliendo adecuadamente las tareas decretadas por los dioses.

La forma en que se difundió el poder del rey asirio a su élite, a las audiencias externas, fue a través de sus campañas reales, mediante textos escritos (especialmente estelas y decretos estatales). Las campañas a menudo se justificaban diciendo que un enemigo había cometido una afrenta contra Assur. Otra consideración es el motivo de la caza real, que a menudo tuvo lugar en jardines plantados deliberadamente llenos de fauna diversa. Este aspecto formó parte de la idea de que la realeza sagrada asiria estaba relacionada con la comprensión cosmológica del universo (Parker, 2011: 372).

Las inscripciones, el arte y la arquitectura asiria han sido identificados por los asiriólogos como propaganda o ideología. Esta producción cultural tenía la intención de transmitir mensajes de legitimidad. En el caso de las imágenes, debemos tener en consideración que fueron producciones particulares de la realeza donde el rol de la ideología estatal y el poder eran componentes esenciales del mensaje expresado. Además, la imagen “es contenedora y portadora de la transmisión ideológica y es fundamento de la memoria, que fija a través de la mirada la pertenencia cultural y el imaginario social de una sociedad” (Murphy, 2010: 1-3).

En los momentos de centralización del poder estatal asirio, la estatuaria y la arquitectura alcanzarán su momento de auge. Como ejemplo, aquella obra realizada bajo el reinado de Sargón II (Anexo, fig. 2).

¹⁰ Karl Polanyi, desde una mirada económica, planteó que las deportaciones tuvieron una doble finalidad: para repoblar los campos y las ciudades asirias, que habían sufrido un acentuado descenso de la población a causa de las campañas militares, e instalar grupos de campesinos para mantener productivos los campos (Polanyi, 1976: 85)

Estos reinados se caracterizaron por amplias alusiones a luchas y creación de niveles relativamente moderados de violencia o conflictos. Las acciones de estos reyes establecieron un estándar indicativo de niveles de violencia que toleró la élite asiria, dentro del amplio marco ideológico desplegado por el Estado (Crouch, 2009: 35).

Es claro que la ideología se sustentó principalmente en la exaltación del poder estatal mediante la imagen icónica, la arquitectura monumental y la creación de ciudades reales. De esta manera, se legitimaba la presencia del Estado asirio en las zonas conquistadas. La abundante documentación iconográfica y textual nos permite analizar en profundidad las características de las expediciones militares de los reyes asirios (Anexo, figs. 3 y 4). La guerra era un tema recurrente, tal como evidenciaban los palacios repletos de imágenes.

Los detalles de estas representaciones posibilitaron el desarrollo de estudios específicos sobre el arte de la guerra entre los asirios, por ejemplo, la formación del ejército, las tácticas de ataque (especialmente los asedios), los tipos de armas empleadas, la forma violenta de ejecutar a los enemigos y la exposición de los cadáveres. Sobre esto último, ¿es real o ficción? Un extracto de los Anales Reales, en el cual se presumió de lo que ocurrió a una ciudad-estado derrotada dice:

"Maté a 3.000 de sus combatientes con la espada. Les arrebaté prisioneros, posesiones, bueyes y ganado. Les quemé muchos cautivos. Capturé muchos soldados vivos: a algunos les corté los brazos y las manos; a otros les corté las narices, las orejas y las extremidades. Saqué los ojos a muchos soldados. Amontoné a los vivos y también amontoné las cabezas. Colgué sus cabezas de árboles en torno a la ciudad. Quemé a sus muchachos y muchachas. Arrasé, destruí, incendié y consumí la ciudad" (Grayson, 1976).

Debemos distinguir entre la realidad y la "propaganda"¹¹, aunque ambas cosas guardaban una relación estrecha. Su relación era el resultado lógico de la tentativa de gobernar en gran parte por intermedio del ejército. Debemos tomar con cautela estas afirmaciones. Se considera que estos mensajes tenían como función generar un "efecto psicológico de terror" entre los destinatarios (ya sea entre la élite, los funcionarios, oficiales y súbditos reales).

Primeras conclusiones

Luego de analizar algunas inscripciones estatales y documentos figurativos, consideramos que dichas fuentes asirias nos aportan un rico material para reconstruir la especificidad o estructura del Imperio asirio en lo que respecta a su organización militar y a las formas de violencia y dominación que ejercieron sobre los pueblos sojuzgados.

¹¹ Es necesario aclarar que entendemos la "propaganda" como sinónimo de "una forma de difusión del poder" y no en el sentido peyorativo actual.

Esta "propaganda del terror" servía para disuadir y no es aceptable la idea de que se cometían atroces crueldades con los vencidos. La representación de las victorias militares y el registro de los sucesos en las inscripciones estatales definían un completo aparato conmemorativo y de narración que no puede ser explicado como una "propaganda de terror" hacia el exterior y hacia el interior. Sería más lógico entender que las imágenes de los reyes asirios eran expuestas como advertencias a los gobernantes extranjeros, como recordatorio de "fidelidad" a los funcionarios y a la élite cortesana.

Como "medios de propagandas suplementarios" se utilizaron esculturas, cuyo efecto fue intensificado por las inscripciones. El uso de imágenes visuales sirvió como instrumento de poder para afianzar las prácticas de dominación.

La materialidad de la realeza sagrada de Asiria fue producida y consumida por miembros de la élite cortesana, pero también podría haber sido difundida a una audiencia más amplia de plebeyos y extranjeros. Este mundo material, al mismo tiempo compuesto y experimentado por los reyes asirios y sus súbditos, la materialidad de su sagrada realeza, los glorificó por encima de todos los demás.

Por último, fue relevante para el Estado asirio la elaboración de una visión orgánica del mundo donde las conquistas asumían una justificación ("orden" vs "caos").

La creación de un repertorio de lenguajes visuales respondía a la intención del Estado para transmitir su poder ante sus dioses y ante miembros de la sociedad asiria, y para expresar la gran capacidad militar de dominación territorial, mediante el ejercicio de la violencia, como por ejemplo la práctica de la deportación.

Bibliografía consultada

Balandier, G. (1994), *El poder en escena. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona, Ed. Paidós.

Berger, P. y Luckmann, T. (2006). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu.

Cohen, A. (1979), "Antropología Política: el análisis del simbolismo en las relaciones de poder", en Llobera, J.R., *Antropología política*. Barcelona: Ed. Anagrama. Pp. 55-79.

Crouch, C.L. (2009), *War and Ethics in the Ancient Near East*. Berlín, Walter de Gruyter.

Gadd, C.J. (1954), "Inscribed Prisms of Sargon II from Nimrud", *Iraq* 16, pp. 182-183.

González Wagner, C. (1993). *El Próximo Oriente Antiguo. Vol.I*. Madrid, Ed. Síntesis.

Grayson, M.K.(1976), *Assyrian Royal Inscriptions, 2 Vols*. Wiesbaden, Harrassowitz.

Jiménez, E. (2013), "The creation of the King: a reappraisal", in *Kaskal Vol.10. Rivista di storia, ambienti e culture del Vicino Oriente Antico*. Firenze, Università Ca' Foscari Venezia, pp. 235-254.

- Liverani, M.**(1995), *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*. Barcelona, Ed.Crítica.
- Mann, M.** (1991), *Las fuentes del poder social, I*. Madrid, Alianza.
- Margueron, J.**(1996), *Los mesopotámicos*. Madrid, Ed. Cátedra.
- Moran, W.** (1987), *Les lettres d'El-Amarna, correspondance diplomatique u pharaon*, LAPO 13.
- Maul, S.** (2008), "Walking Backwards into the Future. The conception of Time in the Ancient Near East", en Miller, T. -ed.-, *Given World and Time. Temporalities in context*. Budapest/New York, Central European University Press. Pp. 15-24.
- Murphy, S.** (2010), "Las imágenes visuales del poder y la dominación asiria en el siglo VII a.C.", en IV Jornadas Experiencias de la Diversidad. Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural. Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario.
- (2002), "El concepto de etnocidio aplicado a fuentes asirias del primer milenio", en Boulgourdjian-Toufeksian, N./Toufeksian, J.C. y Alemian, C. (eds.), *Genocidios del siglo XX y formas de la negación. Actas del III Encuentro sobre Genocidio*. Buenos Aires, Edición del Centro Armenio.Pp. 135-145.
- (1995), "Extranjería, etnicidad e identidad en el Imperio Asirio del primer milenio", en Murphy, S., *El otro en la historia: el extranjero*. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.
- Neumann, J./Parpola, S.** (1987), "Climatic Change and the Eleventh-Tenth-Century Eclipse of Assyria and Babylonia," en *Journal of Near Eastern Studies* 46, no. 3, pp.161-182.
- Parker, B. J.** (2011), "The construction and performance of kingship in the Neo-Assyrian Empire", *Journal of Anthropological Research*, vol.67, The University of New Mexico. Pp. 357-386.
- Polanyi, K. y otros** (1976). *Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos*. Barcelona, Ed. Labor.
- Postgate, J. N.** (1979), "The economic structure of the Assyrian empire," en Larsen, M.T. -Ed.- *Power and propaganda: A symposium on ancient empires*. Copenhagen, Akademisk Forlag, pp. 193-222.
- Pritchard, J.** (1955), *Ancient Near Eastern*. Text relating to the Old Testament.
- Radner, K.** (2014), "The Neo-Assyrian Empire", en GEHLER, M. & ROLLINGER, R -Eds.- *Imperien und Reiche in der Weltgeschichte. Epochenübergreifende und globalhistorische Vergleiche*. Wiesbaden, Harrassowitz Verlag. Pp. 101- 119.
- Rodríguez, R.** (2006), "Los asirios y sus estrategias políticas de dominación imperial", en *Transoxiana 11. Journal Libre de Estudios Orientales*. En: <http://www.transoxiana.org/11/rodriguez-asirios-dominacion-imperial.html>
- Trigger, B.** (2003), *Understanding early civilizations: A comparative study*. Cambridge, Cambridge University Press.

Anexo

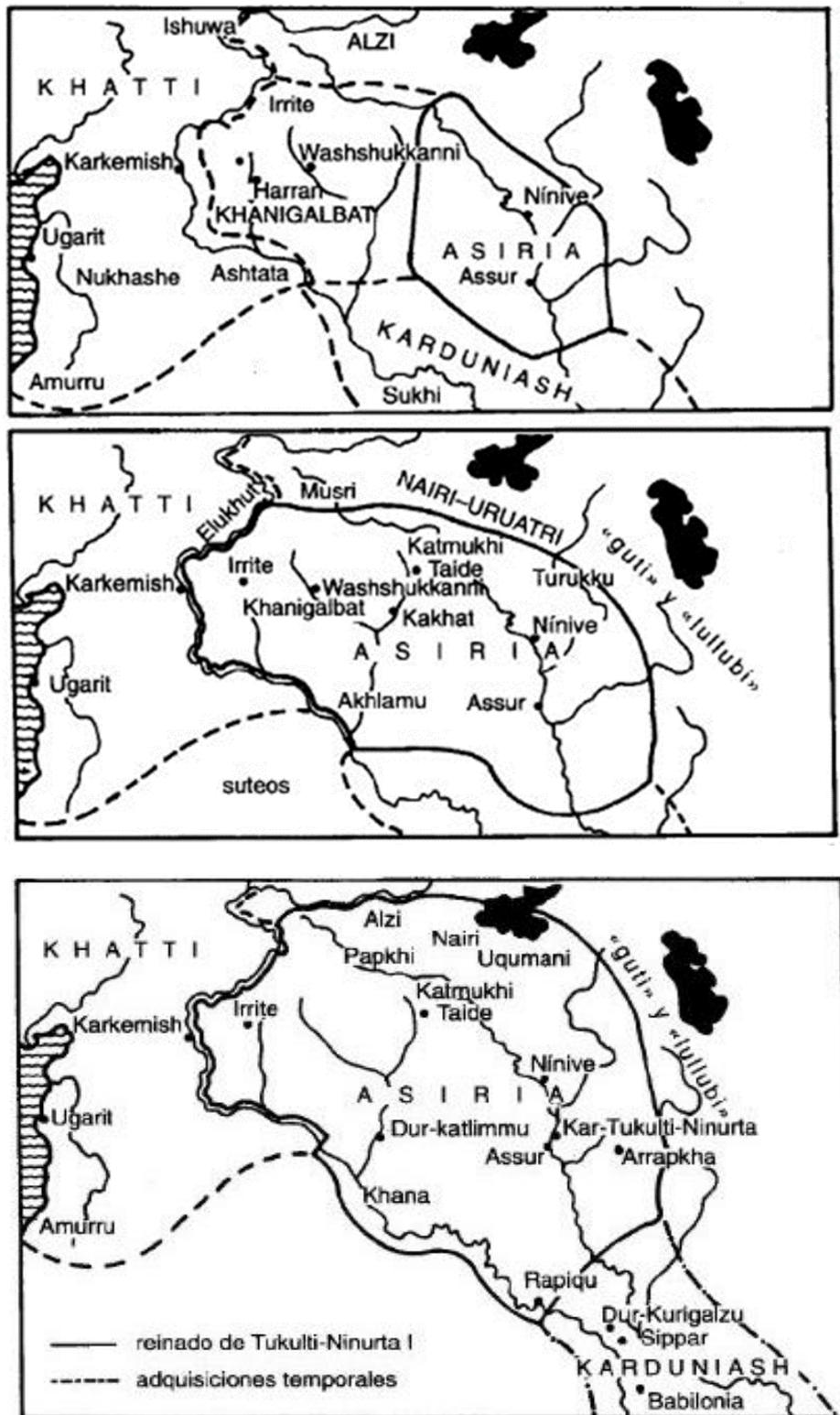


Fig.1. Expansión asiria bajo los reyes Ashur-uballit I, Adad-nirari I, Salmanassar I y Tukulti-Ninurta I (Liverani, 1995, p. 455)



Fig. 2. Toro alado (Lamassu) de Palacio de Sargón II en Khorsabad, Iraq (Oriental Institute Museum)



Fig. 3. Talla de relieve de Nimrud (data de aproximadamente 730-727 a.C) que representa el exitoso asedio de una ciudad enemiga. Los soldados enemigos se ven empalados en estacas fuera de la ciudad mientras que los soldados asirios decapitan a los sobrevivientes (Museo Británico)



Fig. 4. El asedio de Upa, como se muestra en la decoración de la pared del palacio de Tiglath-pileser III en Kalhu.

GUERRA, RECURSOS Y PODER EN EL VALLE DEL NILO PREESTATAL**Augusto Gayubas**

augustogayubas@yahoo.com.ar

Universidad de Buenos Aires - CONICET

Resumen

En el valle del Nilo existe una serie de indicadores que habilitan pensar en la presencia de prácticas de guerra en contextos previos a la emergencia de lo estatal. Lejos de constituir instancias pre-políticas o “primitivas”, los fundamentos de la organización social y de la actividad bélica en tales contextos corresponden al ámbito de lo político. Si la guerra es una expresión de poder, su relación con otros ámbitos de lo social (por ejemplo, lo ideológico, lo económico) debe estudiarse atendiendo a la centralidad de lo político. En el presente trabajo, abordaremos brevemente el problema de la guerra, los recursos materiales y el poder desde una perspectiva tal, centrándonos en los testimonios correspondientes a las comunidades no estatales que habrían habitado el valle del Nilo durante los períodos Neolítico y Badariense (c. 5500-3900 a.C.) y las fases Nagada I-IIb (c. 3900-3500 a.C.).

Palabras clave: Guerra, recursos, valle del Nilo preestatal**Abstract**

There is evidence in the Nile Valley that allows us to suggest the presence of warlike practices in contexts prior to the emergence of the state. Far from being pre-political or “primitive”, non-state societies of the Nile Valley, as well as its social organization and military activities, correspond to the political sphere. If war is an expression of power, its relation with other social spheres (e.g., the ideological, the economic) must be studied according to the centrality of the political. In this article, we will briefly address the interconnection between war, resources and power from such a perspective, focusing on the evidence of non-state communities of the Nile Valley during the Neolithic and Badarian periods (c. 5500-3900 BC) and Nagada I-IIb phases (c. 3900-3500 BC).

Keywords War, resources, Pre-State Nile Valley

Guerra, recursos y poder en el valle del Nilo preestatal

I

En un artículo de 2009, Victor Davis Hanson escribe que “la guerra es un reflejo de la cultura”, en el sentido de que “el armamento, las tácticas, las nociones de disciplina, el mando, la logística son elementos de la batalla que resultan no sólo de las restricciones impuestas por el terreno, el clima y la geografía, sino también por la naturaleza de la economía, la política y el carácter y estructura de la sociedad”¹². Este enunciado no sólo sintetiza aspectos de la discutida tesis del autor sobre la existencia de un modo occidental (y, por extensión, modos no occidentales) de hacer la guerra, sino que incorpora cierta reflexión originalmente planteada por el historiador militar John Keegan respecto de que la guerra no es simplemente la continuación de las relaciones políticas con la interferencia de otros medios (según la clásica formulación de Carl von Clausewitz), sino que es “una manifestación de la cultura”, a menudo determinante de “formas culturales”¹³.

La aproximación “cultural” de Keegan parte de un cuestionamiento a los abordajes sobre la guerra que excluyen o desestiman las situaciones o acciones bélicas que no parecerían servir a un fin político del Estado, como serían el fundamento religioso y sacrificial de la guerra entre los aztecas, la predominancia de la tradición guerrera por sobre la innovación tecnológica entre los mamelucos o la centralidad de los aspectos ceremoniales entre los samuráis de Japón¹⁴. Este énfasis en lo cultural es lo que conduce al autor a considerar en su historia general de la guerra a sociedades no estatales estudiadas a partir de testimonios etnográficos y arqueológicos, en otras circunstancias ignoradas no sólo por no constituir Estados beligerantes, sino por ser en ocasiones identificadas como sociedades sin política o cuyos conflictos (reconocidamente bélicos o no) no tendrían un fundamento político. En la medida en que lo político, a diferencia del componente cultural, estaría presuntamente ausente en las sociedades no estatales, es precisamente el abordaje desde lo cultural lo que le permite a Keegan incluir en su análisis la guerra en tales sociedades consideradas “primitivas”. Por ello mismo, no resulta sorprendente que el autor adhiera al esquema propuesto por H. H. Turney-High de un “horizonte militar” que separaría a la “guerra verdadera” conducida por sociedades estatales y, sobre todo, modernas, de la “guerra primitiva” característica de las sociedades no estatales¹⁵.

Una forma alternativa de considerar este asunto, que supere la tendencia a la omisión o subestimación de los enfrentamientos e incursiones realizados en contextos no estatales, así

¹² VICTOR DAVIS HANSON, *Guerra. El origen de todo*, Madrid, Turner, 2011 [2010], p. 187.

¹³ JOHN KEEGAN, *Historia de la guerra*, Madrid, Turner, 2014 [1993], p. 29.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 45-75, 163-166.

¹⁵ Cf. HARRY HOLBERT TURNEY-HIGH, *Primitive War: Its Practice and Concepts*, Columbia, University of South Carolina Press, 1949, pp. 21-38; KEEGAN, *op. cit.*, pp. 129-136.

como la negación del carácter político de la guerra no estatal y la confusión entre particularidades culturales y propósitos políticos en contextos estatales antiguos, debe partir de otra percepción de lo político.

En el ámbito de los estudios antropológicos, Pierre Clastres reflexionó, tras indagar en las pautas de organización social de comunidades no estatales del registro etnográfico, que “todas las sociedades, arcaicas o no, son políticas [...] el poder político es *universal*, inmanente a lo social”¹⁶. Mediante esta aseveración el antropólogo apunta a reconocer el carácter político de las formas de organización social no estatal y, en relación con ello, la identificación de finalidades políticas en sus formas de practicar la guerra¹⁷. Si el poder es entendido como capacidad política, ello permite integrar en dicho ámbito tanto lo que Clastres denomina “poder no coercitivo” (el poder político distribuido en la totalidad del cuerpo social) como lo que llama “poder coercitivo” (el poder político concentrado por un grupo que impone su voluntad mediante el uso o la amenaza de la fuerza)¹⁸. En términos de lógicas sociales, se puede argumentar que lo que define o diferencia a una sociedad no estatal de una sociedad estatal no es la ausencia o presencia de poder político en ellas sino cuál es la práctica que rige y articula las relaciones en el interior de la trama social, sea ésta por ejemplo el parentesco (en contextos no estatales) o el principio de dominación sostenido en el monopolio de la violencia (en contextos estatales)¹⁹.

Con estas consideraciones en mente, resulta pertinente volver a Clausewitz, pues observaciones como las de Clastres permiten aseverar que si la guerra es un “verdadero instrumento político”²⁰, ello es cierto tanto para los Estados antiguos y modernos como en lo que respecta a las sociedades no estatales, toda vez que éstas, según se deduce de investigaciones etnográficas, defienden su autarquía y afirman sus pautas de organización social precisamente mediante el recurso a la violencia externa, es decir, dirigida contra aquellos que no forman parte de la comunidad, del ordenamiento sociopolítico regido internamente por los lazos del parentesco²¹. En este sentido, la relevancia de los aspectos

¹⁶ PIERRE CLASTRES, *La sociedad contra el Estado*, La Plata, Terramar, 2008 [1974], p. 20.

¹⁷ Cf. PIERRE CLASTRES, *Investigaciones en antropología política*, Barcelona, Gedisa, 1996 [1980], pp. 211-213.

¹⁸ CLASTRES, *La sociedad...*, cit., p. 20. AMEDEO BERTOLO (“Poder, autoridad, dominio: una propuesta de definición”, en: CHRISTIAN FERRER (comp.), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*, Buenos Aires, Altamira, 1999, p. 86) sugiere similar diferenciación entre lo que denomina “poder” (“conjunto de los procesos con los que una sociedad se regula produciendo normas, aplicándolas, haciéndolas respetar”) y “dominación” (“conjunto de relaciones jerárquicas de mando/obediencia”).

¹⁹ Cf. MARCELO CAMPAGNO, *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto, del Período Badariense al Dinástico Temprano, ca. 4500-2700 a.C.*, Barcelona, Aula Ægyptiaca, 2002, pp. 82-85; “De los modos de organización social en el Antiguo Egipto: lógica de parentesco, lógica de Estado”, en: MARCELO CAMPAGNO (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el antiguo Egipto*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires-Ediciones del Signo, 2006, pp. 19-36.

²⁰ KARL [CARL] VON CLAUSEWITZ, *De la guerra*, Barcelona, Labor, 1984 [1832], p. 58.

²¹ Cf. CLASTRES, *Investigaciones...*, cit., pp. 198-199, 211-212; CAMPAGNO, “De los modos...”, cit., p. 86; AUGUSTO GAYUBAS, “Pierre Clastres y la guerra en el valle del Nilo preestatal”, en: MARCELO CAMPAGNO (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014, pp. 143-162.

culturales tal como son considerados por Keegan no debería conducir a negar el carácter o la finalidad políticos de la actividad bélica, ni su relación con otras manifestaciones del poder. Si aquellos inciden en las formas de hacer y concebir la guerra en diversas situaciones histórico-sociales, ello no contradice el hecho de que la guerra sirve a propósitos que pueden ser caracterizados como políticos. Por ejemplo, si bien es pertinente la observación de Keegan de que la forma de hacer la guerra de los mamelucos en Egipto en los siglos XVI-XVIII demuestra que las disposiciones culturales inciden en la “elección de los medios bélicos” (evidente en la preponderancia de la tradición de caballería por sobre la innovación tecnológica y militar asociada al uso de la pólvora)²², lo cierto es que el objetivo de la actividad bélica de los mamelucos es en todo momento la dominación política sobre un territorio determinado. En todo caso, aquí la práctica bélica opera como un medio culturalmente informado orientado a un fin político. En definitiva, si la guerra puede ser, como propone Keegan, una “manifestación de la cultura”, no menos cierto es que se trata de una expresión de poder²³.

Si lo político tiene una importancia central a la hora de pensar la guerra, el enunciado de Hanson con el que comenzamos este artículo hace referencia también el ámbito de lo económico. Dado que la obtención, producción, asignación e intercambio de recursos materiales se conecta de diversos modos con la actividad bélica, su tratamiento no deja de resultar relevante en un trabajo que ponga el énfasis en la conexión entre la guerra y lo político²⁴. En el presente artículo nos concentraremos, precisamente, en la relación de lo bélico con lo económico y en el modo en que ello incide en, o es influido por, la dimensión normativa de las relaciones sociales y la distribución del poder. El análisis estará centrado en las comunidades no estatales que, de acuerdo con el estudio de testimonios arqueológicos e iconográficos, habrían habitado el valle del Nilo con anterioridad a la emergencia de lo estatal, más concretamente los grupos y comunidades aldeanas de los períodos Neolítico y Badariense (c. 5500-3900 a.C.) y las sociedades de jefatura de las fases Nagada I-IIb (c. 3900-3500 a.C.).

II

La relación de lo bélico con lo económico puede ser abordada atendiendo a dos elementos íntimamente vinculados entre sí: la asignación de recursos materiales y humanos orientados a la práctica bélica, y la demanda de bienes y materias primas que pudiera satisfacerse por medio

²² Cf. KEEGAN, *op. cit.*, pp. 56-67.

²³ Cf. WILLIAM O. ANGELBECK, “*They Recognize No Superior Chief*”. *Power, Practice, Anarchism and Warfare in the Coast Salish Past*, PhD Thesis, Vancouver, The Faculty of Graduate Studies, The University of British Columbia, 2009, p. 15.

²⁴ Cf. CLAUS BOSSEN, “War as Practice, Power, and Processor: A Framework for the Analysis of War and Social Structural Change”, en: TON OTTO, HENRIK THRANE y HELLE VANDKILDE (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006, p. 95.

de la guerra²⁵. Es precisamente debido a la interconexión entre estos elementos que conviene considerarlos en conjunto en una lectura histórica como la que corresponde al valle del Nilo preestatal.

Una primera observación que merece hacerse es que la práctica de la guerra hacia fines del período Paleolítico y durante el llamado Epipaleolítico (esto es, antes de mediados del VI milenio a.C.) debió tener cierto grado de homologación con la práctica de la cacería. Previamente a las fases de neolitización, la cacería era, según arrojan los indicios arqueológicos analizados (artefactos líticos, restos faunísticos), la práctica económica que garantizaba la subsistencia de los grupos humanos que ocupaban o se trasladaban por el valle del Nilo y las regiones circundantes, junto con la recolección y, allí donde era posible, la pesca²⁶. Por lo tanto, la fabricación y empleo de armas, así como las técnicas de coordinación colectiva, pudieron ser vitales para el desempeño tanto en la caza mayor como en la guerra²⁷. Efectivamente, estudios etnográficos, arqueológicos e históricos indican que durante “la mayor parte de la historia humana, las herramientas de la cacería fueron también las herramientas de la guerra”²⁸. Ello se debe a que tales armas, habitualmente fabricadas por los propios usuarios, “pueden ser utilizadas para impactar sobre hombres tan fácilmente como pueden ser empleadas para matar animales”²⁹. Por otro lado, las partidas de caza mayor en la clase de contexto social que nos concierne supone una serie de habilidades y pautas de organización compatibles con las correspondientes a un grupo de guerreros: “un ambiente de cooperación entre los participantes, el desarrollo de preparativos adecuados por parte de cada participante, la disposición de un liderazgo, y la organización de actividades posteriores a la cacería”³⁰. De acuerdo con Arther Ferrill, de hecho, la “cacería grupal organizada” que sería característica de contextos epipaleolíticos y que continuaría en alguna medida en contextos neolíticos, contiene los principios de la “guerra verdadera” según su relectura de los enunciados de Turney-High,

²⁵ Cf. R. BRIAN FERGUSON, “A Paradigm for the Study of War and Society”, en: KURT RAAFLAUB y NATHAN ROSENSTEIN (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, Washington, Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University, 1999, pp. 391-394.

²⁶ Cf. PIERRE M. VERMEERSCH, ETIENNE PAULISSEN y PHILIP VAN PEER, “Le Paléolithique de la vallée du Nil égyptien”, en: *L'Anthropologie* 94 (3), 1990, p. 449; BÉATRIX MIDANT-REYNES, *The Prehistory of Egypt. From the First Egyptians to the First Pharaohs*, Oxford, Blackwell Publishing, 2000 [1992], pp. 44-99; STAN HENDRICKX y PIERRE VERMEERSCH, “Prehistory. From the Palaeolithic to the Badarian Culture (c. 700,000-4000 BC)”, en: IAN SHAW (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt*, New York, Oxford University Press, 2000, pp. 25-36.

²⁷ Cf. FERGUSON, “A Paradigm...”, cit., p. 391.

²⁸ STEVEN A. LEBLANC, *Constant Battles. Why We Fight?*, New York, St. Martin's Griffin, 2004, p. 91.

²⁹ KEITH F. OTTERBEIN, “The Anthropology of War”, en: JOHN J. HONIGMANN (ed.), *Handbook of Social and Cultural Anthropology*, New York, Rand McNally, 1973, p. 928, citado en KEITH F. OTTERBEIN, *How War Began*, College Station, Texas A&M University Press, 2004, p. 86. En relación con el valle del Nilo del período Predinástico, cf. E. CHRISTIANA KÖHLER, “History or Ideology? New Reflections on the Narmer Palette and the Nature of Foreign Relations in Pre- and Early Dynastic Egypt”, en: EDWIN C. M. VAN DEN BRINK y THOMAS EVAN LEVY (eds.), *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the early 3rd Millennium BCE*, London, Leicester University Press, 2002, pp. 508-509; STAN HENDRICKX y DIRK HUYGE, “Neolithic and Predynastic Egypt”, en: COLIN RENFREW y PAUL BAHN (eds.), *The Cambridge World Prehistory*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, p. 249.

³⁰ GREGORY P. GILBERT, *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*, Oxford, Archaeopress, 2004, p. 84. Cf. HENDRICKX y HUYGE, *op. cit.*, p. 249.

esto es, tropas organizadas en formaciones según planes tácticos y/o estratégicos³¹. Todo ello se conecta, a la vez, con experiencias comunes que ponen en riesgo la propia vida y pueden disponer la muerte del “otro” considerado peligroso, sea el animal salvaje o el enemigo. No resulta extraño, por lo tanto, que la conexión entre la cacería y la guerra exceda, en el valle del Nilo, el plano puramente práctico y se exprese también en el ámbito de lo simbólico³².

A partir de la incorporación de la ganadería y de incipientes pautas agrícolas durante los períodos Neolítico y Badariense, las armas de cacería y de guerra realizadas en sílex y piedra (lanzas, hachas, flechas) continúan siendo producidas y utilizadas, añadiéndose a ellas las mazas de piedra y los cuchillos de sílex³³. Según permite pensar el estudio tecnológico y tipológico, su fabricación conservaba un carácter individual o, a lo sumo, centrado en la unidad doméstica, y la extracción de los materiales empleados en las canteras cercanas y de fácil acceso, si bien pudo requerir instancias de cooperación comunal, no debió demandar demasiados esfuerzos de coordinación, sin que por ello deba descartarse la existencia de circuitos de circulación mediante intercambios³⁴. Por otro lado, las posibilidades logísticas y excedentarias ofrecidas por las economías ganadera y agrícola debieron repercutir de modo favorable al aprovisionamiento de expediciones o rituales bélicos, si bien el tipo de dinámica intercomunal del período pudo no requerir demandas importantes de recursos para el armamento y la realización de incursiones. El trabajo comunal pudo, en cambio, satisfacer necesidades defensivas mediante la excavación de fosos o la construcción de palizadas (que si bien no han sido inferidas en el registro arqueológico de estos períodos, su existencia ha sido sugerida en relación con el testimonio de áreas de residencia situadas en lugares con condiciones naturalmente defensivas), y el acceso al río Nilo pudo promover la elaboración de barcas de juncos de papiro para la movilidad fluvial, según sugiere el hallazgo de modelos a escala reducida de embarcaciones en Merimda y Badari³⁵.

³¹ ARTHUR FERRILL, *The Origins of War: From the Stone Age to Alexander the Great*, London, Thames & Hudson, 1985, p. 20.

³² Es sintomático de esta expresión simbólica el hecho de que la presencia y persistencia del motivo de la cacería de animales salvajes se testimonia en contextos de progresiva disminución del ejercicio y el carácter económico de dicha práctica a lo largo del período Predinástico, lo cual permite asociarlo a la simbolización de un líder victorioso frente a las fuerzas de lo caótico. Cf. STAN HENDRICKX, “Hunting and Social Complexity in Predynastic Egypt”, en: *Koninklijke Academie voor Overzeese Wetenschappen, Mededelingen der Zittingen* 57 (2-4), 2011, pp. 237-263; HENDRICKX y HUYGE, *op. cit.*, pp. 248-249.

³³ Cf. GILBERT, *op. cit.*, pp. 33-72.

³⁴ Cf. PIERRE VERMEERSCH, “Extraction de silex en Égypte préhistorique”, en: *Archéo-Nil* 7, 1997, p. 57; MYRIAM WISSA, “L’approvisionnement en pierres des origines de l’Égypte à 2700 av. J.C.”, en: *Archéo-Nil* 7, 1997, pp. 59-78; GILBERT, *op. cit.*, pp. 36-37; DAVID WENGROW, *La arqueología del Egipto arcaico. Transformaciones sociales en el noreste de África (10.000-2650 a.C.)*, Barcelona, Bellaterra, 2007 [2006], pp. 42-46, 65; AGNIESZKA MAĆZYŃSKA, “Lower and Upper Egypt in the 4th millennium BC. The development of craft specialisation and social organisation of the Lower Egyptian and Naqada cultures”, en: MAREK CHŁODNICKI, JACEK KABACINSKI y MICHAŁ KOBUSIEWICZ (eds.), *Hunter-Gatherers and Early Food Producing Societies in Northeastern Africa*, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 2015, p. 71.

³⁵ Cf. STEVE VINSON, *Egyptian Boats and Ships*, Buckinghamshire, Shire Publications, 1994, p. 11; GILBERT, *op. cit.*, p. 101.

El escenario que se inaugura con la fase Nagada I en el Alto Egipto ofrece información de interés. La constitución de entidades políticas de jefatura que se infiere principalmente en los enterramientos y en la iconografía de Nagada I-IIb coincide con una serie de novedades tecnológicas y, quizás, organizativas que vinculan el ámbito bélico con las prácticas económicas. En primer lugar, el armamento recuperado arqueológicamente incluye un tipo de cabeza de maza distinto del período anterior, de forma discoidal y, de acuerdo con Gregory Gilbert, producto de una técnica más elaborada que los ejemplares esféricos y cónico-piriformes del Neolítico y que las cabezas de maza discoidales contemporáneas halladas en Maadi, en el Bajo Egipto³⁶. El material empleado proviene, tal como en las fases anteriores, de canteras o afloramientos situados en sitios accesibles para las poblaciones del valle del Nilo, especialmente en los accesos al desierto oriental, en las rutas de los wadis y en la región del Fayum, y se incorporan algunas rocas (como el pórfido y la brecha) que pudieron tener utilidades tanto bélicas como simbólicas y, en algunos casos, de ostentación o prestigio³⁷. Esto último sugiere la existencia adicional de una demanda y de una coordinación (de la extracción y/o del intercambio) asociadas a figuras de estatus o liderazgo, así como la disponibilidad de excedentes o materiales locales para intercambiar. Las mismas técnicas de manufactura del Alto Egipto han sido consideradas por Gilbert como indicativas de la existencia de especialistas o talleres en el seno de las comunidades, si bien los testimonios arqueológicos más elocuentes al respecto datan de las fases posteriores³⁸.

En segundo lugar, el contexto en el que se dan estos indicadores, caracterizado por pautas de vida crecientemente sedentarias y por una economía mayormente productiva centrada en la agricultura y en la ganadería permite reconocer dos posibles características de la relación entre la guerra y el ámbito de lo económico en el período. Por un lado, la capacidad productiva debió permitir la asignación de recursos excedentarios a la actividad bélica pero, al mismo tiempo, las condiciones de residencia y de producción debieron establecer límites a la disponibilidad de recursos materiales y humanos para la realización de dichas actividades, al menos cuando implicaran expediciones de mediano o largo alcance como las que sugieren las imágenes de embarcaciones con múltiples remos (por ejemplo, en cerámica) y los testimonios de

³⁶ Cf. GILBERT, *op. cit.*, p. 41.

³⁷ Cf. MIDANT-REYNES, *op. cit.*, pp. 170, 179-180; MARCELO CAMPAGNO, "Surgimiento de lo estatal y liderazgo local en el valle del Nilo (IV-III milenios a.C.)", en: MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGO y CARLOS G. GARCÍA MAC GAW (comps.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo Antiguo*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016, p. 16. Otras piedras como el basalto, trabajado en el Alto Egipto, debieron ser obtenidas mediante intercambio con poblaciones del norte. Cf. STAN HENDRICKX, "Crafts and Craft Specialization", en: EMILY TEETER (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, p. 93.

³⁸ Cf. GILBERT, *op. cit.*, p. 37. Cf. también DIANE L. HOLMES, *The Predynastic Lithic Industries of Upper Egypt. A Comparative Study of the Lithic Traditions of Badari, Naqada and Hierakonpolis*, Oxford, Archaeopress, 1989, pp. 337-338; MAĆZYŃSKA, *op. cit.*, p. 75.

circulación interregional de bienes que son contemporáneos de indicios de violencia bélica³⁹. Si los condicionamientos relativos al alcance de dicha actividad pudieron ser en parte subsanados mediante la elaboración de tecnología de movimiento (especialmente embarcaciones con remos), la tecnología tanto de movimiento como defensiva (piénsese en el modelo en miniatura de un muro con dos presuntos centinelas hallado en Abadiya, en el Alto Egipto, y datado hacia esta época) debió requerir, al igual que los rituales bélicos y las expediciones de orientación bélica o respaldo armado, esfuerzos restados a la actividad productiva⁴⁰. Ello sugiere el carácter estacional de las prácticas de tipo bélico o la modalidad rotativa de los grupos humanos movilizados, así como alguna clase de coordinación centrada no sólo en la actividad bélica sino también en la administración de recursos⁴¹.

Por otro lado, y en estrecha vinculación con lo anterior, se testimonia la conformación de entidades políticas cuyas estructuras mortuorias y –allí donde contamos con indicios suficientes– residenciales sugieren una magnitud –espacial y demográfica– diferenciada respecto de las correspondientes a las fases anteriores –en el marco de una no muy pronunciada jerarquización entre sitios–, al tiempo que se cuenta con indicios de diferenciación social y de figuras de liderazgo asociadas siquiera simbólicamente con el ámbito bélico (piénsese en los motivos en vasos cerámicos y en inscripciones rupestres de personajes destacados en escenas de violencia o de cacería de animales salvajes)⁴². Ello sugiere que la organización estacional de la guerra y la administración de recursos tanto orientados a la actividad bélica como provenientes de ella (saqueos, botín, acceso a vías o circuitos de intercambio) pudieron contar con la coordinación de líderes o de jefes de entidades de jefatura sustentadas o incluso constituidas en el marco de alianzas más o menos permanentes entre aldeas⁴³.

³⁹ Cf. GAYUBAS, “Pierre Clastres y la guerra...”, cit., pp. 150-153; AUGUSTO GAYUBAS, “Capacidad bélica y tecnología náutica en el valle del Nilo desde el período Predinástico hasta la Dinastía III”, en: *Revista Universitaria de Historia Militar* 7 (15), en prensa.

⁴⁰ La propia agresión pudo, de hecho, repercutir en la destrucción o saqueo de bienes y afectar, ocasionalmente, la capacidad productiva de las comunidades.

⁴¹ Cf. FERGUSON, “A Paradigm...”, cit., pp. 391-392; ANDREA M. GNIRS, “Ancient Egypt”, en: KURT RAAFLAUB y NATHAN ROSENSTEIN (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, Washington, Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University, 1999, p. 78.

⁴² Cf. AUGUSTO GAYUBAS, “Warfare and socio-political hierarchies: reflections on non-state societies of the Predynastic Nile Valley”, en: *Gladius. Estudios sobre armas antiguas, arte militar y vida cultural en Oriente y Occidente* 35, 2015, pp. 7-20; “Guerra, territorio y cambio social en el valle del Nilo preestatal”, en: MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGO y CARLOS G. GARCÍA MAC GAW (comps.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo Antiguo*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016, pp. 35-36.

⁴³ Sobre la relación entre guerra, alianzas y jerarquización en perspectivas antropológica, arqueológica e histórica, cf. ELSA M. REDMOND, *Tribal and Chiefly Warfare in South America*, Ann Arbor, University of Michigan, 1994, p. 130; CLASTRES, *Investigaciones...*, cit., pp. 206-209; FERGUSON, “A Paradigm...”, cit., pp. 416-417; JÜRG HELBLING, “War and Peace in Societies without Central Power: Theories and Perspectives”, en: TON OTTO, HENRIK THRANE y HELLE VANDKILDE (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006, pp. 124-126; ROBERT L. CARNEIRO, “The Circumscription Theory: A Clarification, Amplification, and Reformulation”, en: *Social Evolution & History* 11 (2), 2012, pp. 17-18. En relación con el valle del Nilo predinástico, cf. GAYUBAS, “Guerra, territorio...”, cit., pp. 38-40.

III

Estas reflexiones nos conducen al último punto que nos interesa considerar, esto es, el lugar de lo económico en las motivaciones de la actividad bélica. La posibilidad de establecer motivaciones inmediatas durante estos períodos se nos escapa, si bien estudios interculturales y observaciones etnográficas permiten suponer criterios tanto ideológicos como materiales. Respecto a lo último, sin que puedan descartarse conflictos puntuales por recursos, las condiciones mismas de existencia en el valle del Nilo, carentes de condicionamientos medioambientales y caracterizadas por una amplia disponibilidad de recursos y tierras cultivables, tornan problemática la apelación a interpretaciones en clave meramente económica⁴⁴.

Ciertamente, el sedentarismo que, de acuerdo con el antropólogo R. Brian Ferguson, es uno de los elementos que pueden favorecer cierta intensificación de episodios o situaciones de conflicto bélico (entre otras cosas, porque supone la necesidad de defender espacialmente algo material o simbólico que puede derivar en vínculos más o menos regulares y alternantes de alianza y enemistad entre entidades vecinas), pudo relacionarse con la práctica de la guerra en el valle del Nilo de los períodos Neolítico y comienzos del Predinástico⁴⁵. Sin embargo, su incidencia tendría menos que ver con una lucha por tierras, entendidas como un recurso material escaso, que con lo que Branislav Anđelković denomina lucha por territorio, según una concepción ideológica, política y social (antes que económica) del espacio⁴⁶. En efecto, toda vez que la permanencia en un lugar crea un sentido de pertenencia y de derechos territoriales (por ejemplo, el derecho a habitar y explotar o producir en él y de excluir de él a quienes no pertenecen a o no participan de la trama social, esto es, del grupo de parientes), la adscripción territorial que comenzaría a verificarse en el período Neolítico y, con mayor notoriedad, a partir de Nagada I, pudo constituir o consolidar lo que Barry Kemp, al referirse a las comunidades predinásticas, identifica con el término “soberanía”, entendida aquí como un sentido de autoafirmación comunal asociada a la ocupación y conexión simbólica con un lugar que, al mismo tiempo, expresaría espacialmente el antagonismo intrínseco a la identificación parental de cada comunidad⁴⁷. Ello se vincula estrechamente con el simbolismo mortuorio que debió estar asociado a la pertenencia territorial en el marco de comunidades reguladas por el parentesco, dado que el territorio ocupado debió ser identificado con los antepasados

⁴⁴ Cf. GAYUBAS, “Guerra, territorio...”, cit., pp. 36-38.

⁴⁵ Cf. R. BRIAN FERGUSON, “Violence and War in Prehistory”, en: DEBRA L. MARTIN y DAVID W. FRAYER (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*, Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, 1997, pp. 334-335.

⁴⁶ Cf. BRANISLAV ANĐELKOVIĆ, “The Upper Egyptian Commonwealth: A Crucial Phase of the State Formation Process”, en: STAN HENDRICKX, RENÉE F. FRIEDMAN, KRZYSZTOF M. CIAŁOWICZ y MAREK CHŁODNICKI (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference “Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt”*, Krakow, 28th August – 1st September 2002, Leiden, Brill, 2004, pp. 542-543.

⁴⁷ BARRY J. KEMP, *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilisation*, 2nd edition, London-New York, Routledge, 2006, p. 74. Cf. CLASTRES, *Investigaciones...*, cit., pp. 199-200; GAYUBAS, “Guerra, territorio...”, cit., pp. 36-38.

enterrados en los cementerios. En tal sentido, los testimonios arqueológicos que apuntan a la centralidad del parentesco como articulador social durante los períodos Neolítico y comienzos del Predinástico en el valle permiten reconocer no sólo los principios de reciprocidad y ayuda mutua que debieron regular las relaciones sociales hacia el interior de cada comunidad, sino también los límites que debieron ser establecidos entre aquellos que pertenecían a la trama parental y aquellos que quedaban excluidos de ella, con quienes debieron sostenerse relaciones fundadas en el antagonismo⁴⁸.

Estas observaciones permiten enmarcar los potenciales conflictos puntuales por recursos o territorio, se derivaran de movimientos poblacionales o de la alternancia de situaciones de intercambio, alianza y conflicto en áreas localizadas, en el contexto de unas disposiciones a la vez sociales, políticas e ideológicas en torno a la identificación colectiva de las comunidades de parientes en su oposición o antagonismo frente a las comunidades vecinas. Lo decisivo, en suma, habría sido que las motivaciones (materiales o ideológicas) habrían estado sostenidas en una percepción mutua de amenaza entre los grupos recíprocamente no emparentados que sería intrínseca al ordenamiento sociopolítico de cada comunidad⁴⁹.

A partir de la emergencia de jerarquías sociopolíticas asimilables a la categoría de sociedades de jefatura en el Alto Egipto (Nagada I-IIb), se inaugura un escenario caracterizado por lo que, siguiendo análisis comparativos como los realizados por Elsa Redmond, podemos denominar “guerras de jefatura”⁵⁰. Lo característico en relación con la problemática que nos ocupa es que este tipo específico de guerra añade a los detonantes o motivaciones inmediatas presentes en otros contextos no estatales, la búsqueda por parte de los jefes (se desempeñen directamente o no en el ámbito bélico) de bienes, materias primas o cautivos que, junto con la realización de hazañas, contribuirán al sostenimiento o reproducción del prestigio detentado ante, o más bien concedido por, la comunidad. En efecto, en contextos de jefatura se puede dar la situación según la cual los jefes emplearán la violencia externa como uno de los modos de acceder a bienes de prestigio que sostendrán su papel destacado en la comunidad y su prestigio ante las comunidades y/o los jefes vecinos⁵¹.

En el valle del Nilo, tal circunstancia ha sido considerada al evaluarse los testimonios arqueológicos de diferenciación social correspondientes principalmente al registro funerario y los indicadores de violencia que pueden asociarse al ámbito bélico. La presencia en contextos mortuorios de élite de bienes y materias primas cuya procedencia lejana (desiertos circundantes, Nubia, Sinaí, Siria-Palestina, Mesopotamia) pudo haberlos revestido de una

⁴⁸ Cf. CAMPAGNO, *De los jefes-parientes...*, cit., pp. 137-145.

⁴⁹ Cf. GILBERT, *op. cit.*, p. 27; GAYUBAS, “Pierre Clastres y la guerra...”, cit., pp. 153-158.

⁵⁰ Cf. REDMOND, *op. cit.*, pp. 2, 51; GILBERT, *op. cit.*, pp. 9, 29.

⁵¹ Cf. TIMOTHY K. EARLE, *How Chiefs Come to Power. The Political Economy in Prehistory*, Stanford, Stanford University Press, 1997, p. 110.

condición prestigiosa ha conducido a estimar que la demanda de tales bienes y materias primas por parte de las élites de jefatura de Nagada I-IIb pudo dar lugar a enfrentamientos o incursiones con el objetivo de obtener o controlar el acceso a ellos⁵². De acuerdo con Marcelo Campagno, el acceso a las corrientes de intercambio y a los yacimientos minerales

era vital para la obtención o la elaboración de diversos bienes de prestigio que los jefes y las élites debían ostentar para expresar materialmente la diferencia que los distingue del resto de los integrantes de tales sociedades. Y la escasez de tales bienes –que es lo que, de hecho, determina su condición prestigiosa– podría haber constituido un motivo de tensión entre las comunidades que intentaban su consecución⁵³.

Los bienes y recursos así demandados serían menos “bienes para el consumo” que “bienes políticos”, y las prácticas tendientes a su obtención pueden concebirse menos como estrategias económicas que como medios de una finalidad política⁵⁴.

IV

Según hemos planteado al comienzo de este artículo, la guerra es una expresión de poder. Como tal, se vincula con otros ámbitos de lo social, como son lo ideológico y lo económico. En lo que respecta a este último, los testimonios correspondientes al valle del Nilo preestatal permiten inferir formas de obtención y asignación de recursos orientados a la actividad bélica durante los períodos Neolítico y comienzos del Predinástico: fabricación de armas con piedra y sílex, elaboración de embarcaciones con juncos de papiro y posibles obras defensivas, realización de incursiones o expediciones militares sostenidas en las posibilidades ofrecidas por la producción agrícola y ganadera. La presumible articulación de tareas a nivel comunal y de las unidades domésticas enmarcada en la lógica del parentesco, parece adquirir una dimensión en alguna medida diferente al constatarse la emergencia de entidades políticas de jefatura en el Alto Egipto a partir de Nagada I. Indicios de técnicas más elaboradas para la fabricación de armamento (y de la incorporación de piedras como el pórfido y la brecha con finalidades ya sea bélicas, simbólicas o de prestigio), así como iconografía que apunta al empleo de embarcaciones con remos que pudieron favorecer expediciones de mayor alcance y lo que

⁵² Cf. MICHAEL A. HOFFMAN, *Egypt Before the Pharaohs*, New York, Barnes & Noble, 1979, p. 343; BRUCE G. TRIGGER, “Los comienzos de la civilización egipcia”, en: BRUCE G. TRIGGER, BARRY J. KEMP, DAVID O’CONNOR y ALAN B. LLOYD, *Historia del Egipto antiguo*, Barcelona, Crítica, 1985 [1983], pp. 61, 72; CAMPAGNO, *De los jefes-parientes...*, cit., pp. 168-169.

⁵³ MARCELO CAMPAGNO, “En los umbrales. Intersticios del parentesco y condiciones para el surgimiento del Estado en el valle del Nilo”, en: MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGO y CARLOS G. GARCÍA MAC GAW (comps.), *El Estado en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2011, p. 54.

⁵⁴ HELBLING, *op. cit.*, p. 126. Cf. FRANCISCO J. GONZÁLEZ GARCÍA, “Copérnico y los bárbaros. Notas para una reinterpretación de la Edad del Hierro europea”, en: MARCELO CAMPAGNO (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014, p. 173, quien señala que “el valor principal de un ‘bien de prestigio’ es social y no económico, es decir, viene dado por su capacidad para proporcionar prestigio y no por su valor material intrínseco”.

pudo ser la construcción incipiente de murallas defensivas, coinciden con los testimonios de diferenciación social y de figuras de cierto estatus o liderazgo. Estas últimas aparecen asociadas, en algunos motivos iconográficos, con lo que parecen ser acciones bélicas o posbélicas y de cacería de animales salvajes (motivo este último simbólicamente conectado con los atributos bélicos de un jefe), lo cual permite vincular tales roles sociales ya sea con la coordinación de acciones militares o con la administración de recursos orientados a (o derivados de) dichas acciones, algunas de las cuales pudieron seguir ritmos estacionales.

Respecto a las motivaciones, sin que pueda proponerse una lucha por recursos escasos, el proceso de sedentarismo permite suponer conflictos asociados a la dimensión política, ideológica y social del territorio, en sociedades cuya lógica de articulación social dominante (el parentesco) definiría tanto la pertenencia (parientes) como la exclusión (potenciales enemigos). En tanto que la conformación de sociedades de jefatura parece haber introducido la búsqueda adicional por parte de los jefes (se desempeñaran directamente o no en la actividad bélica) de materias primas o bienes que les otorgaran prestigio, ello no parece haber erosionado la centralidad del parentesco.

Bibliografía

BRANISLAV ANĐELKOVIĆ, "The Upper Egyptian Commonwealth: A Crucial Phase of the State Formation Process", en: STAN HENDRICKX, RENÉE F. FRIEDMAN, KRZYSZTOF M. CIAŁOWICZ y MAREK CHŁODNICKI (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt", Krakow, 28th August – 1st September 2002*, Leiden, Brill, 2004, pp. 535-546.

WILLIAM O. ANGELBECK, "*They Recognize No Superior Chief*". *Power, Practice, Anarchism and Warfare in the Coast Salish Past*, PhD Thesis, Vancouver, The Faculty of Graduate Studies, The University of British Columbia, 2009.

AMEDEO BERTOLO, "Poder, autoridad, dominio: una propuesta de definición", en: CHRISTIAN FERRER (comp.), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*, Buenos Aires, Altamira, 1999, pp. 75-98.

CLAUS BOSSEN, "War as Practice, Power, and Processor: A Framework for the Analysis of War and Social Structural Change", en: TON OTTO, HENRIK THRANE y HELLE VANDKILDE (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006, pp. 89-101.

MARCELO CAMPAGNO, "Surgimiento de lo estatal y liderazgo local en el valle del Nilo (IV-III milenios a.C.)", en: MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGO y CARLOS G. GARCÍA MAC GAW (comps.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo Antiguo*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016, pp. 15-29.

MARCELO CAMPAGNO, "En los umbrales. Intersticios del parentesco y condiciones para el surgimiento del Estado en el valle del Nilo", en: MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGOS y CARLOS G. GARCÍA MAC GAW (comps.), *El Estado en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2011, pp. 45-79.

MARCELO CAMPAGNO, "De los modos de organización social en el Antiguo Egipto: lógica de parentesco, lógica de Estado", en: MARCELO CAMPAGNO (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el antiguo Egipto*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires-Ediciones del Signo, 2006, pp. 15-50.

MARCELO CAMPAGNO, *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto, del Período Badariense al Dinástico Temprano, ca. 4500-2700 a.C.*, Barcelona, Aula Ægyptiaca, 2002.

ROBERT L. CARNEIRO, "The Circumscription Theory: A Clarification, Amplification, and Reformulation", en: *Social Evolution & History* 11 (2), 2012, pp. 5-30.

PIERRE CLASTRES, *La sociedad contra el Estado*, La Plata, Terramar, 2008 [1974].

PIERRE CLASTRES, *Investigaciones en antropología política*, Barcelona, Gedisa, 1996 [1980].

KARL [CARL] VON CLAUSEWITZ, *De la guerra*, Barcelona, Labor, 1984 [1832].

TIMOTHY K. EARLE, *How Chiefs Come to Power. The Political Economy in Prehistory*, Stanford, Stanford University Press, 1997.

R. BRIAN FERGUSON, "A Paradigm for the Study of War and Society", en: KURT RAAFLAUB y NATHAN ROSENSTEIN (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, Washington, Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University, 1999, pp. 389-437.

R. BRIAN FERGUSON, "Violence and War in Prehistory", en: DEBRA L. MARTIN y DAVID W. FRAYER (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*, Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, 1997, pp. 321-355.

ARTHUR FERRILL, *The Origins of War: From the Stone Age to Alexander the Great*, London, Thames & Hudson, 1985.

AUGUSTO GAYUBAS, "Capacidad bélica y tecnología náutica en el valle del Nilo desde el período Predinástico hasta la Dinastía III", en: *Revista Universitaria de Historia Militar* 7 (15), en prensa.

AUGUSTO GAYUBAS, "Guerra, territorio y cambio social en el valle del Nilo preestatal", en: MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGOS y CARLOS G. GARCÍA MAC GAW (comps.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo Antiguo*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016, pp. 31-43.

AUGUSTO GAYUBAS, "Warfare and socio-political hierarchies: reflections on non-state societies of the Predynastic Nile Valley", en: *Gladius. Estudios sobre armas antiguas, arte militar y vida cultural en Oriente y Occidente* 35, 2015, pp. 7-20.

AUGUSTO GAYUBAS, "Pierre Clastres y la guerra en el valle del Nilo preestatal", en: MARCELO CAMPAGNO (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014, pp. 143-162.

GREGORY P. GILBERT, *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*, Oxford, Archaeopress, 2004.

ANDREA M. GNIRS, "Ancient Egypt", en: KURT RAAFLAUB y NATHAN ROSENSTEIN (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, Washington, Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University, 1999, pp. 71-104.

FRANCISCO J. GONZÁLEZ GARCÍA, "Copérnico y los bárbaros. Notas para una reinterpretación de la Edad del Hierro europea", en: MARCELO CAMPAGNO (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014, pp. 163-180.

VICTOR DAVIS HANSON, *Guerra. El origen de todo*, Madrid, Turner, 2011 [2010].

JÜRGEN HELBLING, "War and Peace in Societies without Central Power: Theories and Perspectives", en: TON OTTO, HENRIK THRANE y HELLE VANDKILDE (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006, pp. 113-139.

STAN HENDRICKX, "Hunting and Social Complexity in Predynastic Egypt", en: *Koninklijke Academie voor Overzeese Wetenschappen, Mededelingen der Zittingen* 57 (2-4), 2011, pp. 237-263.

STAN HENDRICKX, "Crafts and Craft Specialization", en: EMILY TEETER (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, pp. 93-98.

STAN HENDRICKX y DIRK HUYGE, "Neolithic and Predynastic Egypt", en: COLIN RENFREW y PAUL BAHN (eds.), *The Cambridge World Prehistory*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 240-258.

STAN HENDRICKX y PIERRE VERMEERSCH, "Prehistory. From the Palaeolithic to the Badarian Culture (c. 700,000-4000 BC)", en: IAN SHAW (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt*, New York, Oxford University Press, 2000, pp. 17-43.

MICHAEL A. HOFFMAN, *Egypt Before the Pharaohs*, New York, Barnes & Noble, 1979.

DIANE L. HOLMES, *The Predynastic Lithic Industries of Upper Egypt. A Comparative Study of the Lithic Traditions of Badari, Naqada and Hierakonpolis*, Oxford, Archaeopress, 1989.

JOHN KEEGAN, *Historia de la guerra*, Madrid, Turner, 2014 [1993].

BARRY J. KEMP, *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilisation*, 2nd edition, London-New York, Routledge, 2006.

E. CHRISTIANA KÖHLER, "History or Ideology? New Reflections on the Narmer Palette and the Nature of Foreign Relations in Pre- and Early Dynastic Egypt", en: EDWIN C. M. VAN DEN BRINK y

THOMAS EVAN LEVY (eds.), *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the early 3rd Millennium BCE*, London, Leicester University Press, 2002, pp. 499-513.

STEVEN A. LEBLANC, *Constant Battles. Why We Fight?*, New York, St. Martin's Griffin, 2004.

AGNIESZKA MAĆZYŃSKA, "Lower and Upper Egypt in the 4th millennium BC. The development of craft specialisation and social organisation of the Lower Egyptian and Naqada cultures", en: MAREK CHŁODNICKI, JACEK KABACINSKI y MICHAŁ KOBUSIEWICZ (eds.), *Hunter-Gatherers and Early Food Producing Societies in Northeastern Africa*, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 2015, pp. 65-101.

BÉATRIX MIDANT-REYNES, *The Prehistory of Egypt. From the First Egyptians to the First Pharaohs*, Oxford, Blackwell Publishing, 2000 [1992].

KEITH F. OTTERBEIN, *How War Began*, College Station, Texas A&M University Press, 2004.

KEITH F. OTTERBEIN, "The Anthropology of War", en: JOHN J. HONIGMANN (ed.), *Handbook of Social and Cultural Anthropology*, New York, Rand McNally, 1973, pp. 923-958.

ELSA M. REDMOND, *Tribal and Chieftly Warfare in South America*, Ann Arbor, University of Michigan, 1994.

BRUCE G. TRIGGER, "Los comienzos de la civilización egipcia", en: BRUCE G. TRIGGER, BARRY J. KEMP, DAVID O'CONNOR y ALAN B. LLOYD, *Historia del Egipto antiguo*, Barcelona, Crítica, 1985 [1983], pp. 15-97.

HARRY HOLBERT TURNEY-HIGH, *Primitive War: Its Practice and Concepts*, Columbia, University of South Carolina Press, 1949.

PIERRE VERMEERSCH, "Extraction de silex en Égypte préhistorique", en: *Archéo-Nil* 7, 1997, pp. 47-58.

PIERRE M. VERMEERSCH, ETIENNE PAULISSEN y PHILIP VAN PEER, "Le Paléolithique de la vallée du Nil égyptien", en: *L'Anthropologie* 94 (3), 1990, pp. 435-458.

STEVE VINSON, *Egyptian Boats and Ships*, Buckinghamshire, Shire Publications, 1994.

DAVID WENGROW, *La arqueología del Egipto arcaico. Transformaciones sociales en el noreste de África (10.000-2650 a.C.)*, Barcelona, Bellaterra, 2007 [2006].

MYRIAM WISSA, "L'approvisionnement en pierres des origines de l'Égypte à 2700 av. J.C.", en: *Archéo-Nil* 7, 1997, pp. 59-78.

EL ORIGEN DEL ESTADO EN EGIPTO Y MESOPOTAMIA: INDICIOS DE COERCIÓN Y VIOLENCIA EN LA PALETA DE NARMER Y EL VASO DE URUK

Prof. María Silvia Álvarez

mariasilviaalvarez@gmail.com

Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales. Universidad Autónoma de Entre Ríos.

(FHAyCS – UADER)

Consejo de Investigaciones de la Universidad de Salta (CIUNSa)

Resumen

Los estados primarios o prístinos, es decir, las primeras formas de poder de dominación que contaron, en general, con un gobierno centralizado, una sociedad estratificada, escritura, arquitectura monumental y urbanización, surgen alrededor del 3000 a.C. Seguimos el planteo de Marcelo Campagno que nos dice que la presencia del estado se relaciona con tres capacidades: de coerción, de creación y de intervención. Nos interesa enfocarnos en la primera de ellas, la capacidad de coerción, que se ve materializada en el uso de la violencia (tanto interna, a través de la represión, como externa, a través de la guerra) y en la práctica de la tributación. El centro de este trabajo será el análisis de los indicios de prácticas estatales, coerción y violencia que nos puede brindar la iconografía presente en dos objetos de este período, en Egipto y en Mesopotamia: la Paleta de Narmer y el Vaso de Uruk.

Palabras claves: estado, coerción, violencia, iconografía.

Abstract

The primary or pristine states, that is, the first forms of power of domination that, in general, had a centralized government, a stratified society, writing, monumental architecture and urbanization, arose around 3000 B.C. We follow Marcelo Campagno's approach, who tells us that the presence of the state is related to three capacities: coercion, creation and intervention. We are interested in focusing on the first of them, the capacity for coercion, which is materialised in the use of violence (both internal, through repression, and external, through war) and in the practice of taxation. The core of this work will be the analysis of the signs of state practices, coercion and violence offered by the iconography present in two objects of this period, in Egypt and Mesopotamia: the Narmer Palette and the Uruk Vase.

Keywords: state, coercion, violence, iconography.

Introducción

Los estados primarios o prístinos, es decir, las primeras formas de poder de dominación que contaron, en general, con un gobierno centralizado, una sociedad estratificada, escritura, arquitectura monumental y urbanización, surgen alrededor del 3000 a.C.

El análisis del origen del estado en el mundo antiguo provoca grandes discusiones alrededor de la existencia del estado en las sociedades antiguas, ya que muchos estudiosos consideran que el mismo es una creación propia del mundo moderno, lo que hace que el concepto no sea aplicable al mundo antiguo. Ahora bien, las sociedades antiguas no conocieron este concepto, que efectivamente surgirá muchos siglos más tarde, pero esto no evita que podamos tomar el concepto para acercarnos al estudio del origen de nuevos entramados de poder, nuevas estructuras institucionales, así como nuevas redes de significaciones en el mundo antiguo. Es posible estudiar los elementos diferentes que surgen en estas sociedades y que podemos asimilar al proceso de constitución del estado.

En este trabajo, nos interesa comenzar revisando brevemente algunos lineamientos acerca del origen del estado, tomaremos los planteos teóricos de Marcelo Campagno, específicamente en la explicación que la presencia del estado se relaciona con las capacidades de coerción, de creación y de intervención, ahondando en la capacidad de coerción, que se ve materializada en el uso de la violencia y en la práctica de la tributación. A partir de esto, nos centraremos en buscar indicios de prácticas estatales, coerción y violencia que nos puede brindar la iconografía y para ello analizaremos la Paleta de Narmer y el Vaso de Uruk. Acordamos con que una imagen es, además de un producto de la percepción, el resultado de un proceso de simbolización. Cada sociedad produce imágenes que nos muestran de qué manera sus miembros perciben el mundo, percepción que está determinada por el contexto de producción. (Belting, 2007: 14, 27) Las imágenes iconográficas tienen un poder simbólico, que transmite y enfatiza ideas y conceptos, por lo que deben ser analizadas a la luz del contexto que las produjo, en estos dos casos, el proceso de construcción del estado en Egipto y Mesopotamia.

A la luz de lo expuesto, estos dos objetos, procedentes uno de Egipto y otro de la antigua Mesopotamia, son seleccionados por estar datados en el marco cronológico que estamos estudiando y por su importante carga simbólica, como nos dice Pérez Largacha (2012b: 52):

Desde su descubrimiento, tanto la Paleta de Narmer (1898) como el Vaso Uruk (1930), han sido considerados dos objetos que reflejan los cambios que, en todos los ámbitos, estaban aconteciendo en Egipto y en el mundo Uruk en la última mitad del IV milenio, un período en el que se estaban poniendo las bases de unos estados, territorial en Egipto y basado en la ciudad-estado en la Baja Mesopotamia.

El estado: sus orígenes

...Estado sólo es definible sociológicamente por referencia a un medio específico que él, como toda asociación política, posee: la violencia física. (...) Estado es aquella comunidad humana que, dentro de un determinado territorio (el territorio es elemento distintivo), reclama (con éxito) para sí el monopolio de la violencia física legítima. (Weber, 2007: 83)

El estado aparece como una forma política centralizada, articulada y jerarquizada, con una complejidad superior a formas políticas anteriores. En él, se establece el monopolio de la fuerza y la ley que nace de quienes detentan el poder, y se mantienen y perpetúan el orden social, las desigualdades, los contrastes. (Wagner, 1999: 53)

El surgimiento del estado estaría dado por la aparición del monopolio legítimo de la coerción, como lo plantea Weber, es decir, cuando un grupo pequeño se arroga, y efectivamente detenta, el poder de imponerse sobre el resto de la sociedad. El estado implica la existencia de un poder político permanente, el uso de la coacción sobre la población, el monopolio del poder, un poder centralizado, coercitivo, territorializado. Es una relación de dominación en la que ciertos grupos humanos someten a otros, utilizando como herramienta la violencia, que es percibida como legítima. Los grupos sometidos aceptan este sometimiento, que se justifica a partir ya sea del respeto por la costumbre instituida, por la autoridad del carisma del líder, o por la legitimidad basada en la legalidad. Esta legalidad se relaciona con considerar como válidos a los preceptos legales y en el acatamiento de normas estimadas como lícitas y racionales. Esta sumisión, esta obediencia, se halla coartada ya sea por el miedo al castigo o a la venganza, o por el sometimiento a alguna autoridad divina. (Weber, 2007: 85 - 86)

Con respecto a la dominación ejercida desde el nuevo estado sobre grupos que aceptaron ese poder, Maurice Godelier dice que la legitimación de esa dominación y la consiguiente obediencia se deben al hecho que ambos grupos comparten determinadas representaciones sobre el orden social y entonces aparece bajo el manto de un intercambio de servicios entre dominadores y dominados: el favor de los dioses, la garantía del orden, la distribución de raciones a partir de los tributos. (Alonso y Diburzi, 2008: 23 - 28)

De acuerdo con Campagno, "...la existencia del estado puede reconocerse a partir de tres grandes capacidades de hacer: capacidad de coerción, capacidad de creación y capacidad de intervención." (2015: 21 - 37)

La capacidad de coerción está directamente relacionada con la posibilidad del uso de la violencia, ya sea hacia adentro de la sociedad (represión), como hacia afuera (guerra). En este punto también podemos sumar a la práctica de la tributación, ya que esta no se trata de otra cosa más de la quita obligada de los excedentes.

Con respecto a la capacidad de creación, el testimonio más importante es el arquitectónico. El proceso de urbanización llega acompañado de la construcción de grandes edificios,

monumentos, templos, que recuerdan de modo espectacular la capacidad del Estado para crear estas nuevas realidades. Además, estas grandes construcciones también llevan aparejada toda la necesaria organización para llevar adelante estas grandes empresas: organización de las personas que trabajarán allí, tareas a cumplir, raciones, materiales, etc.

Por último, la capacidad de intervención se relaciona directamente con la posibilidad de interferir, de irrumpir, de reorganizar. El estado interviene en la sociedad a través del tributo, de la confiscación de bienes, de las distintas imposiciones. El ejemplo más claro de la capacidad de intervención del estado nos lo brinda la escritura, a través de la cual el estado codifica, identifica, registra. La escritura es el elemento fundamental alrededor del cual se organiza el aparato burocrático, "... una forma pasiva y ordenada de ejercer poder." (Kemp, 1996: 139)

...la cuestión del Estado en el mundo antiguo (...) permite incluir en él a todo un conjunto de sociedades que proporcionan *contextos primarios* para la emergencia de los Estados, es decir, contextos en los que el Estado surgió de manera autónoma y no como resultado de presiones inducidas por Estados preexistentes en la misma región o en regiones vecinas. (Campagno, 2009: 342)

Los estados primarios o prístinos, es decir, las primeras formas de poder de dominación que contaron, en general, con un gobierno centralizado, una sociedad estratificada, escritura, arquitectura monumental y urbanización, surgen alrededor del 3000 a.C. Esto supuso un cambio fundamental con respecto a las antiguas sociedades de parentesco, en las que estos poderes de dominación y organización no son posibles de encontrar, a partir del surgimiento de lo estatal se produce una división, una ruptura que previamente no existía. El sistema de parentesco no va a desaparecer, pero el nuevo sistema de dominación se desarrollará independientemente de él. El estado y la dinámica que lo caracteriza, generan diferenciación y división, ya no se organiza en base a las reglas del parentesco y la reciprocidad. En esta nueva conformación surge un nuevo liderazgo, uno que detenta el poder, a diferencia de los jefes propios de dinámicas basadas en el parentesco, que poseen prestigio. Ese poder se basa en la capacidad de imponer sus decisiones y su voluntad.

Si planteamos al estado como una ruptura de las lógicas del parentesco, ¿cómo explicamos un desarrollo hacia una realidad totalmente nueva y diferente? Campagno (2007: 346 – 347) propone pensar en los "espacios intersticiales" entre distintas tramas de parentesco. Esos espacios no se rigen por los mismos principios de parentalidad, son otras comunidades, son no-parientes, aquí no aparecen los límites ni las relaciones recíprocitarias que sí son propias de la organización dentro de cada comunidad de parentesco. Dentro de una comunidad, el parentesco estructura, revela, posibilita y organiza las relaciones, pero con quienes no son miembros de la misma, es una no-relación, una situación en la que prevalecen la desconfianza y la negación. La primera forma que tomaría lo estatal sería entonces la relación entre

extranjeros, entre individuos que no comparten lazos de parentesco. En esos espacios, las relaciones entre las diversas comunidades pueden darse a partir del intercambio, es decir, de manera pacífica, o desde el conflicto, sea por diversos recursos, por enemistades políticas o por cuestiones simbólico – ideológicas. El conflicto entre diferentes tramas puede darse por medio de la guerra, en el caso de comunidades distantes entre sí o en los casos de coincidencia de diferentes grupos en el mismo espacio urbano. Ya sea por la guerra o por la competencia, el conflicto estalla en esos espacios intermedios entre ellas, en esas circunstancias un grupo parental puede imponerse sobre otro, estableciendo nuevas normas y lógicas de organización por medio de la imposición. En las sociedades previas al estado, la guerra es de ataque – retirada, pero en sociedades que se encaminan hacia lo estatal, ya podemos encontrar la posibilidad de conquista del otro, de asentamiento en sus tierras, estableciéndose una dinámica nueva: la de dominadores y dominados. Estos últimos no son parientes, y es en ese espacio intersticial donde se pueden aplicar los principios de la coerción. (Campagno, 2007: 96 – 98)

Como decíamos anteriormente, la lógica del parentesco no va a desaparecer, sino que va a existir junto a la lógica estatal. La elite estatal (dentro de la cual también vamos a encontrarnos con la lógica parental) controla los medios coercitivos y desarrolla a su alrededor todo un entramado político-administrativo, y a la vez existen comunidades que se rigen por una lógica parental. Entre esa elite y las comunidades, no hay relaciones de parentesco.

Entre las hipótesis acerca del origen del estado que proponen diversos investigadores, estas podrían agruparse en dos conjuntos: uno, que plantea que el estado se origina a partir de un acuerdo social, es decir, desde el consenso, y otro que dice que nace de la imposición de unos sobre otros, o sea, de la violencia.

Siguiendo la línea que plantea el consenso como base para el surgimiento del estado, este nace en el contexto del acuerdo social, el estado brinda un servicio que es necesario. Al consenso se llega ya sea por utilidad, por beneficio o por su inevitabilidad. De esta manera, los nuevos líderes son capaces de llevar adelante tareas que podrían beneficiar al conjunto de la población, tareas cuyo cumplimiento colaboraría en la acumulación de poder y el desarrollo creciente de la legitimidad de ese nuevo líder, que se irá transformando en un rey. También relacionado con el consenso, otras líneas teóricas plantean la subordinación aceptada: ciertos grupos aceptan como inevitable su subordinación a otros cuando su sobrevivencia está en riesgo por la escasez de recursos a los que pueden acceder. En este punto, hay hipótesis que hablan ya no de la subordinación de ciertos sectores de la sociedad, sino del sometimiento aceptado por grupos externos, que se alejaron de sus tierras ya sea porque las perdieron por algún problema ecológico o porque han sido expulsados por otros grupos. Es así que buscan protección y acceso a nuevas tierras, aceptando el sometimiento en ese nuevo espacio.

Con respecto a las hipótesis alrededor de la violencia, todas indican que las relaciones de subordinación nacen de la existencia de grupos que se imponen sobre otros por la fuerza. Esta violencia puede nacer de conflictos que surgen en el interior de sociedades no estatales, que originan una polarización hasta que uno de esos polos domine de manera permanente al otro. También puede surgir de conflictos entre diferentes sociedades que llevan al sometimiento de uno por el otro, dando lugar a una nueva forma de sociedad estatal. Siguiendo con este planteo, la guerra sería uno de los factores que conducen al estado.

La guerra, y la consiguiente expansión territorial, puede ser sindicada como uno de los factores que conducen a la formación del estado. La guerra es la relación entre extraños por antonomasia, no hay relación de parentesco entre los bandos involucrados, y prepara el camino hacia el estado, ya que conlleva la existencia de la coerción física. Los indicadores más claros del desarrollo de la guerra provienen de la existencia de armas, muros de defensa, motivos iconográficos que ilustran prisioneros, luchas, armas, etc. (Campagno, 2004: 690)

Una vez constituido el estado comienza un nuevo proceso: el de la construcción de su legitimidad. Una ideología se va conformando, que va confirmando un carácter legítimo y brinda autoridad a esta nueva realidad política. Este nuevo orden que se origina, brinda modelos de comportamiento y vida, va construyendo un sistema de creencias, normas de convivencia y miradas hacia "el otro". Orden, legitimidad, ideología, identidad y autoridad están así íntimamente relacionados y se asientan sobre un relato del pasado, con fuertes elementos míticos, un pasado en el que ese orden fue establecido. En este punto, la religión tiene un rol muy importante, al otorgar elementos legitimadores para este nuevo tipo de sociedad, los dioses establecen el orden. Este nuevo sistema cultural va a difundir ideas alrededor del estado y su organización. (Pérez Largacha, 2012a: 935 – 946)

La legitimidad de esta nueva formación estatal y las representaciones surgidas de él, y que colaboran con su sostenimiento, conducen a la naturalización del estado y sus prácticas. El estado pasa a ser una realidad que, de alguna manera, siempre fue de esa manera y el pasado relatado así lo demuestra. Así, las relaciones de dominación sostenidas por el monopolio de la coerción, se ven no sólo admitidas, sino sostenidas en su existencia. (Campagno, 2007: 103)

Coerción y violencia en el origen del estado en Mesopotamia: análisis del vaso de Uruk

El estado en el mundo antiguo en general parece haber surgido a partir de la existencia de una variedad de proto-estados o múltiples sociedades de jefatura, a partir de lo cual asumió diversas formas, en algunos casos podemos observar una rápida expansión, como en el caso de Egipto al que volveremos más adelante, y en otros, como en Mesopotamia, se desarrolló un patrón policéntrico de estados. En este segundo caso, los diversos centros anteriores al estado

van a atravesar un proceso de desarrollo y consolidación paralelo, sin que se produzca un proceso de unificación. (Campagno, 2007: 104 – 105)

En el sur de Mesopotamia, al llegar el IV milenio a.C., se había producido un proceso de formación de ciudades sobre asentamientos anteriores. Este no fue un proceso acumulativo, sino un cambio fundamentalmente cualitativo. Las diversas aldeas existentes ya en el período Obeid (5500 – 4200 a.C.) se habían dedicado a la agricultura y la ganadería, entre otras actividades productivas, y resaltaban dos empresas: la construcción de obras de regadío y drenaje y la construcción de templos. Desde el 4200 a.C. se produce una nueva etapa de desarrollo sociocultural al que se conoce como Uruk. Los cambios tecnológicos y organizativos, que habían comenzado en etapas anteriores, continuaron, pero con una evidente tendencia a la polarización y centralización. En esta etapa, se afianza el poder del sur de Mesopotamia, consolidando los procesos de urbanización, y las tareas hidráulicas alcanzaron dimensiones superiores a lo local. Nos encontramos con edificaciones monumentales y murallas que circundan el centro urbano, estas construcciones nos hablan de la necesidad de una importante cantidad de mano de obra que podría haberse obtenido por medio del tributo.

Las grandes construcciones eran el espacio de prácticas religiosas, políticas y económicas, en esta época ya hace su aparición la escritura, que se encuentra ligada fuertemente a la existencia de prácticas de gestión y organización.

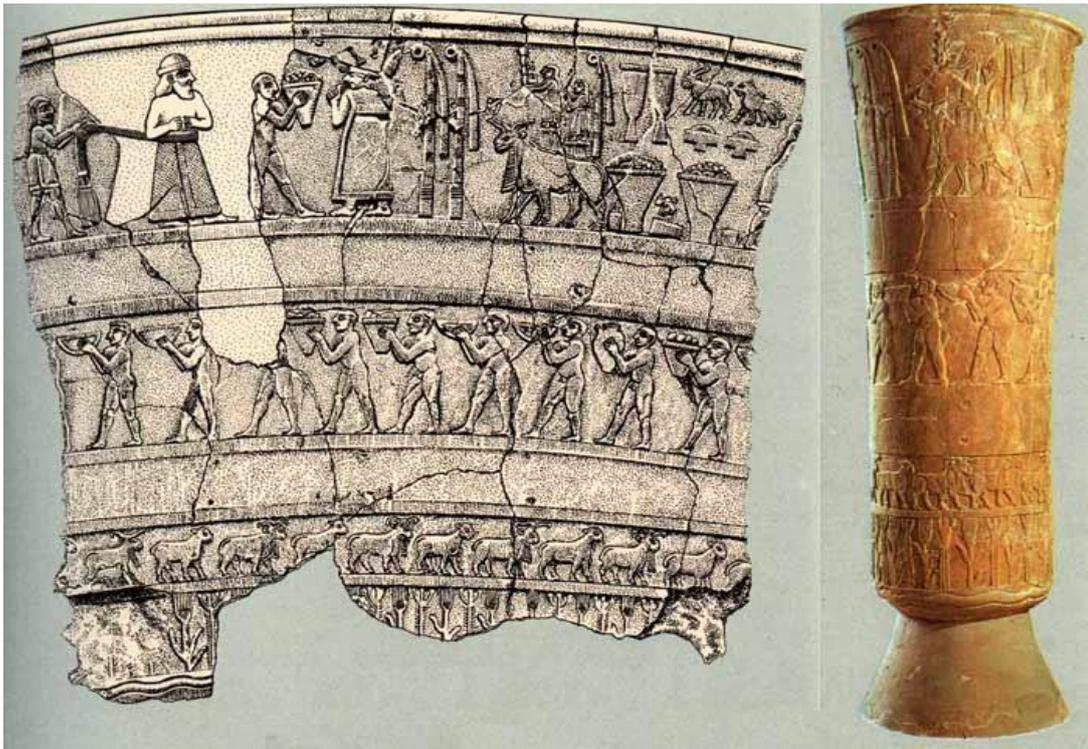
El proceso de urbanización se encuentra íntimamente ligado a la formación del Estado, un organismo político complejo capaz de asegurar, mediante dispositivos administrativos y jurídicos, pero también mediante la coerción y la propaganda, la perpetuación y reproducción social de lo que tales cambios implican... (Wagner, 1999: 55)

Esos cambios estaban relacionados con la aparición de grupos sociales con diferentes prerrogativas y acceso a los recursos.

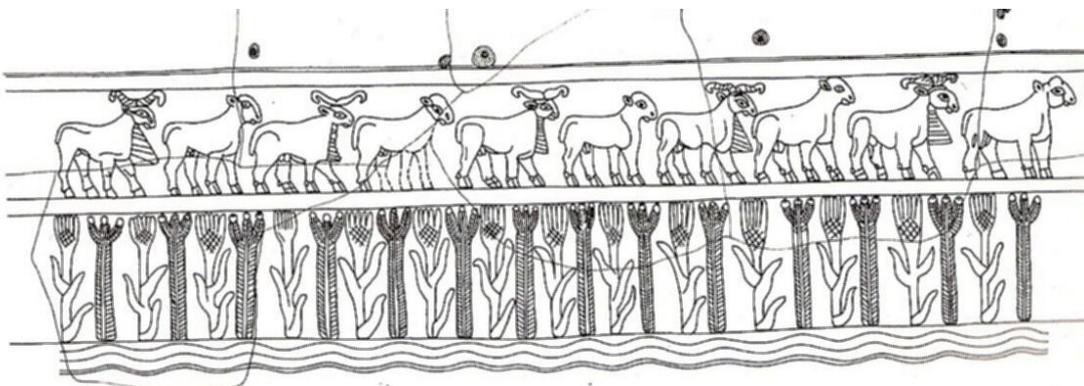
Las ciudades como Uruk probablemente tenían cierto control sobre las aldeas periféricas, a las que destinaban sus excedentes, a través de prácticas de coerción. Los recursos que no era posible obtenerlos en la zona, se procuraban por medio del comercio con otras regiones, el establecimiento de bases comerciales o asentamientos intrusivos. (Algaze, 2008: 86)

Para el III milenio a.C., el mapa político de Mesopotamia se componía de decenas de ciudades-estado independientes entre sí, en constante tensión por el acceso al agua y a los bienes de zonas más alejadas.

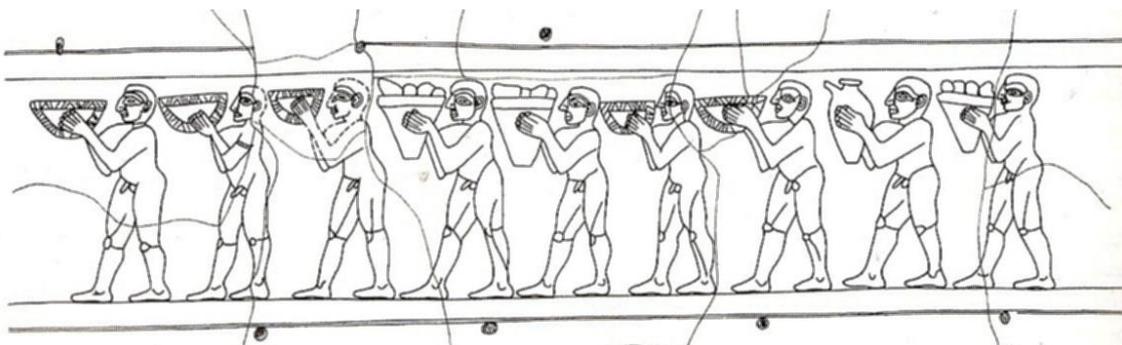
El llamado Vaso de Uruk es un vaso de alabastro de casi un metro de altura, de alrededor del 3000 a.C. Fue encontrado en 1934 por un equipo de arqueólogos alemanes, en el santuario de Inanna, en Uruk. Se encontraba junto a otros elementos con los que posiblemente fueron depositados en conjunto, siendo probablemente una ofrenda votiva.



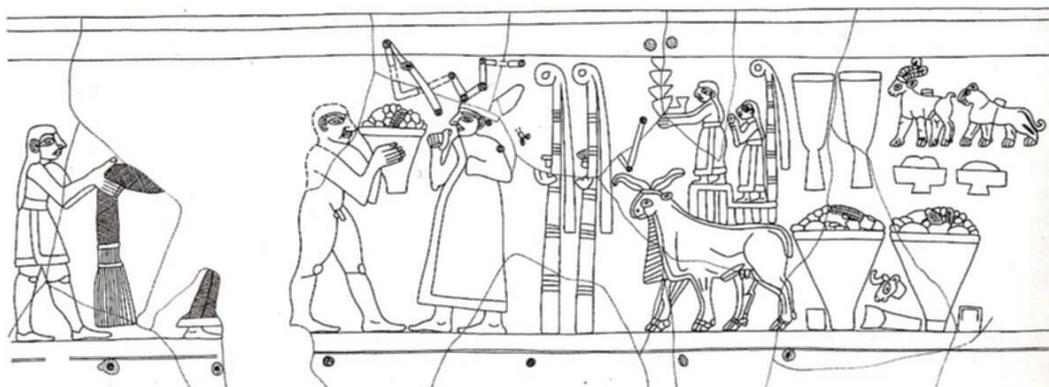
Está decorado con cuatro bandas horizontales en bajo relieve, en las que están sistematizadas las figuras. En las dos bandas inferiores de unas líneas sinuosas que representan el agua, nacen palmeras, cereales, ovejas y carneros. El agua es un elemento vital para la supervivencia en esta zona, y su manejo permite llevar adelante las diversas actividades productivas, como la agricultura y ganadería, aquí representadas.



En la tercera fila, varios hombres desnudos van en procesión mientras acarrean cuencos, jarros y vasos con frutos.



Finalmente, en el registro superior, que está incompleto, la diosa Inanna (simbolizada por los haces de cañas), recibe al gobernante y a un sacerdote desnudo que presentan sus ofrendas en agradecimiento. Detrás de la diosa se pueden ver las ofrendas ya recibidas.



Pérez Largacha (2012b: 61) nos dice:

En líneas generales la decoración del vaso Uruk refleja las relaciones que existían entre el medio geográfico, el conjunto de la comunidad, el gobernante (un rey sacerdote) y los dioses, un universo que se refleja en su decoración de forma piramidal; con el agua y sus frutos junto al ganado, lo que permite garantizar la alimentación y sustento de una sociedad que presenta sus ofrendas a la divinidad....

En los registros de este vaso podemos encontrar una composición vertical en líneas paralelas que conforman una secuencia jerárquica. La importancia y el lugar que ocupan las diversas personas es claro, hay una evidente estratificación y jerarquización. La figura del gobernante resalta por los ropajes utilizados, por su altura, mayor a todos los demás, y por el séquito que lo acompaña. Las demás figuras están, en su mayoría, desnudas. El poder de ese gobernante se halla relacionado con su conexión con el mundo divino, que lo sostiene y lo legitima, su presencia y las ofrendas ayudan a sostener el orden, que a su vez garantiza la abundancia.

¿Por qué analizamos este elemento en particular en este trabajo? En el Vaso de Uruk podemos encontrar indicios de primeras prácticas estatales, relacionadas con la coerción.

Las ofrendas que se llevan ante la diosa, así como los hombres que las acarrean, nos indican la existencia de prácticas de tributación, en las que la población se ve obligada por la autoridad a pagar, con su trabajo o con frutos, al representante de ese estado.

También es posible desprender otros elementos, el agua aparece sugerida aquí por medio de las líneas sinuosas en la parte inferior. El manejo del agua es fundamental en esta zona, no sólo para llevar agua para regar en zonas donde no llega, sino también para controlar las crecidas del río. Para ello, es necesario realizar obras de regadío y de drenaje que demandan no sólo una gran fuerza de trabajo, sino también un gran esfuerzo organizativo: de las tareas a realizar, las raciones a repartir, etc. Aquí también se encuentra presente la coerción por parte del estado. Además, la presencia de un gobernante y sacerdotes nos permiten pensar en la

existencia de instituciones, como el templo, por ejemplo, que en este contexto tiene funciones religiosas y económicas.

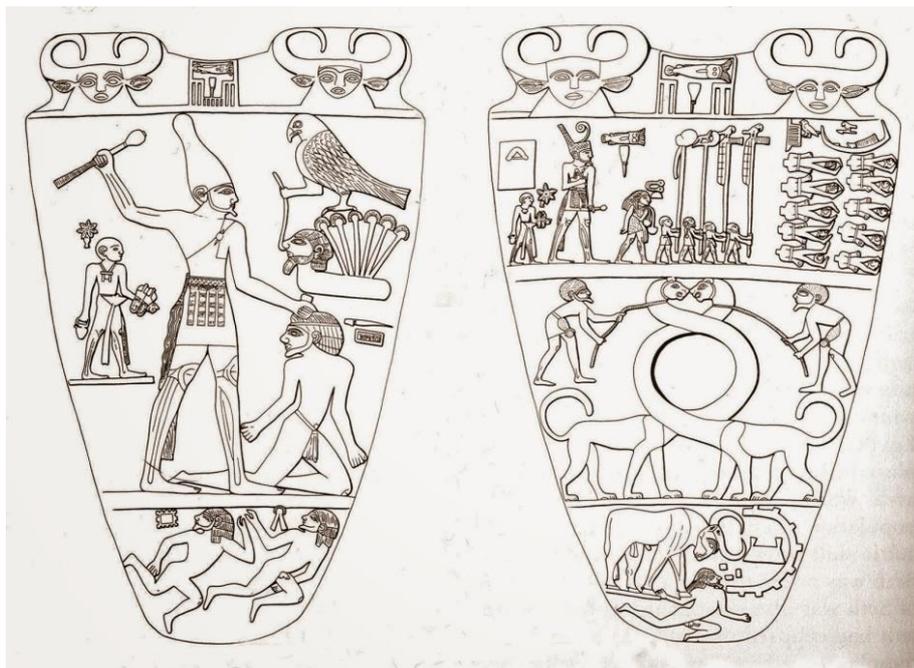
Por otro lado, las ofrendas son elevadas a la diosa Inanna, en un claro acto que tiene como objetivo lograr el favor divino. El mundo está organizado de esa manera porque los dioses lo han dispuesto, los mismos dioses de quienes los gobernantes son intermediarios. Es necesario ofrecer esas dádivas para sostener el orden, esto también puede verse como una práctica coercitiva, es una especie de coerción simbólica, en la que quienes están obligados a realizar ofrendas, son responsables del mantenimiento, o no, del orden establecido.

Coerción y violencia en el origen del estado en Egipto: análisis de la Paleta de Narmer

Volviendo a lo planteado con respecto al origen del estado en Mesopotamia, en el IV milenio a.C., en Egipto, podemos reconocer la existencia de una variedad de proto-estados o múltiples sociedades de jefatura, a partir de lo cual hubo un proceso de rápida fusión, seguida por un proceso de expansión. Uno de esos proto-estados va a imponerse sobre los demás. Esta rápida expansión llevó a que espacios muy lejanos estuvieran bajo el mismo control territorial.

A mediados del IV milenio podemos observar la existencia de tres proto-estados: Hieracópolis, Nagada y Abidos. Existe evidencia de conflictos entre comunidades, probablemente por el acceso a ciertos bienes de prestigio, lo que hace probable que algunas comunidades, al vencer, hayan decidido sostener esa dominación. En este período, Hieracópolis atraviesa un período de crecimiento demográfico, que profundiza la diferenciación social y la especialización laboral. A su vez, podemos encontrar la presencia de un posible centro ceremonial de gran tamaño, así como una serie de tumbas de grandes dimensiones. Ya hacia el 3200-3000 a.C., hay indicios que los núcleos mencionados se traban en conflicto y es posible que la zona se haya unificado bajo la hegemonía de Hieracópolis y Abidos. Hacia el 3000 a.C., todo el territorio desde el Mar Mediterráneo hasta la primera catarata del río Nilo, va a estar sujeto a la autoridad del estado egipcio. Durante mucho tiempo, Egipto será el único caso de estado territorial, es decir, un estado que domina amplias zonas, alejadas entre sí. (Campagno, 2007: 20 – 24)

La Paleta de Narmer fue encontrada en 1898 por James Edward Quibell y Frederick William Green, en el depósito de fundación de un templo de Hieracópolis. Es una placa de esquisto verde de 64 cm. de alto y 42 de ancho, que actualmente se halla en el Museo de El Cairo. Si bien esta conserva la forma de una tableta de piedra en la que se molían los pigmentos para el maquillaje, tiene una fuerte impronta simbólica. No es un objeto de uso (su mismo tamaño lo haría imposible), sino que lo podemos considerar un objeto ritual que relata una narración simbólica.



La Paleta de Narmer ha sido objeto de diversas interpretaciones, entre ellas las explicaciones que intentan ver en ella un relato histórico, como que es el relato de la unificación, la victoria sobre el Delta (Kaplony, 1958), o la conquista sobre Palestina (Yadin, 1955). Actualmente, se tiende a una interpretación simbólica, que ayuda a la comprensión del período predinástico en Egipto, como las planteadas por John Baines, en 1993, 1995 y 2003. Jan Assmann plantea que en la paleta hay una intencionalidad histórica y política, es una representación destinada a las elites durante el proceso de absorción de otras comunidades. No es una narración histórica,

pero sí es un relato que utiliza temas ya conocidos en este contexto cultural, que hacen que el mensaje pueda ser comprendido. (Pérez Largacha, 2012b: 54 – 56)

La paleta presenta dos caras, con diferente decoración, en las que la narración se organiza también en registros horizontales. En una de ellas (la que está a la izquierda en la foto), Narmer, de gran tamaño con respecto a las demás figuras, está golpeando a un enemigo con la maza mientras lo sujeta de sus cabellos. Este motivo del rey aporreando a un enemigo ya había sido utilizado en períodos anteriores y siguió siendo representado durante miles de años más. Narmer viste diferentes elementos que nos hablan del poder de su figura: corona (la blanca, en el motivo en el que está golpeando a su enemigo, la roja en la otra cara), cola de toro. Las coronas nos hablan de su rol de poder en Egipto, así como la cola de toro nos remite a valores que se buscan resaltar, como la virilidad, la fuerza, el poder que se desean relacionar con la figura del gobernante. Siempre está descalzo, lo que podría decirnos que está pisando terreno sagrado (recordemos que este elemento se encontró en un templo y tiene connotaciones rituales).

En ambas caras, en el registro inferior, podemos observar varias figuras: en una de las caras, son cadáveres desnudos de personas que no parecen ser egipcios (por sus cabellos y barba), sino enemigos, en la otra, también encontramos un cadáver, y lo que parece ser un recinto amurallado siendo amenazado por un toro de tamaño mayor incluso que las murallas. Los cadáveres que aparecen están en posiciones que nos hablan de un uso extremo de la violencia sobre sus cuerpos, están retorcidos, vencidos. Son los otros por excelencia, su aspecto es evidentemente distinto al de las otras figuras humanas presentes en la paleta.

En la otra cara de la paleta (ubicada a la derecha de la foto), hay, además del registro inferior del que recién hablamos, dos registros más. En el central se encuentra el espacio en el que se molían los pigmentos del maquillaje, ese espacio está rodeado de dos animales imaginarios e idénticos, que entrelazan sus cabezas en una clara imagen de orden y equilibrio. Dos figuras humanas controlan con ataduras a las dos cabezas, el orden es controlado y mantenido.

En el registro superior, Narmer (otra vez, representado de mayor tamaño) inspecciona dos filas de cadáveres de enemigos decapitados. Un halcón y un barco también están presentes, símbolos del sol y su renacer diario, tal vez otra manera de representar el orden que debe ser sostenido.

Consideramos que en la paleta de Narmer podemos observar claramente indicios de conformación de estatalidad y de conflictos con otras comunidades. El ejercicio de la violencia está presente en las armas, en la representación de enemigos muertos, en las filas de cadáveres decapitados, en la figura de Narmer aporreando a un enemigo, en el toro embistiendo unas murallas. Esos cuerpos muertos son no-egipcios, son diferentes y así los muestran. El no-egipcio es aniquilado, eliminado mientras la majestad del rey, prevalece. Podemos observar

que la simbología relacionada con la autoridad, el control y la coerción física también están presentes en esta pieza: el uso de las dos coronas, el tamaño de la figura real, la simbología relacionada con el toro (que a su vez nos remite a la fuerza, la virilidad, la violencia), el halcón (símbolo de Horus y, por lo tanto, del faraón) sometiéndolo a una cabeza humana, con características físicas no-egipcias, que emerge de un haz de papiros, los dos hombres controlando las cabezas de dos animales imaginarios. Todo esto nos muestra un rey que ejerce su poder y la violencia sobre otros, un rey que mantiene el orden y el equilibrio, un rey que participa de un ritual sagrado y es acompañado, y legitimado, por figuras divinas.

A modo de cierre

A este trabajo lo contextualizamos en el proceso de origen del estado en el mundo antiguo, volviendo la mirada hacia Egipto y Mesopotamia, centrándonos en las capacidades propias de un estado: capacidad de coerción, de creación y de intervención, tal como lo plantea Marcelo Campagno.

Nos interesó estudiar con mayor profundidad la hipótesis del origen del estado a partir de la matriz del conflicto, del ejercicio de la violencia y de la coerción en Egipto y Mesopotamia, a través del análisis de la iconografía el Vaso de Uruk y la Paleta de Narmer. En ambas, revisamos las diversas figuras y elementos representados, llevando adelante primero una contextualización y luego un análisis simbólico de las mismas, buscando elementos que puedan simbolizar prácticas de violencia y coerción.

Luego del análisis de las dos fuentes, acordamos con Pérez Largacha cuando nos dice:

Abundancia, orden, jerarquización, legitimación e ideología, conceptos que van a estar presentes en la larga historia de Egipto y Mesopotamia, aparecen representados en la Paleta de Narmer y el vaso Uruk, al tiempo que expresan una identidad, una forma de relacionarse con los dioses y entender su mundo, que pervivirá durante milenios en ambos casos... (2012b: 65)

Consideramos que, a través del análisis de su iconografía, en ambas es posible encontrar elementos simbólicos que nos hablan de la manera en que construían la mirada sobre el poder, la violencia, la identidad, el otro diferente, en estas dos civilizaciones, brindándonos elementos para acercarnos a la comprensión del proceso de construcción de ambos estados.

En la Paleta de Narmer, podemos notar la construcción de la mirada sobre el otro y sobre la propia identidad egipcia, el enemigo, el extranjero, el diferente, en las representaciones del egipcio y del no-egipcio, del gobernante y el hombre común (como el portador de sandalias), haciendo muy claras las diferencias entre ellos. Los no-egipcios barbados, con peinados diferentes, están muertos o seriamente heridos, en posiciones imposibles que parecen querer retratar la violencia a la que fueron sometidos. La jerarquización es clara en el tamaño

evidentemente mayor del faraón sobre los demás, en la Paleta de Narmer; así como en la desnudez y menor tamaño, con respecto al gobernante, de los portadores de ofrendas y sacerdotes del Vaso de Uruk, que no llevan elementos personales distintivos. En la Paleta de Narmer hay un elemento militar, la representación de una victoria contra los enemigos, que no está presente en el Vaso de Uruk. En este último sí podemos encontrar indicios de prácticas de tributación, en las ofrendas llevadas ante la diosa Inanna, así como señales de trabajo organizado (como las necesarias para las actividades económicas representadas a través de sus frutos: la agricultura y la ganadería), y de la existencia y funciones de una institución: el templo. La representación del agua nos lleva a reflexionar sobre la importancia de este elemento, así como la organización necesaria para llevar adelante las tareas de canalización y drenaje.

Es importante destacar que, en los dos casos, el poder del gobernante está acompañado de un fuerte componente religioso (no olvidemos que ambos fueron encontrados en templos, lo que posiblemente tiene connotaciones rituales). Los dioses los legitiman, apoyan, sostienen, acompañan, como lo vemos en los símbolos relacionados con los dioses Horus e Inanna.

Encontramos en las imágenes claros indicios de coerción: prácticas de tributación, rastros de trabajo organizado y gestionado desde la autoridad, coerción simbólica desde la práctica religiosa, así como el ejercicio de la violencia y conquista contra el enemigo, el otro. Ambas nos permiten observar de qué manera las personas de estos pueblos concibieron e ilustraron este proceso, qué imágenes crearon para representar al orden, la legitimidad, la identidad; cómo dejan plasmada su mirada sobre la construcción de la autoridad. La iconografía brinda elementos que tienen como objetivo legitimar las acciones de los gobernantes y, a su vez, sostener el orden. Esas imágenes no sólo se plasmarán en los objetos y la época estudiados, sino que tendrán una larga permanencia en el tiempo.

Bibliografía

- Algaze, G. (2008) *La Antigua Mesopotamia en los albores de la civilización*. Barcelona: Bellaterra.
- Alonso, F. y Diburzi, N. "Los estados prístinos". En Milia, L. y Lizárraga, C. (2008) *El mundo antiguo grecorromano. Una guía para su abordaje*. T. 1, Santa Fe: UNL, 2008, 23 – 28.
- Baines, J. y Yoffee, N. (1998) "Order, legitimacy and wealth in ancient Egypt and Mesopotamia", en Feinman, G. M.; Marcus, J. (eds), *Archaic States*, Santa Fe, 199 – 260.
- Belting, H. (2007) *Antropología de la imagen*. Barcelona: Katz Editores.
- Campagno, M. (2002) *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto*, *Aula Aegyptiaca-Studia* 3. Barcelona: Aula Aegyptiaca.

- Campagno, M. (2004) "In the beginning was the war. Conflict and the emergence of the Egyptian State". En: Hendrickx, S. y Adams, B. *Egypt at Its Origins: Studies in Memory of Barbara Adams: Proceedings of the International Conference "Origin of the State, Predynastic and Early Dynastic Egypt"*. Leuven: Peeters Publishers.
- Campagno, M. (2007) *El origen de los primeros Estados. La "revolución urbana" en América Precolombina*, Buenos Aires: Eudeba.
- Campagno, M. (2015) "De la pertinencia del concepto de Estado para el pensamiento de las sociedades antiguas. Reflexiones sobre las capacidades de hacer del Estado egipcio antiguo", *Pasado Abierto. Revista del CEHis*, 1, 21-37.
- Campagno, M. (editor) (2009) *Parentesco, patronazgo y estado en las sociedades antiguas*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras: Universidad de Buenos Aires.
- Goldwasser, O. (1992) "The Narmer Palette and the «Triumph of Metaphor»", *Lingua Aegyptia* 2, 67-85.
- Hall, J. y Ikenberry, J. (1993) *El estado*, Madrid: Alianza.
- Kemp, B. (1996) *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*, Barcelona: Crítica.
- Liverani, M. (1993). *El antiguo oriente: historia, sociedad y economía*. Barcelona: Editorial Crítica, Grijalbo Mondadori.
- Mann, M. (1991) *Las fuentes del poder social*. Madrid: Alianza.
- Pérez Largacha, A. (2012a) "Identidad y orden en la formación del Estado Egipcio", en De Araujó & Das Candelas (Eds.) *Novos Trabalhos de Egiptologia Ibérica*, vol. II, Lisboa, 935-946.
- Pérez Largacha, A. (2012b) "La paleta de Narmer y el Vaso Uruk. Ejemplos de la memoria cultural en los procesos formativos del estado en Egipto y Uruk". *Baede*, 1, pp. 53 – 68.
- Wagner, C. (1999) *Historia del Cercano Oriente*, Salamanca: Universidad Salamanca.
- Weber, M. (2007) *El político y el científico*. Madrid: Alianza.

¿POR QUÉ ES IMPORTANTE ESTUDIAR LA HISTORIA DEL CERCANO ORIENTE ANTIGUO? REFLEXIONES DESDE (Y PARA) UNA PERSPECTIVA INTERCULTURAL*

Horacio Miguel Hernán Zapata

horazapatajotinsky@hotmail.com

UNCAus/UNNE/ICSOH-CIUNSa

Resumen

En las décadas recientes, la vieja pregunta sobre por qué es necesario estudiar historia se instaló nuevamente dentro de los diferentes ámbitos académicos de enseñanza e investigación, ya sea porque la misma producción historiográfica –a nivel nacional e internacional– multiplicó y renovó miradas, métodos y problemáticas, ya sea porque los historiadores han desbordado sus modos tradicionales de intervención pública. Además, ha sido inevitable tener que reformular nuevas respuestas a la pregunta acerca del sentido y funcionalidad de la historia frente a las novedosas realidades, sumamente diversas y contradictorias que la globalización representa bajo los conceptos hoy en boga de multiculturalismo e interculturalidad. Sin embargo, también vivimos en una época en la cual los conocimientos producidos por las ciencias sociales y humanísticas, entre los que se encuentran aquellos vinculados con la historia, traen las de perder en un contexto atravesado por el influjo del neoliberalismo, ideología según la cual ciertas áreas del conocimiento son consideradas como válidas y prioritarias por tener un impacto relevante en el avance socioeconómico y técnico-científico, mientras otras son tenidas por superfluas e innecesarias. Ubicada en este contexto, la pregunta de cuán importante es estudiar Historia del Cercano Oriente adquiere, sin duda, nuevos sentidos y perspectivas. En el presente artículo buscamos presentar algunas claves y reflexiones sobre el valor del conocimiento histórico de las sociedades del Cercano Oriente antiguo en la formación humanística y, en particular, para afianzar una percepción historiográfica intercultural que pueda traducirse no sólo en una aproximación a vida de varones y mujeres tan lejanos en tiempo, espacio y cultura, sino también a una mejor comprensión de nuestro propio mundo y sus múltiples problemas.

Palabras clave: historia del Cercano Oriente antiguo, importancia social, interculturalidad

* El presente trabajo se basa en una versión revisada y ampliada de la ponencia presentada en las *PRIMERAS JORNADAS DE ESTUDIO Y REFLEXIÓN SOBRE LA HISTORIA. DIÁLOGOS Y DESAFÍOS*, organizadas por el Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste. Fue elaborada como parte de las actividades de docencia e investigación que desarrollo en el marco del Proyecto CIUNSa N° 2608 "*Prácticas sociales y configuraciones culturales en las sociedades antiguas del Mediterráneo oriental: una aproximación histórica y didáctica*" bajo la dirección de la profesora Perla Rodríguez, financiado por el Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Salta y radicado en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades (ICSOH) de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta.

Abstract:

In recent decades, the old question about why it is necessary to study history was installed again within the different teaching and research academic fields, either because the same historiographic production –nationally and internationally– multiplied and renewed views, methods and problematic, either because historians have overflowed their traditional modes of public intervention. In addition, it has been inevitable to reformulate new answers to the question about the meaning and functionality of history in a context characterized by the novel, highly diverse and contradictory realities that globalization represents under the concepts in vogue of multiculturalism and interculturality. However, we also live in an era in which the knowledge produced by the social and humanistic sciences, among which are those linked to history, bring those to lose in a context traversed by the influence of neoliberalism, an ideology according to which certain knowledge areas are considered valid and priority because they have a relevant impact on socioeconomic and technical-scientific progress, while others are considered superfluous and unnecessary. Located in this context, the question of how important it is to study the Ancient Near East History acquires new meanings and perspectives without doubt. In this article we seek to present some clues and reflections on the value of historical knowledge of ancient Near Eastern societies in humanistic formation and, in particular, to strengthen an intercultural historiographic perception that can be translated not only into an approach to different human lives so distant in time, space and culture, but also to a better understanding of our own world and its multiple problems.

Key words: Ancient Near East History, social value, interculturality

Quizá el objetivo más importante de todos sería (...) preguntarse cómo se pueden estudiar otras culturas y pueblos desde una perspectiva libertaria, y no represiva o manipulativa. Pero entonces habría que replantearse el complejo problema del conocimiento y el poder

EDWARD SAID⁵⁵

... la ampliación del horizonte cultural internacional y la revolución en los sistemas de transmisión de ideas y conocimientos nos obligan a salir del cascarón egocéntrico para conocer experiencias y recorridos que hasta ahora habían sido objeto de otros etnocentrismos

MARIO LIVERANI⁵⁶

⁵⁵ EDWARD SAID, *Orientalismo*, Barcelona, Del Bolsillo, 2004 [1980], p. 49.

⁵⁶ MARIO LIVERANI, *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad, economía*, Barcelona, Crítica, 2012 [1991], p. 22.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

En las décadas recientes, la vieja pregunta sobre por qué es necesario estudiar historia se instaló nuevamente dentro de los diferentes ámbitos académicos de enseñanza e investigación. Sin embargo, no se trata de un hecho fortuito. Por un lado, se trata de un interrogante que conserva plenamente su pertinencia y legitimidad, ya sea porque la misma producción historiográfica –tanto a nivel nacional como internacional– multiplicó y renovó miradas, métodos y problemáticas, ya sea porque los propios historiadores han desbordado sus modos tradicionales de intervención pública. Y, por otro lado, ha sido inevitable tener que reformular nuevas respuestas a la pregunta acerca del sentido de Historia como contenido de enseñanza frente a la irrupción de novedosas realidades políticas, sociales, económicas y culturales, sumamente diversas y contradictorias, pero todas ellas relacionadas con el gran impacto –a nivel local, nacional y mundial– de la reconfiguración del orden capitalista en su etapa globalizadora, de la ampliación de las tecnologías de la información y comunicación y de los nuevos procesos migratorios a escala planetaria⁵⁷.

Como ha afirmado el historiador Luis Villoro, “El mundo habitado por la especie humana es un mundo plural. Está constituido por una multiplicidad de culturas, de puntos de vista diferentes sobre la realidad. Siempre lo hemos sabido; pero ahora la conciencia de esa pluralidad se acentúa porque estamos viviendo el despertar de una ilusión”⁵⁸. De allí que las problemáticas asociadas con la diversidad cultural, cuestión sumamente presente en el pensamiento político, social y pedagógico contemporáneos, resulten dimensiones fundamentales para poder avanzar en la comprensión del rol que la Historia tiene actualmente, si es que de verdad llegamos al convencimiento de que posee algún tipo de significado y/o funcionalidad concerniente a los nuevos retos que la globalización representa bajo los conceptos hoy en boga de multiculturalismo e interculturalidad. En todo caso, una condición *sine qua non* para avanzar en una explicación del valor del discurso histórico es, pues, el reconocimiento del amplio espectro de procesos sociales y simbólicos de interacción, de construcción de identidades existentes dentro de una misma sociedad, así como los problemas derivados de las nuevas condiciones de convivencia cultural entre personas que transitan espacios concretos comunes y practican modos de vida diferentes⁵⁹.

⁵⁷ A modo de ejemplo, *cfr.* MANUEL TUÑÓN DE LARA, *Por qué la historia*, Barcelona, Salvat, 1981; CARLOS PEREYRA *et al*, *Historia, ¿para qué?*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1984 [1980]; ENRIQUE FLORESCANO, *Por qué estudiar y enseñar la historia*, México D. F., Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 2000; JORGE CERNADAS y DANIEL LVOVICH (eds.), *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento & Prometeo, 2010.

⁵⁸ LUIS VILLORO, *Los retos de la sociedad por venir*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 188.

⁵⁹ *Cfr.* GIOVANNI SARTORI, *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Madrid, Taurus, 2001; HÉCTOR DÍAZ POLANCO, *Elogio de la Diversidad*, México D. F., Siglo XXI Editores, 2005; ALDO AMEIGEIRAS y ELISA JURE (comps.), *Diversidad cultural e interculturalidad*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento & Prometeo, 2006.

Ubicada en este contexto, la pregunta de cuán importante es estudiar Historia del Cercano Oriente Antiguo constituye un interrogante que, sin duda, adquiere nuevos sentidos y perspectivas en función de los avances del paradigma intercultural en distintos ámbitos de la sociedad y de las consecuentes reflexiones sobre la gran complejidad actual de las culturas a lo largo y ancho del planeta. En el presente artículo buscamos presentar algunas claves y reflexiones sobre el valor del conocimiento histórico de la vida de varones y mujeres tan lejanos en tiempo, espacio y cultura para la formación humanística y, en particular, para que cualquier persona pueda afrontar un reencuentro con las sociedades del Cercano Oriente antiguo, subrayando la importancia de una percepción historiográfica intercultural sobre esos "otros" mundos del pasado que contribuya, a su vez, en una mejor comprensión de nuestro propio mundo y sus múltiples problemas.

EL CERCANO ORIENTE ANTIGUO: LECTURAS TRADICIONALES

La introducción de la Historia en el sistema de enseñanza media y superior del país formó parte de una compleja red de convergencias, consensos, interrelaciones y dependencias entre elites estatales, historiadores profesionales y docentes en el marco más amplio de las transformaciones que experimentaron la sociedad y la política argentinas desde fines del siglo XIX. Durante ese tiempo, tuvo lugar la institucionalización y expansión de los sistemas estatales de escolarización masiva –primaria sobre todo y también secundaria, aunque en menor medida–, donde la Historia constituyó una asignatura central de los currículos escolares, y posteriormente la creación de carreras de enseñanza de la historia a nivel superior y universitario y el inicio de la expedición de títulos de profesor y doctor en la materia. La consolidación institucional de la historiografía sobrevino a través de un proceso irregular y fluctuante que se extendió durante las primeras cinco décadas del siglo XX y sufrió reiterados desvíos e interrupciones⁶⁰.

En aquellos años, el tipo de historia que se enseñaba en dichos ámbitos correspondía a una versión de la disciplina que, además de ser científica, constituía un instrumento que debía ayudar a la “cultura general” y al aprendizaje de comportamientos virtuosos. Como en muchas repúblicas de Europa y América Latina, la idea de que la Historia –y también algunas otras Ciencias Sociales– podía contribuir a consolidar las identidades nacionales se hallaba muy difundida en nuestro país. En efecto, autoridades y funcionarios estatales, organizaciones de la

⁶⁰ Acerca del proceso de institucionalización de la historia como disciplina académica en universidades nacionales y otras instituciones educativas habilitadas igualmente para entregar el título para la docencia media y superior de nuestro país, *cfr.* PABLO BUCHBINDER, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1997, pp. 73-79 y 139-144; ADRIAN G. ZARRILLI, TALÍA V. GUTIÉRREZ y OSVALDO GRACIANO, *Los estudios históricos en la Universidad Nacional de La Plata, 1905-1990*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia/Fundación Banco Municipal de La Plata, 1998.

sociedad civil y no pocos intelectuales argentinos estaban convencidos de que la enseñanza del pasado fomentaba el sentimiento de pertenencia política de los ciudadanos a la comunidad nacional. De allí la atención prioritaria a los sucesos políticos e institucionales y la preferencia por los grandes hombres, en tanto emergía del convencimiento general que tales egregios eran los únicos y verdaderos actores del proceso histórico y, en tal sentido, la historia brindaba –en tanto *magistra vitae*– un repositorio de ejemplos edificantes por imitar. Toda reconstrucción histórica consistía en un relato sobre el pasado con una tónica mucho más descriptiva que explicativa y/o comprensiva, asertiva y no problemática, con un estilo de escritura en general opaco y escrito sin gracia, basado en la acumulación de datos aprehensibles a través de ejercicios memorísticos que incorporaban fugazmente conocimientos. En esta característica influía, indudablemente, la noción muy extendida de que la historia era un género completamente distinto de la literatura y de que, por lo tanto, debía mantenerse lo más distante posible de las estrategias narrativas de ésta. De ese modo, las asignaturas de historia argentina y americana buscaban transmitir una versión científica del pasado nacional y americano, pero a su vez uno que estuviera en consonancia con la construcción de la memoria pública –y de eso se trataba, de memoria cívica, no de historia– en la que todos los ciudadanos debían reconocerse⁶¹.

Planteada de esta manera la función social de la historia, ¿qué lugar ocupaban las antiguas sociedades del Cercano Oriente en la estructuración de este relato histórico? En términos generales, la variedad de sociedades y culturas antiguas desempeñaron, tradicionalmente, un rol fundamental en la estructuración de tal relato: detentaban el papel de “cuna de la civilización”⁶². En efecto, un estudio del pasado humano que permitiera rastrear los supuestos antecedentes de los caracteres constitutivos de las sociedades contemporáneas debía comenzar por remontarse –según una periodización cuatripartita de carácter lineal y universalista⁶³– a aquella “primera fase” de la Edad Antigua que se iniciaba con los primeros

⁶¹ Acerca del papel del discurso histórico en la construcción de la identidad argentina, *cfr.* LILIA ANA BERTONI, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001; FERNANDO DEVOTO, “Relatos históricos, pedagogías cívicas e identidad nacional”, en: Margarita Gutman (ed.), *Construir bicentenarios: Argentina*, Buenos Aires, New School & Caras y Caretas, 2005, pp. 65-78; FERNANDO DEVOTO, “En torno a un problema: la enseñanza de la historia”, en: Emilio Tenti Fanfani (coord.), *Diversidad cultural, desigualdad social y estrategias de políticas educativas*, Buenos Aires, IPE-UNESCO, 2009, pp. 160-164; MICHAEL GOEBEL, *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2013, pp. 43 y ss; NADIA ZYSMAN, “Los usos del pasado en la escuela: identidad nacional y enseñanza de la historia en el sistema educativo argentino, 1880-2010”, en: *Iberoamericana* 16 (61), Berlín, 2016, pp. 127-132.

⁶² Acerca del mito occidental de Oriente como “cuna de la civilización”, *cfr.* ZAINAB BAHRANI, “Conjuring Mesopotamia: imaginative geography and a world past”, en: Lynn Meskell (ed.), *Archaeology under fire: Nationalism, politics and heritage in the Eastern Mediterranean and Middle East*, New York, Routledge, 1998, pp. 162-163; MARIO LIVERANI, *El Antiguo Oriente...*, pp. 19-22; MARIO LIVERANI, “Ancient Near Eastern History: from Eurocentrism to an “Open” World”, en: *Isimu. Revista sobre Oriente Próximo y Egipto en la antigüedad* 2, Madrid, 1999, p. 5.

⁶³ Es sabido que desde la constitución de la historia como disciplina científica, los historiadores decimonónicos formularon una periodización de carácter lineal y universalista, dividida en amplios períodos temporales denominados “Edades”, estructurada según los criterios provistos tanto por una visión judeo-cristiana (que se mantuvo vigente hasta el siglo XVIII) como por una perspectiva científico-progresista (formulada en pleno siglo XIX). Para la comprensión del pasado, se fijaron como requisitos que las Edades debían poseer unos rasgos comunes

textos escritos y finalizaba con la conquista alejandrina, una etapa más próxima en términos espacio-temporales y culturales a la sociedad occidental, pero distante respecto de un "Lejano" Oriente⁶⁴. Dentro de este esquema, las realidades de los antiguos egipcios, babilonios, asirios, persas, fenicios y hebreos personificaban desarrollos sociales primigenios de una larga cadena evolutiva que era imaginada de forma lineal, ascendente y cronológica. Dicha evolución histórica no sería otra cosa que la plasmación de un supuesto progreso indefectible de las naciones modernas, cuyo inicio se ubicaba en aquel Oriente exótico, glorioso y monumental y su final en un Occidente blanco, moderno y capitalista, en tanto su despliegue descubría los grandes logros institucionales, culturales y tecnológicos que legaron esas antiguas civilizaciones de Egipto y Próximo Oriente a toda la humanidad. En consecuencia, en lugar de ser analizadas en su propia especificidad, las sociedades de Egipto y Próximo Oriente fueron valoradas en función de sus aportes a lo que por aquel entonces se consideraba el mundo civilizado, el cual incluía –entre otras cosas– el Estado, las ciudades, la escritura, el derecho, la metalurgia, las ciencias y las artes. Desde este punto de vista, por ejemplo, a los sumerios se les

entre sí, lo suficientemente importantes para hacerlas cualitativamente distintas de otras edades, y que los acontecimientos históricos debían volcarse cronológicamente entre un "antes" y un "después" dentro una secuencia temporal. Entre los distintos modelos de periodización propuestos, se encuentra el denominado "cuadripartismo histórico", esquema basado en la división del proceso histórico general en cuatro grandes "Edades" (Antigua, Medieval, Moderna y Contemporánea). El mismo continúa siendo importante en los esquemas de historia universal empleados en las escuelas, institutos terciarios y universidades, importancia que se deriva de lo que podría denominarse, en forma burda, un "potencial didáctico" que posibilita ordenar y clasificar las sociedades concretas y facilita el estudio de forma particular y general. Cf. ÁNGEL CASTELLÁN, "Proposiciones para un análisis crítico del problema de la periodización histórica", en *Anales de Historia Antigua y Medieval* 8, Buenos Aires, 1958, pp. 7-48. De ahí que la misma mantenga el consenso en los ambientes académicos, aunque esta aparente ventaja no nos debe hacer olvidar que como toda convención, es sumamente discutible y más aún si, fundamentándose en la utilidad pedagógica, se sacrifica la complejidad en beneficio de la superficialidad. Pero, además, ciertos señalamientos críticos, como el hecho de ser demasiado eurocéntrica, de dejar la sensación de que el devenir histórico se desarrolló con líneas de ruptura puntuales y nítidas y de encerrar los hechos del pasado en intervalos temporales sin conexión, nos muestran que esta periodización no está exenta de limitaciones como herramienta para hacer comprender realmente los procesos históricos. Cfr. JEAN CHESNEAUX, J., *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores*, México D. F., Siglo XXI Editores, 2005 [1976], pp. 97-105; MARÍA LUZ GONZÁLEZ y LUIS GABRIEL PORTA, "Periodización y Modernidad. Una problematización desde los procedimientos de enseñanza", en: *Clío & Asociados. La historia enseñada* 2, Santa Fe, 1997, pp. 49-57; SUSANA MURPHY, "La enseñanza universitaria de los estudios del Cercano Oriente Afrosiático y la historiografía de la alteridad", en: *Pasado Por-Venir* 7 (7), 2013, pp. 178-179.

⁶⁴ El concepto de Antigüedad constituye, en principio, la proyección de los fragmentos de una memoria que una sociedad conserva acerca de una época precedente y que considera una instancia clave en su formación como cultura histórica, esto es, como aquel pasado en que una comunidad encuentra sus orígenes y sus miembros se referencian de modo colectivo, al punto de constituir una tradición común. En este sentido, Ángel Castellán afirma que "... la antigüedad es para cada complejo cultural, la cultura madre antecedente, algunos de cuyos elementos, trasvasados y reelaborados, se proyectan en nuevas direcciones en los productos de la cultura-hija" (citado en SUSANA MURPHY, "La enseñanza universitaria...", p. 180). En efecto, la noción de historia antigua derivaba de una percepción subjetiva de quienes, desde temprano y en Europa, se interesaron por las referencias a un pasado antiguo que proporcionaban diversas instituciones políticas, prácticas culturales, obras literarias y demás objetos materiales, un imaginario del mundo de antaño ya superado pero continuaba latente. En efecto, la idea de la existencia de una Historia Antigua fue desarrollada por los pensadores del Renacimiento. Presupone, al mismo tiempo, una ruptura y una recuperación, religiosa y cultural, entre dos mundos. Una ruptura que daba un cierto sentido a la historia, como la recuperación de algo perdido, como la restauración de un lazo que había sido quebrado durante la así llamada Historia del Medio, la Historia Medieval. De este modo, se asociaba su mundo contemporáneo, la Europa de los siglos XV y XVI, con un cierto pasado. Para los hombres de ese tiempo, era la Historia Antigua de su mundo. De hecho, la propia idea de historia antigua representa una visión europea de historia, un cierto modo de considerar la historia mundial desde una perspectiva occidental. Cfr. NORBERTO LUIZ GUARINELLO, "Uma morfologia da História: as formas da História Antiga", en: *Politeia. História e Sociedade* 3 (1), 2003, pp. 41-61 y NORBERTO LUIZ GUARINELLO, *História Antiga*, São Paulo, Contexto, 2013, pp. 17-28.

debía la escritura, a los fenicios el alfabeto, los códigos legales a los babilonios y el monoteísmo a los hebreos.

Además, independientemente de su legado cultural, las sociedades antiguo orientales eran –en muchos casos– caracterizadas como poblaciones atemporales, estáticas y cerradas sobre sí mismas, por lo que habrían permanecido sin alteraciones significativas por largos períodos de tiempo. Los procesos de cambio eran explicados, en todo caso, con argumentos que cargaban tintas sobre la supuesta existencia de civilizaciones descritas a partir de los conceptos de “áreas nucleares” o “culturas madres”, esto es, como las únicas zonas de verdadera invención y progreso cultural, desde donde las ideas y las tecnologías se difundían por contacto, migraciones o invasiones. Según esta perspectiva difusionista, las grandes civilizaciones originadas junto a los ríos Nilo, Tigris y Éufrates eran, al menos desde el Neolítico, los principales centros de irradiación cultural del Viejo Mundo, mientras que sus poblaciones vecinas eran apenas culturas inferiores que imitaban pobremente a aquéllas. Así, conforme a estas ideas, la invención de la agricultura habría sucedido sólo una vez, en el Creciente Fértil, desde donde se difundió por África, Asia y Europa, o bien la adopción del carro de guerra por las poblaciones semíticas se explicaba a partir de la ola de invasiones de tribus indoeuropeas que tuvieron lugar en diferentes partes del Mediterráneo⁶⁵.

Sin embargo, esos elementos no se presentaban en sus formas plenas o acabadas, pues el Cercano Oriente antiguo era apenas un trasfondo arquetípico que –empleando las metáforas biologicistas de la época– abrigaba los desarrollos primigenios y “embrionarios” de la cultura universal; entonces, el desarrollo y perfeccionamiento de todos esos atributos estimados trascendentes se encontraban naturalmente expresados bajo formas “adultas” y “superiores” en Europa y, más tarde, en Estados Unidos. En efecto, al amparo de estos esquemas evolucionistas del desarrollo social y cultural, así como también de la idea decimonónica del progreso, la historia del Cercano Oriente antiguo fue traducida como el “punto de partida” de una prolongada trayectoria lineal, ascendente y direccionada cada vez más al poniente: la democracia griega, el imperio romano, la Europa medieval y cristiana, el Renacimiento, la modernidad ilustrada, la *Belle Epoque* burguesa y el mundo contemporáneo. Inmersas en el curso de esa secuencia histórica unilineal, las instituciones, los conocimientos y las invenciones eran pasadas como una suerte de “antorcha” en una carrera de postas y relevos hasta alcanzar su meta final en el mundo occidental actual, cuyas principales capitales y metrópolis eran presentadas como pináculos del progreso y la civilización. Vistos así, los grandes logros culturales y tecnológicos de la historia tenían su origen temprano en Egipto y Mesopotamia y,

⁶⁵ Acerca de las teorías difusionistas, *cfr.* ISABEL RUBIO DE MIGUEL, “Las primeras investigaciones del Próximo Oriente y la formación del paradigma difusionista en la investigación prehistórica”, en: Joaquín María Córdoba Zoilo, Rafael Jiménez Zamudio y Covadonga Sevilla Cueva (eds.), *El Redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2001, pp. 81-95.

apenas emergía, eran "recuperados" por griegos y romanos, quienes son los primeros –aunque no los únicos– en “modificar” y “perfeccionar” ese arsenal de artefactos, ideas y técnicas hasta transformarlo en un acervo del mundo latino, occidental y cristiano, capaz de ser transmitido y generalizado ampliamente como legado universal.

A partir de ese tamiz occidentocéntrico, las sociedades antiguas próximo-orientales fueron ambivalentemente apreciadas como vórtice histórico del cual emanaron los principales elementos civilizatorios que sentarían las bases del desarrollo futuro de la humanidad y, al mismo tiempo, como antípoda cultural de los valores y creencias de Occidente. En efecto, la antigüedad oriental era concebida como verdadera antítesis de la antigüedad occidental. A partir de esta premisa, Oriente pasó a ocupar el “...lugar geométrico de los elementos de polaridad respecto al Occidente 'nuestro'”⁶⁶ y, en consecuencia, las explicaciones sobre las características de las sociedades que vivieron en los actuales territorios de Egipto y Asia occidental apelaron a pares polares que, con el correr del tiempo, resultaron tópicos o metáforas recurrentes en el discurso historiográfico, como por ejemplo, las oposiciones entre despotismo oriental y la democracia occidental; entre el palacio oriental y la *polis* griega o la *civitas* romana; entre el inmovilismo tecnológico y cultural de Oriente y el progreso acumulativo de las civilizaciones europeas; entre una sabiduría mística, oculta y mágica de Oriente y la reflexión laica, racional y científica de Occidente⁶⁷. Por tanto, estudiar la historia de tales sociedades significaba acercarse, aunque de manera superficial, a los orígenes más profundos de la Historia Universal, la cual –como vimos– era identificada sin más con la Historia de la Cultura Occidental. La sociedad argentina se sentía tributaria directa de ese pasado lo suficientemente pródigo como para reconocer en éste sus propios orígenes histórico-culturales como comunidad nacional. Así las cosas, la relevancia del estudio de las dinámicas sociohistóricas que tuvieron lugar durante la antigüedad en Próximo Oriente era comprendida en estos términos debido, básicamente, al influjo de esta perspectiva historiográfica asentada en una antropología eurocéntrica, una periodización evolucionista y una metodología positivista. Originada en una preocupación cultural y política de Europa por identificar en el

⁶⁶ MARIO LIVERANI, *El Antiguo Oriente...*, p. 20.

⁶⁷ Si bien tales modalidades de no-reconocimiento y estigmatización de la alteridad no-europea pueden parecer apenas una deriva de un discurso moderno, es indudable que los principios que cimentaron progresivamente este paradigma de la superioridad occidental se remontan al menos a las tradicionales orales del período de la llamada “Edad Oscura” (ca. 1100-800 a. C.), pero con más claridad a las composiciones cuasi historiográficas –o, con mayor precisión terminológica, cuasi etnográficas– de Heródoto, Polibio, Estrabón, Dionisio de Halicarnaso, Diodoro Sículo, Plutarco y Flavio Arriano, autores oriundos de los universos helénicos, helenísticos y romanos contemporáneos a las civilizaciones orientales en su fase más tardía. Al respecto, *cf.*: MARTIN L. WEST, “Ancient Near Eastern myths in classical Greek religious thought”, en: J. M. Sasson (ed.), *Civilizations of Ancient Near East*, Massachusetts, Hendrikson Publishers, 2006 [1995]; FRANÇOIS HARTOG, *Memoria de Ulises*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999 [1996]; FRANÇOIS HARTOG, *El espejo de Heródoto*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002 [1980]; FAHAD M. AL-OTAIBI, “Towards a Contrapuntal Reading of History: Orientalism and the Ancient Near East”, en: *Journal of King Saud University. Science & Arts* 19 (2), 2006, pp. 55-66; FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN, *Memorias perdidas. Grecia y el mundo oriental*, Madrid, Akal, 2013.

pasado sus raíces idiosincráticas, tal paradigma estuvo vigente en centros académicos de investigación y sistemas educativos de Occidente⁶⁸.

Por el tipo de representación que propone del pasado –de carácter más mítico y preconcebido antes que histórico y documentado–, dicha matriz intelectual eurocéntrica ha logrado sedimentar progresivamente cierto imaginario de las culturas preclásicas del Cercano Oriente en el sentido común. En efecto, esta visión ha hecho que la importancia de tales sociedades se reduzca a ciertas vicisitudes históricas y rasgos culturales exóticos y monumentales que son dotados de un sentido particular en la trama histórica de un modelo civilizatorio asociado al contenido y los límites de la memoria histórica deseada por las sociedades occidentales. En la medida en que busca proveer los parámetros ontológicos y epistemológicos para la comprensión del mundo desde matrices europeas, dicha memoria ha tenido un rol importante en la invención de pasados y tradiciones, pero también –y en particular– en la formulación de interpelaciones subjetivas y comunitarias, un aspecto que haríamos mal en subestimar. Sobre todo porque la historia que es enseñada o producida en muchos países aún hoy es, en buena medida, tributaria de esa visión histórica, incluida la propia Argentina. Podemos señalar, a modo de ejemplo, que los currículos de las escuelas medias, los planes de estudio de las carreras terciarias y universitarias de Historia del país y los distintos manuales escolares presentan una secuenciación y tratamiento de los contenidos históricos que determina un abordaje de las sociedades del Cercano Oriente antiguo desde los parámetros sintomáticos de la experiencia tardo-moderna occidental⁶⁹.

⁶⁸ Esta particular visión, en efecto, surgió en Europa a fines del siglo XVIII, fue refinándose a lo largo del XIX y se consolidó a principios del XX, coyuntura en la que asistimos a profundas transformaciones del escenario geopolítico mundial y a la consolidación de la economía capitalista, con la consecuente búsqueda de materias primas, nuevas fuentes de energía y la ampliación de los mercados en el marco de la expansión territorial de las potencias europeas –primero Gran Bretaña y Francia, posteriormente Alemania, Bélgica, Italia, Portugal y España– y de la constitución de un nuevo orden económico y político-administrativo sobre gran parte de África y de Asia. Se trató de un momento cuando la sociedad europea se encontraba en una posición tal como para plantearse a sí misma contra un otro, cuando –en otras palabras– fue capaz de auto constituirse como un otrora y unificado ego explorando, conquistando y colonizando una alteridad que le devolvía una imagen de sí misma (*sensu* ENRIQUE DUSSEL, “Europa, modernidad y eurocentrismo”, en: Erick Lander, (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO-UNESCO, 2000), pero a partir de una relación dialéctica con la alteridad no-europea que finalmente conforma su foco de atención y contenido, un efecto de un patrón histórico de poder que “[...] consiste en la articulación entre: 1) la colonialidad del poder, esto es la idea de raza como fundamento del patrón universal de clasificación social básica y de dominación social; 2) el capitalismo, como patrón universal de explotación social; 3) el Estado como forma central universal de control de la autoridad colectiva y el moderno estado-nación como su variante hegemónica; 4) el eurocentrismo como forma hegemónica de control de la subjetividad/intersubjetividad, en particular en el modo de producir conocimiento” (ANIBAL QUIJANO, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en: Erick Lander (ed.), *La colonialidad del saber...*, p. 1).

⁶⁹ Cfr. ANDREA ZINGARELLI, “Algunas consideraciones sobre la propuesta editorial para enseñanza de Historia Antigua”, en: *Clío y Asociados. La historia enseñada* 1, Santa Fe, 1996, pp. 81-89; EMANUEL PFOH, “¿Por qué enseñar historia antigua? Hacia una pedagogía de la tolerancia”, en *Cambios y Continuidades* 6, Paraná, 2007, pp. 185-192; SUSANA MURPHY, “La enseñanza universitaria...”; HORACIO MIGUEL HERNÁN ZAPATA, “La historia de las sociedades del Cercano Oriente Antiguo en los ámbitos argentinos de educación e investigación”, en: Roberto R. Rodríguez (ed.), *Sociedades Antiguas del Creciente Fértil. Aportes para su estudio histórico*, Ushuaia, Editorial Utopías, pp. 296-402; HORACIO MIGUEL HERNÁN ZAPATA, “La enseñanza de la Historia del Cercano Oriente Antiguo: Repensando las categorías de tiempo, espacio y cultura”, en: *Revista de Historia y Geografía* 35, 2016, pp. 125-154; SERGIO CUBILLA, “Los manuales de Historia Antigua de la primera mitad del siglo XX en Argentina”, en: Roberto R. Rodríguez (coord.), *Sociedades Antiguas del Creciente Fértil. Poder, ideología y violencia*, Ushuaia, Utopías, 2018, pp. 217-247.

POR EL CAMINO DE LA RENOVACIÓN: ALGUNOS APUNTES CRÍTICOS

El conjunto de certezas referidas a la necesidad de practicar una historia de tipo científica y objetiva que participara en la empresa política de construcción y afirmación de la nación ha ido resquebrajándose y complicándose a lo largo del último cuarto del siglo XX y principios del XXI, cuando quienes ejercían la profesión de historiador debieron articular otras posibles respuestas a ese interrogante desde presupuestos teóricos y empíricos que resultaban impensables de considerar hasta hace no pocas décadas atrás, en la medida en que los mismos derivaban de, al menos, tres cuestiones.

En primer lugar, de los nuevos desafíos que acarreaban el fortalecimiento de la dimensión “científica” de la historia y la emergencia de diferentes corrientes dentro del campo historiográfico que enfatizaban el relativismo en la lectura del pasado, proponían la recuperación del rol de los individuos y de lo particular por encima del conjunto social y por el uso de diferentes escalas de análisis para comprender la diversidad que el mundo mostraba a fines del siglo XX⁷⁰. En segundo lugar, de los múltiples dilemas que planteaba un mundo asimismo nuevo, que nada o muy poco tenía que ver con los contextos políticos y socioculturales de épocas anteriores. En efecto, la gama de reflexiones epistemológicas suscitadas alrededor del problema del estatuto científico de la Historia y –por tanto– de la desarticulación de las funciones tradicionales de la práctica profesional de la disciplina, han dejado sentir su incidencia en la discusión sobre el sentido, la razón y las formas de su enseñanza *vis a vis* una situación caracterizada por lo fugaz, la rapidez y la disolución de múltiples referentes identitarios hasta hace poco aceptados en la imagen del mundo de muchas sociedades, producto de un dato que ya es un factor estructural de nuestras realidades actuales: la presencia de individuos y grupos que afirman identidades particulares y demandan reconocimiento de valores, normas, políticas e instituciones acordes con ellas⁷¹. Y en tercer lugar, de los debates producidos a partir de la década de los noventa tras la irrupción de la cuestión poscolonial en el seno de las ciencias sociales y la consecuente necesidad de reflexionar sobre las diversas realidades de las sociedades asiáticas y africanas tras los procesos de descolonización en pleno siglo XX. Ambas tendencias condujeron, a su vez, a impugnar la presencia de una episteme profundamente eurocéntrica que no sólo animó el surgimiento de las concepciones, metáforas y *tropos* más importantes del pensamiento social

⁷⁰ Acerca de los nuevos paradigmas historiográficos, *cfr.* LAWRENCE STONE, “El renacimiento de la historia narrativa: reflexiones sobre lo nuevo y viejo de la Historia”, en: *Debats* 4, 1978, pp. 91-110; FRANCOIS DOSSE, *La historia en migajas. De “Annales” a la “nueva historia”*, Valencia, Edicions Alfons el Magnanin, 1988; GIOVANNI LEVI, “Sobre la microhistoria”, en: Peter Burke (comp.), *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid, 1998; CARLOS BARROS, “Hacia un nuevo paradigma historiográfico”, en: *Prohistoria* 3 (3), 1999, pp. 44-58; ANACLET PONS, “De los detalles al todo: historia cultural y biografías globales”, en: *História da Historiografia* 12, 2013, pp. 156-175.

⁷¹ Acerca de los procesos de construcción identitaria a principios del tercer milenio, *cfr.* ALFRED GROSSER, *Las identidades difíciles*, Barcelona, Bellaterra, 1999.

contemporáneo, sino también la consolidación de una política científica de considerar únicamente las experiencias –del pasado y del presente– que se conectan más directamente con las de Occidente, configurando así una nueva forma de colonialismo, denominado “colonialismo epistemológico”, que se asienta centralmente en la estigmatización e invisibilización de cualquier forma histórica de alteridad no-occidental⁷².

Merced a esos debates, hoy contamos con suficientes argumentos para deconstruir los anacronismos teóricos subyacentes y superar –en buena medida– los principales criterios con que ha sido concebido el valor formativo de los estudios antiguo-orientales. En esta dirección, no podemos pretender continuar argumentando la relevancia de las sociedades del Cercano Oriente antiguo desde esa perspectiva eurocéntrica. Hacerlo implicaría, en principio, quedar enfrascados en la lógica del “ídolo de los orígenes” –como lo hizo notar Marc Bloch–, esto es, la tendencia a pensar que al hallar los antecedentes temporales de un proceso, descubrimos también los fundamentos que lo explican⁷³. Además, entre otras principales objeciones críticas, se subraya que este esquema de explicación del cambio histórico se ampara en una visión eurocéntrica que otorga una dirección unitaria y acabada al proceso histórico en su trayectoria hacia el presente, en la que los antiguos pueblos de Egipto y Oriente Próximo se ubican como el origen incipiente de la civilización. Si bien es cierto que una serie de hechos significativos para la historia de la humanidad (como las primeras manifestaciones de la vida aldeana, la consolidación del patriarcado, el inicio de la urbanización, el surgimiento de Estados, la aparición de la escritura, la formación de los primeros imperios, etc.) han tenido lugar en el Cercano Oriente, aquella visión conduce a plantear el problema de la interpretación de la dinámica histórica desde enfoques evolucionistas y difusionistas y, en consecuencia, a adherirse al postulado de que “... la humanidad se ha lanzado a una carrera mundial en pos del triunfo universal de la razón y los valores occidentales, y que las antiguas costumbres son reemplazadas por otras nuevas y mejores”⁷⁴.

En efecto, desde el evolucionismo, las grandes civilizaciones de Egipto y Mesopotamia representaban el primer gran estadio en la historia del progreso humano, en la medida que sus panoramas histórico-culturales mostraban que las tecnologías, las prácticas económicas y los modos de agregación social avanzan desde formas simples y menos desarrolladas hasta otras más complejas y elaboradas. Además, dado que la ideología evolucionista traducía la noción de

⁷² Acerca del eurocentrismo y sus críticas, *cfr.* ROY PREISWERK y DOMINIQ PERROT, *Etnocentrismo e Historia. América indígena, África y Asia en la visión distorsionada de la cultura occidental*, México D. F., Nueva Imagen, 1979 [1975]; SAMIR AMIN, *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*, México D. F., Siglo XXI Editores, 1989; IMMANUEL WALLERSTEIN, “El Eurocentrismo y sus avatares: los dilemas de las Ciencias Sociales”, en: *Revista de Sociología* 15, Santiago de Chile, 2001 [1996], pp. 27-39; EDUARDO LANDER (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO-UNESCO, 2000.

⁷³ Respecto del “ídolo de los orígenes”, *cfr.* MARC BLOCH, *Apología para la historia o el oficio de historiador. Edición anotada por Étienne Bloch*, México D. F., Siglo XXI Editores, 2001 [1944], pp. 59-64.

⁷⁴ BARRY KEMP, *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización* Barcelona, Crítica, 1992 [1989], p. 13.

unidad del género humano a una línea temporal única de desarrollo histórico inevitable, las diferencias sociopolíticas y socioculturales eran necesariamente concebidas como diferencias evolutivas, por lo que la diversidad de modos de vida que no se ajustaban al concepto etnocéntrico y occidental de civilización eran básicamente una expresión del atraso de las sociedades. Desde el difusionismo, a su vez, los rasgos culturales más significativos tenían su único origen –exacto en términos cronológicos y espaciales– en esas civilizaciones evolucionadas, a partir de las cuales se dispersaban geográficamente y eran adoptados pasivamente por otras sociedades con menor grado de desarrollo. Este planteo polémico de la influencia directa a partir de un único foco no sólo desconsidera, sino que además obstaculiza la identificación de las distintas resignificaciones que las ideas, las prácticas y/o los artefactos experimentan cuando efectivamente son incorporados por una sociedad que no los ha inventado de forma independiente. Así las cosas, una clave teórica evolucionista se sumaba a otra difusionista con el objeto de explicar la aparición de ciertas creaciones materiales e intelectuales que, para nosotros, forman parte del bagaje normal de las sociedades contemporáneas y, a través de este camino, fundamentar la significación de los procesos históricos del antiguo Cercano Oriente desde la perspectiva temporal solidaria con el discurso hegemónico de un modelo civilizatorio específico. Nos referimos al discurso según el cual hoy, luego de varios siglos de extraordinarias articulaciones dialécticas de saberes y valores, Occidente representa el modelo de vida ideal, universal y globalizado. En efecto, como afirma el historiador Marcelo Campagno,

No hace falta abundar demasiado en detalles para poder advertir que tal versión de la historia, al amparo de una concepción evolucionista aún dominante en la percepción de los procesos sociales, legitima abiertamente la expansión de ese Occidente sobre el resto del planeta, naturalizando su experiencia histórica como la experiencia histórica y jerarquizando las sociedades por su mayor o menor similitud con el decurso de esa experiencia⁷⁵.

Más allá de las consecuencias teóricas que conlleva esta visión para el análisis de los procesos históricos, sus contenidos tienen además consecuencias de peso sobre los terrenos actuales de la política y la ideología en una importante medida. La expresión más potente y extrema de tales percepciones –especialmente en sus expresiones tecnocráticas y neoliberales vigentes en la actualidad– es lo que puede ser descripto literalmente como la “naturalización de las relaciones sociales”, la noción de acuerdo a la cual las características de una determinada sociedad son la expresión de las tendencias espontáneas y naturales de la evolución histórica. La sociedad occidental, moderna y capitalista se constituye, desde esta perspectiva, no sólo en

⁷⁵ MARCELO CAMPAGNO, "Próximos y Distantes: Egipto y África, del Período Predinástico al Reino Antiguo", en Roxana Flammini (comp.), *Aproximación al Antiguo Egipto*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Católica Argentina, 2004, p. 52.

el orden social deseable, sino en el único posible, imponiendo la "falsa coartada" de que la política y el debate son elementos innecesarios, en la medida en que ya no hay alternativas posibles a ese modo de vida⁷⁶. En esta línea, las historiadoras Cristina De Bernardi y Eleonora Ravenna señalan que

La pervivencia de esta forma de pensar la Historia demuestra, además, que los viejos prejuicios –propios del paradigma evolucionista del progreso– se resisten a morir y, por el contrario, se ven alentados por un mundo de poder que ha demostrado ser unipolar y por la imposición de un pensamiento único. Cuando los modelos económicos determinan la exclusión social de gran parte de la población de cada país, y de países y continentes enteros del concierto mundial, no es sorprendente la reaparición, solapada o abierta, de posiciones a las que otrora denomináramos eurocéntricas y que ahora con mayor precisión podríamos definir como "occidentocéntricas", con todo lo cultural e histórico que la noción de Occidente contiene. Esto no sólo afecta los alineamientos políticos, sino también el campo académico y científico en general, por el riesgo de que en cualquier momento la autonomía del pensamiento pueda ser interpretada como amenaza a los intereses coyunturales o de largo plazo del poder instituido⁷⁷.

Aunque las propuestas evolucionistas y difusionistas han ido perdiendo numerosos adeptos, aún hoy se encuentran muy arraigadas en la cultura académica. Referencias de esta proyección pueden encontrarse, por ejemplo, en las ideas de "sociedades evolucionadas" o de "cultura madre" empleadas en artículos de revistas de divulgación científica o en manuales escolares de historia y ciencias sociales de uso corriente. Independientemente del formato de tales productos, a lo largo de las páginas el mayor peso explicativo recae en la hipótesis de una supuesta evolución de carácter inevitable que experimentan en un determinado momento uno o más centros poblacionales, por lo general localizados en los valles de los ríos Nilo, Tigris y Éufrates, para luego comenzar a operar como "focos de irradiación cultural" hacia otras regiones. En consecuencia, la narración elaborada sobre la historia del antiguo Cercano Oriente, lejos de brindar una clave interpretativa más compleja, asume la forma de una esquemática sinopsis, plagada de lugares comunes y prejuicios etnocéntricos, lo que Liverani ha descrito como "... una sucesión de invenciones, introducciones de nuevos elementos técnicos y culturales, modos de producción cada vez más eficaces, formaciones políticas cada vez más complejas y expresiones humanas cada vez más libres y elevadas"⁷⁸.

⁷⁶ Cfr. ATILIO BORÓN, "Pensamiento único y resignación política: los límites de una falsa coartada", en: Atilio A. Borón, Julio Gambina y Naum Minsburg (comps.), *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 1999.

⁷⁷ CRISTINA I. DE BERNARDI y ELEONORA RAVENNA, "«Orientalism» in Latin American Prospect", en: Giuseppe Regalzi (ed.) *Mutuare, interpretare, tradurre: storie di culture a confronto. Atti del 2º Incontro «Orientalisti» (Roma, 11-13 dicembre 2002)*, Roma, Università degli Studi «La Sapienza», 2006, p. 25. Traducción nuestra.

⁷⁸ MARIO LIVERANI, *El Antiguo Oriente...*, p. 728.

Una segunda réplica se resume básicamente en la influencia nociva que ha tenido un imaginario etnocéntrico en el modo en que ha sido delimitado y caracterizado el espacio habitado por las sociedades antiguas. Por lo general, el área en el que solemos movernos a lo largo de esa historia de muchos milenios corresponde, en grandes líneas, al valle del Nilo, la Mesopotamia asiática, el corredor sirio-palestino, la península anatólica, el golfo pérsico y la península arábiga. Esta macro-región tiene algunos límites bien precisos (el mar Mediterráneo al norte y oeste, el mar Negro al noroeste y el mar Rojo) y otros más imprecisos, aunque claramente perceptibles (las estepas del Asia central al norte, el desierto del Sahara al suroeste y el desierto de Arabia al sur). Sobre esa realidad espacial se estructuró, a lo largo del siglo XX, una abigarrada superposición de mapas mentales que formaron una especie de "palimpsesto" de cartografías constantemente reelaboradas y precisadas al ritmo de las investigaciones y agendas políticas, pero que conservaban tenues –y, en algunos casos, no tan tenues– trazos de la visión anterior.

Así, un primer mapa mental consagraba la idea de *Creciente Fértil* –o, como también suele encontrarse, "Media Luna de las Tierras Fértiles"–, categoría acuñada por quien fuera el fundador del Instituto Oriental, el reputado arqueólogo estadounidense James Henry Breasted (1865-1935), para referirse a la región histórica integrada por los territorios del Levante mediterráneo, Mesopotamia y Persia y que, incluyendo Egipto, se asemejaba por su forma a una extensa Luna creciente. Es un claro ejemplo de una temprana representación cartográfica que proveyó no sólo una explicación de las interacciones entre ambiente y sociedad desde un enfoque geográfico determinista, sino también para justificar la implementación de programas políticos en la región. Por su parte, el término "Oriente Medio", acuñado por los británicos, no estuvo basado estrictamente en consideraciones históricas y culturales, sino que reflejaba los intereses estratégicos occidentales. Respaldado por instituciones militares y económicas, este concepto devino en una realidad espacial con fuerte performatividad política, ya que incluso fue incorporada por los propios actores políticos de la región. A estos dos conceptos podríamos agregar las múltiples acepciones del término "Cercano Oriente", ya que su uso comprende valoraciones contradictorias del papel de Egipto y el Asia suroccidental en la formación del mundo mediterráneo antiguo, medieval y moderno, estereotipos románticos e imperialistas acerca de la correspondencia entre el Islam y el desierto, así como también referencias sobre la fertilidad y potencial productivo del área en el pasado frente a las amargas postales de desertificación, erosión del suelo y deforestación que sufre en la actualidad⁷⁹.

Los diferentes imaginarios cartográficos sobre Oriente sedimentaron sentidos en las percepciones del espacio que además de evocar cierta memoria de un territorio controlado

⁷⁹ Cfr. THOMAS SCHEFFLER, "«Fertile crescent», «Orient», «Middle East»: the changing mental maps of Southwest Asia", en: *European Review of History* 10 (2), 2003, pp. 253-272.

antiguamente por pueblos avanzados, tornaron factible ciertas dinámicas de hegemonía en la geopolítica regional. Pero no debemos pasar por alto el hecho de que las diversas imágenes de ese "otro" espacio poseen un denominador común: todas ellas han estado fuertemente apegadas a una vieja delimitación proveniente de los estudios orientales de principios del siglo XX –conectada con la visión de un pasado cultural monumental dejado por las primeras exploraciones arqueológicas⁸⁰– para hacer referencia a las tierras situadas al este de Europa. Ahora bien, si aceptamos que la división entre Oriente y Occidente constituye un dato objetivo de la realidad, es necesario que nos preguntemos si ese Oriente engloba únicamente Asia. De ser así, dejaríamos fuera de toda consideración a Egipto, el cual ha sido tradicionalmente incorporado en los estudios del antiguo Oriente como una entidad sociopolítica y cultural única del África antigua y desprovista de vínculos con otras poblaciones contemporáneas que poblaron la región noreste del continente. Y cómo debemos interpretar, según esos parámetros, la fundación de una serie de colonias por parte de los fenicios en las principales costas e islas del mar Mediterráneo occidental o inclusive aquellas establecidas por los griegos en los bordes de Asia Menor durante su expansión. Tales interrogantes no hacen otra cosa que suscitar más críticas y hacer tambalear la supuesta solidez la perspectiva determinista. Como afirma Cristina De Bernardi,

Es evidente que tomar como base para una división de la historia la cuestión geográfica es cuanto menos insuficiente. Si el determinismo geográfico hace ya mucho tiempo fue a parar al desván de las teorías sociales ¿qué circunstancias autorizan a que dividamos la historia en Asia, África, Europa sin tener en cuenta los elementos propios de la configuración histórica (la compleja integración que constituye su unicidad)? ¿Y qué prejuicio etnocentrista ha llevado a los científicos a imponerle hasta a la realidad física una división que en ella no existe? ¿Acaso podemos darle a Europa el pomposo nombre de continente siendo que morfológicamente es una península del bloque euroasiático?⁸¹

⁸⁰ Cfr. MOGENS TROLLE LARSEN, "Orientalism and the Ancient Near East", en: *Culture and History* 2, 1987, pp. 96-115; MOGENS T. LARSEN, "Orientalism and Near Eastern archaeology", en: Daniel Miller, Michael Rowlands y Charles Tilley (eds.), *Domination and Resistance*, New York, Taylor & Francis, 1989; JAMES MAIER, "The Ancient Near East in Modern Thought", en: Jack M. Sasson (eds.), *Civilizations of Ancient Near East*, vol. 1. Massachusetts, Hendrikson Publishers, 2006 [1995]; JOAQUÍN MARÍA CÓRDOBA y COVADONGA SEVILLA CUEVA, "El redescubrimiento del Oriente Próximo y Egipto antiguos", en: *La Aventura de la Historia* 1 (6), Barcelona, 1999, pp. 1-19; JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN y ANTONIO PÉREZ LARGACHA, *Egiptomanía. El mito de Egipto de los griegos a nosotros*, Madrid, Alianza, 2003; HELEN WHITEHOUSE, "Egypt in European Thought", en: Jack M. Sasson (ed.), *Civilizations of Ancient Near East*, vol. 1, Massachusetts, Hendrikson Publishers, 2006 [1995]; JAN ASSMANN, "El lugar de Egipto en la historia de la memoria de Occidente", en: Gerhard Schroeder y Helga Breuning (coords.), *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005; FAHAD M. AL-OTAIBI, "Towards a Contrapuntal Reading of History: Orientalism and the Ancient Near East", en: *Journal of King Saud University. Science & Arts* 19 (2), 2006, pp. 55-66; GREGORIO DEL OLMO LETE, "Descubrimiento del Oriente Antiguo y su impacto cultural en Occidente", en: *Séptimo Centenario de los Estudios Orientales en Salamanca*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2012; ROCIO DA RIVA y JORDI VIDAL (eds.), *Descubriendo el Antiguo Oriente. Pioneros y arqueólogos de Mesopotamia y Egipto a fines del s. XIX y principios del s. XX*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2015.

⁸¹ CRISTINA I. DE BERNARDI, "Algunas reflexiones sobre los estudios de Historia Antigua Oriental", en: *Anuario de la Escuela de Historia (UNR)* 12, Rosario, 1987, p. 525.

La idea de que existe un mundo "occidental" y un mundo "oriental" se ampara en el ingenuo planteo de que la humanidad se ordena espacial y culturalmente en civilizaciones homogéneas, más o menos herméticas y mutuamente inconmensurables, producto del supuesto vínculo existente entre territorio, cultura y moral, reforzando así los postulados del fundamentalismo cultural. Tales predicados no sólo han obstaculizado la comprensión de los espacios, sociedades y culturas de Oriente, sino que además fueron retomados por pretendidos análisis racionales para explicar la geopolítica internacional y la codificación de diversos conflictos sociales y bélicos a principios del siglo XXI, reintroduciendo el eufemístico concepto de "choque de civilizaciones"⁸².

Sin embargo, cuando escrutamos esta tesis desde el discurso historiográfico, es perceptible que constituye el efecto de una representación occidentocéntrica de vieja data, suficientemente arraigada en el imaginario colectivo, pero que resulta ser apenas la "punta del iceberg" de ese largo, complejo, híbrido y sinuoso proceso de construcción social que Edward Said estudió en su libro *Orientalismo*. La conclusión a la que arribaba este autor es que el orientalismo constituye "un discurso que habilita una disciplina sistemática a través de la cual la cultura europea ha sido capaz de manipular –e incluso de dirigir– a Oriente desde un punto de vista político, militar, sociológico, ideológico, científico e imaginario"⁸³. Aunque simple y breve, esta definición nos posibilita comprender que Oriente no es una realidad dada, natural y objetiva que simplemente está allí, sino que se trata de una entidad tanto geográfica como cultural e histórica que permite definir, en el contraste, la imagen, personalidad y experiencia de Occidente. Entonces, a través de esta serie de procesos históricos, juegos de poder y jerarquías axiomáticas, Europa y más tarde Estados Unidos imaginaron fronteras fijas y delimitadas que escindían a dos mundos homogéneos en su interior. De este modo, tanto la política como la academia produjeron –al menos desde el discurso– un mundo del Cercano Oriente Antiguo propio, interiormente homogéneo y sin fracturas, cercano a la civilización occidental y uniformizado tanto en términos geográficos como culturales y, en consecuencia, tal imaginario

⁸² Mientras que el concepto moderno de civilización es popularizado por Oswald Spengler en sus dos volúmenes *La decadencia de Occidente* (1922), la noción de "choque de civilizaciones" fue introducida por Arnold J. Toynbee a partir de su gran colección de *Estudio de la Historia* (1955), aunque éste la restringe al ámbito geopolítico, simplificando los fenómenos de contactos culturales entre civilizaciones. Toynbee considera el fenómeno como un "contacto espacial entre civilizaciones", y lo refiere como un fenómeno de desafío y respuesta: el primer "empujón" que una civilización da a otra, es contestado por ésta, lo que a su vez mueve a la primera a enviar un tercer empujón, y así sucesivamente hasta que una de ellas termina derrotada. En un artículo publicado en la revista *Foreign Affairs* de 1993, Samuel Huntington retoma el concepto de Toynbee afirmando que los actores políticos principales del siglo XXI serían las civilizaciones y que los principales enfrentamientos serían los "conflictos entre civilizaciones", y no entre Estados-nación, ideologías políticas o sistemas económicos como lo fue durante la mayor parte del siglo XX. Más tarde amplió sus argumentos en un libro que tituló *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (1996), una obra que, desde el momento de su difusión, ha recibido críticas desde múltiples ángulos. Acerca de las diferentes respuestas críticas a la tesis formulada por Huntington, *cfr.* ZIAUDDIN SARDAR, *Extraño Oriente. Historia de un prejuicio*, Barcelona, Gedisa, 2004 [1999], p. 148; EDWARD SAID, "The Myth of 'The Clash of Civilizations'" [Transcripción de la Conferencia]. Northampton, Media Education Foundation, 1998 <http://www.mediaed.org/assets/products/404/transcript_404.pdf>

⁸³ EDWARD SAID, *op. cit.*, p. 21.

constituyó un componente central en la gestación de la propia idea de un Occidente que venía construyéndose desde la época greco-latina⁸⁴. Además, esta supuesta uniformidad imaginaria acarrea importantes limitaciones para el reconocimiento de problemas históricos de hondas raíces y relevancia actual. No sólo hace pasar por alto las características internas de un marco geográfico y ecológico tan extenso como diverso, obstaculizando la reflexión sobre sus implicancias en las estrategias y modos de vida configurados por el hombre a lo largo de la historia para adaptarse a un medio a veces hostil y, viceversa, sobre el profundo impacto de las acciones humanas sobre el ambiente y los recursos. Dicho constructo conceptual también conlleva a la simplificación de la propia dinámica sociohistórica, especialmente en lo que se refiere a las antiguas redes de contacto que articulaban internamente la macro-región y externamente con otros espacios, al subrayar la gama de interacciones con determinadas zonas e invisibilizar –hasta lo inimaginable– la existencia de otros vínculos en función de su significación para la experiencia occidental y su escala de valores.

Existe, sin embargo, una tercera impugnación crítica al modo en que se valorizan las formas de organización de las sociedades del Cercano Oriente antiguo desde este paradigma y se refiere al concepto de “cultura” que subyace en el tratamiento de estas experiencias históricas. Si revisamos buena parte de la producción académica y manualística-escolar referida a la historia antigua de la primera mitad del siglo XX, será sencillo notar la presencia de definición de “cultura” asociada a una noción evolucionista de “civilización”, haciendo referencia por lo general a una etapa por la cual pasaron ciertas sociedades, logrando un alto nivel de complejidad y sofisticación en sus expresiones materiales y simbólicas, además de haber desarrollado centros urbanos y organizaciones políticas estables. Con semejante criterio, es fácil comprender por qué ciertas elecciones temáticas sobre el desarrollo cultural de los antiguos pueblos del Próximo Oriente resulten preponderantes, como por ejemplo, a) el énfasis en el estudio de sociedades urbanas y estatales en detrimento de otras poblaciones con modos de vida diversos; b) la preponderancia de una visión desde arriba, con atención centrada en las hazañas de los grandes hombres y la vida de las elites, mientras que al resto de los grupos de la sociedad se le asignaba un papel menor en el drama de la historia; c) el tratamiento de las creaciones en materia tecnológica, científica, arquitectónica, artística y religiosa como prueba de su avanzada evolución cultural, relevando aquellos legados que se encontraban en la raíz de los logros de todas las épocas; y d) la presencia de dispositivos escriturarios como criterio fundante de lo “histórico” y, por contraste, su ausencia como marcador por excelencia de una

⁸⁴ Acerca del discurso orientalista como componente de la identidad occidental, *cfr.* ZIAUDDIN SARDAR, *op. cit.*; JACK GOODY, *El robo de la historia*, Madrid, Akal, 2011 [1996]; ZACHARY LOCKMAN, *Contending Visions of the Middle East. The History and the Politics of Orientalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004; SUSANA B. MURPHY (comp.), *Repensando Oriente-Occidente*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2006; AAYESHA RAFIQ, "From European to American Orientalism", en: *Academic Research International* 5 (4), 2014, pp. 287-295.

supuesta "prehistoria" o "edad oscura"⁸⁵, descartando del análisis a las sociedades ágrafas – tanto aquellas que gestaron alguna modalidad específica de registro sobre ciertos materiales como aquellas que simplemente no desarrollaron ninguno⁸⁶.

En efecto, la atomización del conocimiento impuesta por los enfoques evolucionistas y positivistas condujo a una descripción insuficiente de las sociedades antiguas de Egipto y Próximo Oriente, centrando la lente de análisis en aquellas que configuraron sofisticadas estructuras estatales de vasta extensión territorial y dominio político sobre etnias diversas, que dieron lugar a economías excedentarias (caracterizadas por el autoabastecimiento, producción e intercambio de productos) e inventaron complejos sistemas de escritura; en suma, aquellas que crearon grandes "civilizaciones" y constituyeron una suerte de telón de fondo de acontecimientos que significaron la incorporación plena y definitiva de Oriente en entidades políticas de escala suprarregional. Esta preferencia significó, además, que las comunidades que no encajaban en esos parámetros por tratarse de poblaciones ágrafas, con organizaciones políticas no estatales y estilos de vida nómada, fueran caracterizadas como pueblos inferiores, "salvajes" o "bárbaros" y consideradas irrelevantes en el marco de la búsqueda de las raíces de la cultura occidental, quedando no sólo sin lógica explicativa, sino también –y directamente– fuera de la historia, relegadas al silencio y al olvido. Sin embargo, es necesario evitar la apreciación errónea de que la importancia histórica de una sociedad deriva de –o es proporcional a– sus logros culturales o a su forma de organización sociopolítica. Cuando se piensa bajo esos parámetros, en el fondo se está sosteniendo que existen un conjunto de cualidades que permiten medir la inteligencia de una sociedad y determinar si se corresponden (o no) al desarrollo intelectual y moral de una civilización, siendo esta última concebida como el producto de una mentalidad superior. Además, es un acto muy grave a nivel ético pensar que existen grupos humanos inferiores a otros por el simple hecho de no compartir las mismas formas de gobierno, creencias religiosas y estilos de vida y que, en virtud de éstas, puedan ser objeto de burlas y humillaciones, cuando no de olvido.

Buena parte de esas impresiones y argumentos etnocéntricos sobre la utilidad del estudio histórico de las sociedades antiguo-orientales en la formación humanística han caído en un

⁸⁵ Acerca de la definición de cultura asociada a la noción evolucionista de "civilización", *cfr.* JOSEP CERVELLÓ AUTUORI, *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*, Sabadell, Editorial AUSA, 1996, pp. 14-15. Acerca de los conceptos "prehistoria" y "edad oscura" y sus críticas, *cfr.* JUAN A. SANTOS VELASCO, "Sobre el término y el contenido de la Prehistoria", en: *Iberia* 1, 1998, pp. 19-35; CARLO EMILIO PIAZZINI, "Prehistoria: Formación y Consecuencias de un Concepto Negativo", en: *International Journal of South American Archaeology* 3, 2008, pp. 15-27; PETER JAMES, *Siglos de oscuridad. Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo*, Barcelona, Crítica, 1993.

⁸⁶ Acerca de las sociedades letradas y ágrafas en la antigüedad, *cfr.* JACK GOODY, *La domesticación del pensamiento salvaje*, Madrid, Akal, 1985 [1977]; JACK GOODY, *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Madrid, Alianza, 1990 [1986]; JACK GOODY, *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Madrid, Gedisa, [1968]; WALTER J. ONG, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000 [1982]; ALAN K. BOWMAN y GREG WOOLF, (comps.), *Cultura escrita y poder en el Mundo Antiguo*, Madrid, Gedisa, 2000 [1994]; ANA R. MAYORGAS, *Arqueología de la palabra. Oralidad y escritura en el mundo antiguo*, Barcelona, Bellaterra, 2000.

notable descrédito a partir de los resultados brindados por historiadores, arqueólogos y antropólogos desde, al menos, el último cuarto del siglo XX, dentro de las tradiciones académicas más reputadas a nivel mundial e, inclusive, dentro de aquella fundada tempranamente en nuestro país⁸⁷. En efecto, ya sea porque se han ampliado los materiales documentales disponibles –lo que en sí mismo constituía el mayor factor condicionante–, ya sea porque los especialistas han protagonizado una importante renovación desde el punto de vista de las temáticas y los principios teórico-metodológicos, o bien porque nuevos y jóvenes elencos de investigadores se han sumado a los esfuerzos por dilucidar ciertos procesos sociohistóricos que hicieron a la conformación de tales sociedades, los estudios antiguo-orientales tomaron distancia de los *clichés* historiográficos que los retrataban como saberes inmóviles, propios de un “quehacer de anticuarios”, y presentaron interpretaciones alternativas y superadoras respecto de lo conocido hasta el momento.

En esa dirección, tomar conciencia de los prejuicios etnocéntricos y retóricas esencialistas que inducen tales posiciones historiográficas nos debe conducir a repensar el modo en que transmitimos la historia de estos antiguos pueblos y proponer perspectivas nuevas y alternativas. Se trata de cuestiones no siempre advertidas y problematizadas, ya que somos conscientes que modificar nuestras formas de pensar no constituye una tarea fácil. Nada fácil, pero necesaria y –de algún modo– urgente debido al fuerte contenido ideológico y político de tales perspectivas, las cuales en la superficie pudieran representar meros matices de carácter narrativo, pero que en el fondo resultan ser una peligrosa fachada para planteos teóricos funcionales con el rebrote de posiciones fundamentalistas, racistas y xenófobas en el panorama internacional reinante y de una ideología neoliberal que se muestra aún muy fuerte a comienzos de este tercer milenio⁸⁸.

⁸⁷ Acerca de los estudios antiguo-orientales a nivel mundial, *cfr.* MARC VAN DE MIEROOP, “Recent Trends in the Study of Ancient Near Eastern History: Some reflections”, en: *Journal of Ancient History* 1 (1), 2013, pp. 83-98; JUAN CARLOS MORENO GARCÍA, “Recent developments in the Social and Economic History of Ancient Egypt”, en: *Journal of Ancient Near Eastern History* 1-2, 2014, pp. 1-31; JUAN CARLOS MORENO GARCÍA, “The cursed discipline? The peculiarities of Egyptology at the turn of the Twenty-First century”, en: W. Carruthers (ed.), *Histories of Egyptology: Interdisciplinary Measures*, Londres, 2014, pp. 50-63. Sobre la situación de los estudios antiguo-orientales en nuestro país, *cfr.* HORACIO MIGUEL HERNÁN ZAPATA, “Los estudios sobre el Cercano Oriente Antiguo en Argentina: breves apuntes sobre algunos recorridos de una historiografía renovada”, en: *Épocas. Revista de Historia* 14, 2016, pp. 9-42.

⁸⁸ *Cfr.* ETIENNE BALIBAR, *Violencias, identidades y civilidad. Para una cultura política global*, Madrid, Gedisa, 2005 [1997], pp. 47-59. Es un hecho conocido que el ataque terrorista a las Torres Gemelas –denominado el atentado del 11/9– y la respuesta estadounidense –la invasión político-militar a Irak– produjeron un escenario que renovó estas imágenes ya profundamente arraigadas. La antigua oposición entre civilización occidental (representada por la democracia y el “estilo de vida estadounidense”) y barbarie oriental (personificada por Osama Bin Laden y el Islam) recuperó sus bríos y exacerbó el conjunto de acciones que ponían de manifiesto de que se trataba de un enfrentamiento absoluto entre nosotros y los otros. A comienzos de enero de 2015, el atentado reaccionario perpetrado en las oficinas del semanario satírico parisino *Charlie Hebdo*, acto brutal y criminal sin justificación alguna condenado por la opinión internacional, ocupó el centro de la escena mundial y actualizó la problemática. Se trató de otro nuevo suceso que concitó múltiples interrogantes sobre lo que está implicado en el mismo, sobre su contexto y precedentes, así como también sobre su impacto directo en la sociedad francesa y sus repercusiones futuras a nivel global. En las distintas respuestas, forjadas en un espacio determinado –París, la gran metrópolis política y cultural de Europa–, sus productores hicieron valer diagnósticos contrapuestos sobre los problemas políticos y éticos que acarrea inexcusablemente el respeto y la defensa de la “libertad de expresión” y “libertad de

UNA PERSPECTIVA INTERCULTURAL DEL CERCANO ORIENTE ANTIGUO

Practicada una lectura crítica de ese discurso que moldeó el lugar de las sociedades antiguas del Cercano Oriente en la historia desde una operación historiográfica y epistémica centrada en Occidente, es preciso ofrecer visiones alternativas a las predominantes y, de ese modo, resituar y problematizar el sentido de las sociedades y culturas del Cercano Oriente Antiguo en el curso de la historia. Si ya no podemos continuar apelando a esa definición que aprendimos en la escuela de que historia humana comienza con el origen de la escritura; o al planteo de que Oriente Próximo constituye la cuna de la civilización occidental, o a la idea de que tales sociedades alcanzaron un nivel de evolución cultural tal que les permitió difundir sus "adelantos" en múltiples direcciones. Si, en definitiva, esos lugares comunes acerca del Cercano Oriente antiguo ya no tienen razón de ser y merecen ser sepultados (o enriquecidos con otras perspectivas acordes al estado actual de los debates teóricos e historiográficos), resta entonces que nos preguntemos ¿qué importancia podemos atribuir al estudio histórico de las antiguas sociedades afroasiáticas? ¿Cuál otro valor podría tener la rememoración de procesos socioculturales tan remotos en tiempo y espacio para la vida en el presente?

El estudio del Cercano Oriente antiguo es relevante porque, en primer lugar, recapitular su historia significa, nada más y nada menos, que acceder al conocimiento del origen de una serie de artefactos, de instituciones y de ideas significativas que siguen existiendo en nuestra vida cotidiana e integran el gran acervo cultural moderno. Si queremos conocer el presente en su integridad, es conveniente que lo hagamos a partir del pasado que ha construido este presente y es justamente la historia la que nos proporciona ese conocimiento global de los hombres viviendo en sociedades. Ni el mundo contemporáneo –capitalista y globalizado– ni tampoco las actuales realidades americana y argentina han nacido en el vacío. Existen, entonces, numerosos elementos –unos de orden material, otros de orden simbólico y acaso trascendentes– de nuestra civilización actual, tan engréida e inmodesta, que tienen sus raíces directas en los principios organizacionales de aquellas antiguas sociedades desarrolladas en las riberas de los ríos Nilo, Tigris y Éufrates y en sus áreas circundantes. Señalando esto no queremos volver a invocar el viejo paradigma de *Ex Orient Lux* para fundamentar la trascendencia de este período

conciencia". Las posiciones fueron polarizándose aún más cuando salió a la luz el hecho de que la comunidad islámica –una de las mayores comunidades religiosas de Europa–, aquella señalada por la opinión mayoritaria como única responsable del atentado, haya sido una de las primeras colectividades confesionales que se solidarizaron y manifestaron en contra de esta tragedia a pesar de haber sido sistemáticamente humillada por la línea editorial de esta publicación a lo largo de los años. Las diversas percepciones articuladas alrededor de este trágico acontecimiento conllevaron la resignificación de viejos estereotipos y prejuicios a través de un discurso islamofóbico. Este discurso, de cuño orientalista, eurocéntrico y racista, concibe a las comunidades de origen árabe y que practican la religión musulmana como poblaciones bárbaras a las cuales hay que controlar, reprimir, oprimir y exterminar. Acerca de los conflictos generados a partir del discurso islamofóbico en el escenario político mundial, cfr. HICHEM DJAIT, *Europa y el Islam*, Madrid, Libertarias, 1990; Z. SARDAR, *op. cit.*, pp. 41-86; UMBERTO ECO, MICHEL CAMDESSUS, JEAN DANIEL y ANDREA RICCARDI, *Islam y Occidente. Reflexiones para la convivencia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005 [2003]; MUSTAPHA CHÉRIF, *El Islam y Occidente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.

histórico, sino simplemente señalar la necesidad que tenemos de explorar, según la denominación esgrimida por Mario Liverani, las “formas simples” de las grandes invenciones materiales e intelectuales del hombre y que conformaron una suerte de “gramática elemental de la historia” para conseguir una mejor percepción de la naturaleza humana. A la luz de esas metáforas conceptuales, comprobamos que la historia del Próximo Oriente puede constituirse en

... un muestrario bastante rico y completo de... estas formas simples en el proceso de su formación, y más tarde en su despliegue todavía bastante libre de complicaciones... es como un “laboratorio” histórico privilegiado en el que ciertos fenómenos pueden ser estudiados en estado puro (por así decirlo), al no existir las interferencias que dificultan su reconocimiento y análisis en fases más avanzadas de la historia. Las formas simples son más fáciles de descubrir en su estadio inicial y a nivel ingenuo, pero una vez descubiertas es fácil seguirles la pista como elementos de construcciones mucho más sofisticadas⁸⁹.

En efecto, es innegable que en aquel período, que se extiende a lo largo de varios milenios y que ocurre en un marco geográfico tan extenso como diverso, han tenido lugar una serie de procesos de cambio decisivos y trascendentales para la humanidad a nivel histórico, derivados del asentamiento de diferentes grupos étnicos en comunidades permanentes y del tránsito de economías cazadoras-recolectoras a agrícola-ganaderas, como las primeras manifestaciones de la vida aldeana; la producción organizada de alimentos, herramientas y otros enseres; la consolidación del patriarcado y relaciones desiguales de género; la ordenación del comercio y la circulación de los bienes de intercambio; la aparición de las primeras ciudades; el surgimiento y la disolución de dinámicas estatales prístinas; la invención de sistema de escrituras y otros dispositivos que permiten fijar y propagar el saber; la sistematización de prácticas judiciales y normas sociales; el funcionamiento de los primeros mecanismos de control social; las primeras modalidades de guerra; la sanción de acuerdos y tratados de paz; la plasmación de modos de representación del mundo determinados por la condición sagrada, entre otros. Ahora bien, hasta qué punto esas sociedades vivieron dichos procesos de transformación de forma propia o si, en todo caso, capitalizaron viejas ideas y prácticas en un nuevo contexto sociocultural son, en todo caso, preguntas interesantes y cruciales, pero cuya discusión no corresponde a este lugar⁹⁰.

⁸⁹ MARIO LIVERANI, *El Antiguo Oriente...* cit., pp. 726-727.

⁹⁰ La polémica sobre este punto ha sido muy viva en estos últimos tiempos y no nos atreveríamos a darla como resuelta. Algunos autores sostienen que ya existía un número importante de elementos y prácticas sociales cuando se estructuraron en la Mesopotamia asiática meridional y en valle del Nilo las condiciones de posibilidad que condujeron al surgimiento a gran escala de un nuevo tipo de dinámicas sociopolíticas y económicas en estas zonas. De momento da la impresión de que estas dos regiones adoptaron unos conocimientos y técnicas perfeccionadas ya en otros rincones de Oriente Próximo y que, probablemente debido a la existencia de determinadas circunstancias que permanecen en el terreno de las hipótesis, acabaron diferenciándose tanto en su forma de organización como en la dimensión de sus prácticas respecto de esas otras zonas habitadas. Cfr. MARIO LIVERANI, *El Antiguo Oriente...*, pp.

Habiendo planteado esa cuestión, no podemos afirmar simple y categóricamente que “la historia empieza” y, por tanto, la génesis de nuestra civilización tenga lugar en el Cercano Oriente –por parafrasear el título de un libro clásico y retomado recientemente⁹¹. Esos antiguos pueblos no fueron, en absoluto, los únicos autores de realidades y pensamientos fundamentales para el género humano. En la actualidad, la gran cantidad de testimonios disponibles viene a subrayar que existieron distintos asentamientos de población localizados en otros puntos del planeta cuyos habitantes gestaron, de forma autónoma, verdaderos “procesos civilizatorios”, materializados en novedosos modos de adaptación al medio ambiente y aprovechamiento de sus recursos, sistemas de organización social, económica y política, formas de adquisición, registro y transmisión de los conocimientos, expresiones culturales y concepciones ideológicas que pasaron a componer, en última instancia, parte importante de las grandes creaciones culturales. Fuera de Egipto y Próximo Oriente, pero continuando en el ámbito asiático, pueden identificarse dos núcleos civilizatorios: aquellos con centro en los valles del río Indo y del río Amarillo respectivamente. No podemos decir lo mismo de Grecia y Roma, ya que ambas sociedades no emergen de una forma espontánea, sino que lo hacen dentro del marco de interacciones con las demás civilizaciones contemporáneas del espacio mediterráneo. Y en la América precolombina, surgieron otros dos importantes núcleos civilizatorios: Mesoamérica y el área andina. Cabe mencionar que estas últimas civilizaciones, así como la india y la china, no lograron influenciar sino hasta más adelante a las demás sociedades, debido a su aislamiento histórico.

En vista que esos “acontecimientos” –en un sentido *foucaultiano* del término⁹²– tuvieron lugar en diversas coordenadas espacio-temporales, el conocimiento histórico de las sociedades orientales antiguas es importante, entonces, porque abre la posibilidad de situar la multiplicidad de estructuras y procesos que caracterizaron tal período histórico dentro de un panorama más amplio de civilizaciones originales y examinarlos desde un enfoque histórico comparado⁹³. A modo de digresión, cabe anotar aquí que suele ser frecuente entre los científicos

62-94; AMELIE KUHR, *El Oriente Próximo en la Antigüedad, c. 3000-330 a. C.*, vol. 1, Barcelona, Crítica, 2014 [1995], pp. 28-29.

⁹¹ Nos referimos al libro de SAMUEL NOAH KRAMER, *La historia empieza en Sumer*, Madrid, Alianza, 2010 [1956] y a la recientemente obra de JOSÉ MIGUEL PARRA ORTIZ, *La historia empieza en Egipto. Eso ya existía en tiempos de los faraones*, Barcelona, Crítica, 2011.

⁹² Cfr. MICHEL FOUCAULT, *El orden del discurso*, México D. F., Tusquets, 2013 [1971]; PAUL VEYNE, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza, 1984 [1978], p. 4.

⁹³ Fue Marc Bloch quien a través de su obra *Los reyes taumaturgos* (1924), texto que invitaba a recorrer la historia de las creencias colectivas del milagro real, proponía comparar sociedades cercanas en el tiempo y en el espacio que se influían mutuamente, es decir, sociedades sujetas por su proximidad a la acción de los mismos grandes fenómenos y a la presencia de rasgos originarios comunes. A través de sus páginas, este insigne historiador francés instaba a adoptar esta modalidad para elaborar y resignificar los problemas históricos al sostener que no habría conocimiento verdadero si no se tenía una escala de comparación. Es innegable que la perspectiva histórica comparada constituye una de las grandes promesas incumplidas de la historiografía occidental del siglo XX y ello se debe a las varias dificultades y recaudos que acarrea su ejercicio. Acerca de la comparación histórica, cfr. MARCEL DETIENNE, *Comparar lo incomparable. Alegato en favor de una ciencia histórica comparada*, Barcelona, Península, 2001 [2000]; JEAN-MARIE HANNICK, “Brève histoire de l’histoire comparée”, en Guy Jucquois y Cristophe Vielle (eds.),

sociales que aborden el estudio de una sociedad o una cultura a partir de dos posiciones hermenéuticas –por supuesto, con matices entre una y otra– que a *grosso modo* podrían describirse del siguiente modo: por una parte, están los investigadores que buscan aquellos rasgos que tienen en común con la cultura que se pretende conocer, esto es, tratan de encontrar, detrás de las características distintivas de esa sociedad, aquello que une y que es similar a lo propio; por otra, están los investigadores que se dedican a hallar las diferencias más radicales, lo que significa que las expresiones que podrían parecerse a la cultura propia dejan de resultar interesantes y son precisamente las diferencias o, aún más, los rasgos intraducibles los que atraen la atención y convocan al análisis. Y en el ámbito de los historiadores y arqueólogos, dichas actitudes han definido dos posturas simplistas y casi maniqueas en el plano teórico y práctico frente a las sociedades del pasado, con cuestiones éticas imbricadas en uno y otro caso: así, una postura “racionalista”, que afirma que todas las culturas en la historia son iguales, negando de plano la especificidad histórica de las mismas o –al menos– circunscribiendo aspectos singulares a ámbitos que no repercuten en el conjunto social, se contrapone a una postura “relativista”, según la cual las culturas son completamente diferentes y únicas, desconociendo las posibles matrices de experiencias comunes sobre las que se han desarrollado las culturas a lo largo de la historia⁹⁴.

Por el contrario, la clave teórica que nos permita percibir la vasta diversidad de modos de organización social en distintas situaciones sociohistóricas, incluso aquellas que otorgan relevancia al estudio del Cercano Oriente antiguo, debe situarse en las antípodas de tales posturas. Al señalar esta cuestión, entendemos que la comparación histórica resulta una vía hermenéutica sumamente rica para entrar en contacto con una gran diversidad de mundos, cosmovisiones, sociedades o culturas desde sus especificidades, semejanzas y diferencias. Por tanto, las culturas antiguas del Cercano Oriente pueden ser comparadas con otras sociedades contemporáneas que habitaron la actual porción occidental de la cuenca del mar Mediterráneo, tales como las civilizaciones de Grecia y Roma. Paralelamente, sobre la base de esas mismas dinámicas sociohistóricas, es posible plantear enfoques comparativos que permitan la integración teórica con otras experiencias distantes en tiempo y espacio, como aquellas que se gestaron en la América precolombina, particularmente en Mesoamérica y el área andina. Dichas analogías históricas permitirán identificar problemas y cuestiones que, sin tal hermenéutica, difícilmente podrían plantearse o no podrían reconocerse en absoluto. Con la intención de inferir puntos en común y de contraste, varios investigadores ya han señalado algunas de las posibles temáticas que pueden ser objeto de una mirada comparativa, como el

Le comparatisme dans les sciences de l'homme. Approches pluridisciplinaires, Bruxelles/Paris, De Boeck Université, 2000, 301-327; JÜRGEN KOCKA, *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 43-64.

⁹⁴ Cfr. BRUCE G. TRIGGER, *Understanding Early Civilizations. A comparative study*, New York, Cambridge University Press, 2003, pp. 3-14.

desarrollo de las primeras jefaturas complejas; el surgimiento de sociedades estatales e imperiales; las bases económicas y sociales que posibilitan su existencia, funcionamiento y expansión; los múltiples de modos que adquirió la toma de decisiones conforme al orden legal y los mecanismos institucionales vigentes; los fenómenos de colapsos políticos y crisis estructurales; los vínculos entre las sociedades y las representaciones simbólicas en la construcción de identidades colectivas; el rol de las ideologías religiosas en el ejercicio del poder; e, incluso, los modos de presentarse a sí mismas y de representar la alteridad⁹⁵.

Al proponer estos ejes de comparación analítica, no buscamos establecer alguna especie de contigüidad espacio-temporal entre las distintas sociedades que deleve la supuesta existencia de leyes universales detrás de sus periplos históricos y legitime la idea de “lo inevitable” en el decurso histórico, ni tampoco concebir la diversidad básicamente como la expresión cultural del desarrollo desigual o asincrónico de las sociedades, reduciendo la explicación a secuencias simplistas y/o esquemáticas. Mucho menos presentar la divergencia entre las dinámicas estatales del mundo oriental y prehispánico, por un lado, y del mundo greco-romano, por el otro –divergencia que podría sintetizarse bajo la fórmula “coerción sobre el súbdito frente a la libertad-igualdad del ciudadano”– como una prueba transhistórica de la aparente supremacía de las formas sociales de Occidente sobre otras, reduccionismo superficial cuyo peso ideológico sigue siendo importante más allá de los escenarios académicos, en especial en aquellos donde se trazan muy diversas políticas que rigen en las sociedades actuales. Al contrario, esas comparaciones consisten en una elección metodológica significativa que torna viable abrir la

⁹⁵ A modo de ejemplo, *cfr.* BRUCE G. TRIGGER, *Understanding Early Civilizations*, cit.; COLIN RENFREW y JOHN F. CHERRY (eds.), *Peer polity interaction and socio-political change*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; ELIZABETH M. BRUMFIEL y TIMOTHY K. EARLE (eds.), *Specialization, Exchange, and Complex Societies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; TIMOTHY EARLE (eds.), *Chiefdoms: Power, Economy, and Ideology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; ELIZABETH M. BRUMFIEL y JOHN W. FOX (eds.), *Factional competition and political development in the New World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994; T. DOUGLAS PRICE y GARY M. FEINMAN (eds.), *Foundations of Social Inequality*, New York, Springer, 1995; GARY M. FEINMAN y JOYCE MARCUS (eds.), *The Archaic State: A Comparative Perspective*, Santa Fe, 1998; SUSAN ALCOCK, TERENCE D'ALTROY y CARLA SINÓPOLI (eds.), *Empires: Archaeological and Historical Approaches*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; TAMARA L. BRAY (ed.), *The Archaeology and Politics of Food and Feasting in Early States and Empires*, Cambridge, Kluwer Academic & Plenum Publishers, 2003; MU-CHOU PO, *Enemies of Civilization. Attitudes toward Foreigners in Ancient Mesopotamia, Egypt, and China*, State University of New York Press, Albany, 2005; CHRISTINA M. ELSON y R. ALAN COVEY (eds.), *Intermediate Elites in the Pre-Columbian States and Empires*, Tucson, The University of Arizona Press, 2006; IAN MORRIS y WALTER SCHEIDEL (eds.), *The Dynamics of Ancient Empires. State Power from Assyria to Byzantium*, New York, Oxford University Press, 2009; MARCELO CAMPAGNO (ed.), *Parentesco, patronazgo y Estado en las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2009; MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGU y CARLOS GARCÍA MAC GAW (comps.), *Política y religión en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2009; T. DOUGLAS PRICE y GARY M. FEINMAN (eds.), *Pathways to Power. New Perspectives on the Emergence of Social Inequality*, New York, Springer, 2010; MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGU y CARLOS GARCÍA MAC GAW (comps.), *El Estado en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2011; MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGU y CARLOS GARCÍA MAC GAW (dirs.), *Rapports de subordination personnelle et pouvoir politique dans la Méditerranée antique et au-delà*, Besançon, Presses Universitaires de Franche-Comté, 2013; JANE A. HILL, PHILIP JONES y ANTONIO J. MORALES (eds.), *Experiencing Power, Generating Authority: Cosmos, Politics, and the Ideology of Kingship in Ancient Egypt and Mesopotamia*, Philadelphia, University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, 2013; MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGU y CARLOS GARCÍA MAC GAW (comps.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo antiguo*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2016; MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGU y CARLOS GARCÍA MAC GAW (comps.), *Capital, deuda y desigualdad. Distribuciones de la riqueza en el Mediterráneo antiguo*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2017.

visión a diferentes situaciones a partir de un campo de problemas comunes (que las articula y otorga su “equivalencia conceptual”) y conlleva la oportunidad de comprender de otra manera la especificidad de las instituciones, dinámicas e imaginarios de las sociedades antiguas⁹⁶. Tal fue el planteo del arqueólogo Bruce Trigger respecto de las posibilidades que brindaba el estudio del antiguo Egipto en relación con otras civilizaciones tempranas: “Un estudio comparativo de los aspectos comunes a todas, o incluso algunas, de las civilizaciones tempranas nos puede ayudar a comprender mejor al antiguo Egipto. Al mismo tiempo, los caracteres distintivos del antiguo Egipto son igualmente importantes para comprender todas las demás civilizaciones tempranas”⁹⁷.

Además, la comparación de esos escenarios históricos contribuye de manera insustituible a la comprensión de diversos procesos mediante la ampliación de la escala de observación, encontrar vínculos antiguos y perdurables entre las distintas sociedades y percibir las influencias mutuas que permiten avanzar más allá de una explicación estrictamente local de los diferentes problemas. En esa dirección, numerosas líneas de investigación ofrecen una nueva cantera para redimensionar, por ejemplo, la historia de un conjunto variado de vínculos y conexiones que conformaron redes más o menos organizadas de interacciones que resultaban vitales para la vida de las distintas comunidades humanas del ámbito del mediterráneo antiguo –y, dentro del mismo, para ciertos grupos sociales encumbrados– pues englobaban la circulación de múltiples elementos materiales y simbólicos a través de espacio común a la vez que diverso. Ello ha hecho factible replantear las formas en que circularon y/o fueron transferidos artefactos, conocimientos, prácticas y tecnologías entre las sociedades del Cercano Oriente y, además, entre éstas y los pueblos del Egeo y Mediterráneo occidental⁹⁸. En

⁹⁶ Así, por ejemplo, se han planteado la existencia de diferentes tipos de configuraciones estatales (Estados de tipo jerárquico, con aparatos burocráticos centralizados y centrados en la ciudad o de amplio alcance territorial; Estados de tipo segmentario, de escala micro-espacial, que operan como comunidades cara-a-cara sin burocracia en las que prima la participación directa de los ciudadanos en el gobierno; o Estados que combinan aparatos burocráticos menos complejos con estructuras políticas municipales derivadas del funcionamiento de la ciudad-estado); los vínculos y conflictos entre las élites estatales en general (en el sentido de grupos que ejercen o se benefician del monopolio legítimo de la coerción) y otro tipo de élites en las periferias de los ámbitos estatales (cuyas dinámicas de prevalencia social se erigen sobre criterios inherentes al parentesco o al patronazgo); diferencias en la conformación interna de las élites estatales propias de cada área (las cuales podían asumir la forma de grupos sociales fuertemente apartados del resto de la sociedad, internamente cohesionados a través del parentesco y estrechamente ligados al mundo de las divinidades; o de grupos organizados a partir de la pertenencia a la corporación ciudadana y su participación en la gestión política de la sociedad, aunque con importantes sectores de excluidos); distintas formas de organización socioeconómica de los espacios rurales (propiedades estatales, particulares y/o comunales, economía campesina libre o dependiente, modos de esclavización); la presencia de modalidades institucionalizadas o no formalizadas que garantizan la reproducción de la desigualdad social (relaciones de subordinación, explotación coactivas y extracción del excedente amparadas en el “aparato” estatal y/o en formas alternativas que permiten su conformación y funcionamiento); grados diversos de articulación de las dinámicas políticas y prácticas institucionales con el universo religioso y costumbres rituales.

⁹⁷ BRUCE G. TRIGGER, *Early Civilizations. Ancient Egypt in Context*, Cairo, The American University in Cairo Press, 1995, p. 5. La traducción nos pertenece.

⁹⁸ En esta línea, a la luz de los datos existentes, parece indudable cuán prolongados y complejos fueron tales redes de intercambio y contactos. Así, Egipto mantuvo durante largos períodos estrechas relaciones con la zona del mar Rojo y el Cuerno de África y también, como se ha sabido muy recientemente y de forma un tanto distante e indirecta, con el África subsahariana a través de Sudán (la antigua Nubia). En cuanto a Mesopotamia, y especialmente su parte

definitiva, esta comparación de diversidad de situaciones históricas que en la mayoría de aspectos son suficientemente parecidas y a la vez diferentes, resulta ventajosa para perfilar más claramente las especificidades de cada una y corroborar que los sucesos históricos comunes que vivenciaron, adquirieron siempre configuraciones únicas y singulares.

De este modo, la constatación que las formaciones políticas y sociales del Próximo Oriente antiguo constituyen el producto de una configuración cultural localizable y contingente, nos ayuda a reconocer más las diversas expresiones en las que puede manifestarse la existencia social a lo largo de la historia, así como también la gran diversidad de culturas que existen en nuestro presente. Ello se debe a que, innegablemente, las dinámicas de las sociedades del Cercano Oriente Antiguo forman parte de una historia mucho más profunda y extensa que llega hasta nosotros, plasmando de manera casi imperceptible, las experiencias que definen la vida de los hombres en sociedad, coexistiendo en ella elementos del pasado (continuidades) con otros nuevos (cambios). Como advierte Mario Liverani, es preciso recordar que a lo largo de la historia

Existen estructuras de base en el comportamiento de las comunidades humanas que permanecen por tiempos larguísimos y existen también innovaciones tecnológicas y culturales que dividen el tiempo con discontinuidad (que en general llamamos progreso). Todos sabemos bien que la característica propia de la historia es el estudio del cambio y de la discontinuidad, de las transformaciones en sus variadas formas, de la más lenta a la más improvisada. Aplicada a nuestra propia cultura, la historia nos muestra que es el producto de una larga transformación, de tantas discontinuidades estratificadas, de adquisiciones (pero también de descartes) sucedidas a lo largo del tiempo⁹⁹.

Por ello, la consideración de esos procesos ocurridos en lejanas geografías hace milenios resulta muy útil para contrastarlos con los modos de vida propios de nuestra época,

meridional, tuvo vínculos regulares con el golfo Pérsico y la zona oriental de la península Arábiga. Era ésta la potencial ruta de comunicación entre Mesopotamia y las tierras lejanas del valle del Indo. Finalmente, Anatolia, Levante y Egipto estuvieron en contacto directo con el mundo creto-micénico primero y luego con el universo greco-romano. Respecto de las redes de contactos en el antiguo Oriente, *cfr.* KARL POLANYI, CONRAD M. ARENSBERG y HARRY W. PEARSON, *Comercio y mercado en los Imperios Antiguos*, Barcelona, Labor, 1976 [1957]; DOMINIQUE CHARPIN y FRANCIS JOANNES (eds.), *La circulation des biens, des personnes et des idées dans le Proche-Orient ancien*, París, Editions Recherche sur les Civilisations-ERC/ADPF, 1992; JOSEP CERVELLÓ AUTUORI, MARCELO CAMPAGNO y MONSERRAT DÍAZ DE CERIO, (eds.), *África Antigua. El Antiguo Egipto, una civilización africana*, Barcelona, Aula AEgyptiaca, 2001; MARIO LIVERANI, *Relaciones internacionales en el Próximo Oriente antiguo, 1600-1100 a. C.*, Barcelona, Bellaterra, 2003 [2001]; DAVID O'CONNOR y STEPHEN QUIRKE (eds.), *Mysterious lands. Encounters with Ancient Egypt*, Londres, UCL Press, 2003; ROBERT ROLLINGER, CHRISTOPH ULF y KORDULA SCHNEGG (eds.), *Commerce and Monetary Systems in the Ancient World. Means of Transmission and Cultural Interaction*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2004; MARÍA EUGENIA AUBET, *Comercio y colonialismo en el Próximo Oriente Antiguo*, Barcelona, Bellaterra, 2007; ROXANA FLAMMINI y JUAN MANUEL TEBES (eds.), *Interrelaciones e identidades culturales en el Cercano Oriente Antiguo*, Buenos Aires, IMHICIHU-CONICET, 2016. Acerca de los contactos entre Próximo Oriente y el mundo greco-romano, *cfr.* MARTIN BERNAL, *Atenea negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica. La invención de la antigua Grecia, 1785-1985*, Barcelona, Crítica, 1993 [1987]; WALTER BURKERT, *De Homero a los magos. La tradición oriental en la cultura griega*, Barcelona, El Acanilado, 2002 [1999]; JOHN HOBSON, *Los orígenes orientales de las civilizaciones de Occidente*, Barcelona, Crítica, 2006 [2004]; COLIN ADAMS y JIM ROY (eds.), *Travel, geography and culture in ancient Greece and the Near East*, Oxford, Oxbow, 2007; FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN, *Memorias perdidas*, op cit.

⁹⁹ MARIO LIVERANI, "A che serve la storia" en: *Mundus. Rivista di Didattica della Storia* 1 (1), 2008, p. 49. La traducción nos pertenece.

sistematizar las pervivencias y mutaciones a través del tiempo y, a través de esta vía, entender más exactamente esa condición compleja, voluble e inasible que solemos definir como naturaleza humana. En esta dirección, no debemos obviar que detrás de lo que entendemos por historia antigua oriental, se asoma indefectiblemente lo que fuera la experiencia social de las primeras comunidades humanas afroasiáticas, esto es, la “vida histórica”¹⁰⁰ transitada habitualmente por mujeres y varones y que se manifestó en una dimensión material (un modo de producción a partir de la interacción con la naturaleza) y otra simbólica (un sistema de representaciones que dichas comunidades tienen de sí mismas y de las demás). Tal caracterización comulga notablemente con la posición teórica (e historiográfica) que queremos enfatizar aquí, al estar convencidos de que ocuparse de la historia de las sociedades del Cercano Oriente antiguo (o, incluso, de la historia antigua en general) no es un ejercicio ni ocioso ni fútil, sino un esfuerzo legítimo por asir una historia que, como cualquier otra, sigue siendo “historia contemporánea” según el bien conocido y clarificador *dictum* de Benedetto Croce¹⁰¹.

Por más remotos –o, inclusive, remotísimos– que parezcan cronológicamente hablando los interesantes hechos que presenta “la vida material, social, económica, intelectual e incluso emocional de las personas” del Próximo Oriente antiguo, es inevitable no sentirse identificados con “sus afanes, anhelos, dolores, luchas, miserias y grandezas”, como acertadamente afirman Cristina De Bernardi y Eleonora Ravenna¹⁰². Esta sensación que experimentamos al indagar en los modos a través de los cuales las distintas personas y grupos elaboraron, escenificaron y dieron sentido a su experiencia cotidiana se debe a que tanto las sociedades antiguas como las modernas arrancan de un mismo núcleo de nociones y conductas primarias que pueden traducirse en lo que Ernest Gellner llamó “un capital cognitivo fijo”¹⁰³. Sobre esta cuestión, el egiptólogo Barry Kemp ha apuntado que a lo largo de la historia los hombres compartimos, por pertenecer a la misma especie (*Homo Sapiens*), unos mismos fundamentos psicobiológicos y antropológicos; dado que nuestra estructura cerebral no ha sufrido alteraciones físicas desde que nuestra especie apareció en el planeta y lo pobló, poseemos el mismo bagaje intelectual de aquellos varones y mujeres del pasado¹⁰⁴. Es precisamente sobre esa base común –y en virtud de múltiples factores externos– que las comunidades humanas se han hecho tan heterogéneas, dando lugar a la extraordinaria diversidad de culturas que existieron y existen a nivel planetario en la actualidad.

¹⁰⁰ Acerca del concepto de “vida histórica”, *cf.* JOSÉ LUIS ROMERO, *La vida histórica*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008 [1988].

¹⁰¹ BENEDETTO CROCE, *La historia como hazaña de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971. p. 11.

¹⁰² DE BERNARDI Y RAVENNA, *op. cit.*, p. 23. La traducción nos pertenece.

¹⁰³ Citado en JOËL CANDAU, *Memoria e identidad*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2001, p. 23.

¹⁰⁴ BARRY KEMP, *op. cit.*, p. 7.

Por ello, es preciso recordar que cuando hablamos de “el pasado” estamos refiriéndonos a múltiples vidas vividas, extinguidas sin duda, pero que persisten como sedimentaciones actuantes en la memoria colectiva y se expresan a través de la cultura, entendiendo esta última como el conjunto de acervos materiales e intelectuales creados, compartidos, transmitidos y modificados social y temporalmente con que los miembros de las sociedades hacen frente de manera individual o colectiva, mental o conductualmente, a las distintas situaciones que se les presentan en la vida. No se trata simplemente de un conjunto cristalizado y uniforme de objetos, ideas, representaciones y formas de acción que se transmiten de generación en generación, sino de la forma propia que tiene una sociedad en particular para responder intelectualmente ante cualquier circunstancia. Esta definición de cultura resulta muy operativa para entender a las sociedades del pasado como la expresión de “soluciones a los problemas de la existencia individual y colectiva que podemos sumar a la diversidad de soluciones manifiestas en el mundo contemporáneo”¹⁰⁵. Desde esa óptica, es posible sostener que el mundo histórico del antiguo Cercano Oriente es, al mismo tiempo, la historia de cómo inicia la preocupación por zanjar los problemas de todo género, propios de una humanidad que acababa de salir de la etapa de la caza y la recolección y se adentraba en el neolítico. Allí donde el hombre organizó su vida en sociedad por vez primera, encontramos pues los testimonios más antiguos de personas preocupadas por hallar respuestas a desafíos que se han mantenido, con caracteres bastante semejantes, hasta la época actual. Sin que se pueda tildar dicho argumento de despropósito histórico, acordamos con Kemp cuando indica que los seres humanos “nos seguimos enfrentando a la misma experiencia básica que en el pasado”¹⁰⁶, por lo que existen todo un conjunto de pautas de conductas básicas que cimentaron la base de la idiosincrasia humana en todos los tiempos y constituyen lo que Cristina De Bernardi y Eleonora Ravenna han denominado “matrices de experiencia”. Considerar estas matrices en el estudio del universo del Cercano Oriente antiguo nos permitirá identificar y prestar especial atención a ciertas correspondencias entre los procesos antiguos y actuales, tales como:

... la búsqueda permanente por solucionar el modo de subsistencia; los procesos de intensificación de la producción y el acaparamiento desigual de los excedentes; los fenómenos de diferenciación social concomitantes; la aparición del poder político y el Estado; la estandarización de las relaciones intergrupales y externas; la guerra; el surgimiento de un mundo de representaciones mentales compartidas que da coherencia al grupo; la manipulación de esas representaciones por parte de las élites para transformarlas en símbolos diacríticos identitarios y simbolismos de reforzamiento del

¹⁰⁵ BARRY KEMP, *op. cit.*, p. 13.

¹⁰⁶ BARRY KEMP, *op. cit.*, p. 7.

poder; los procesos de legitimación de las instituciones que garantizan la reproducción de las condiciones desiguales; para nombrar sólo las nevaduras de la trama social¹⁰⁷.

Partiendo de esta perspectiva teórica será posible construir una historia de las sociedades de Egipto y Oriente Próximo radicalmente diferente de las versiones más tradicionales de la disciplina que incluya la totalidad del pasado humano, sin tener que sacrificar ninguna dimensión de la realidad en la explicación y pueda ser llamada con justicia "historia social"¹⁰⁸. Este desplazamiento en el tipo de formato de historia supondrá, en principio, formular otro tipo de incógnitas: ¿cómo era el día a día en los ámbitos de las cortes de los reyes o en el seno de las comunidades aldeanas y urbanas?, ¿cuál era la intención de los monarcas cuando decidían erigir grandes palacios y templos?, ¿en qué pensaban los campesinos y artesanos que trabajaban en la construcción de dichos edificios? Estas y otras preguntas resultarán válidas para conocer y entender más hondamente la manera en que los diferentes grupos sociales produjeron su mundo a través de los múltiples vínculos que los unieron y/o de los conflictos que los opusieron. Con semejantes incógnitas será igualmente viable no sumarse a las vertientes historiográficas obsesionadas con estudiar únicamente las denominadas civilizaciones estatales¹⁰⁹ y, por el contrario, reconocer la multiplicidad de formas de organización sociopolítica y cultural existentes en el Próximo Oriente antiguo. Los esfuerzos deberán orientarse, entonces, a construir una visión renovada sobre la cultura de las comunidades de aldea y de los grupos nómadas pastoriles que rompa con estereotipos acerca de tales grupos y ubique sus historias al lado de las historias de las poblaciones urbanas y los centros estatales con los que han coexistido e interactuado durante milenios¹¹⁰.

¹⁰⁷ DE BERNARDI Y RAVENNA, *op. cit.*, p. 24.

¹⁰⁸ Acerca de la concepción de historia social, *cfr.* ERIC J. HOBBSBAWM, "De la historia social a la historia de la sociedad", en *Historia Social*, 10, 1991, pp. 5-25.

¹⁰⁹ Cabe advertir que no es posible explicar la preferencia por las altas culturas invocando únicamente razones de índole ideológica. Existen otro tipo de condicionamientos que provienen de la información disponible para reconstruir ciertos agentes y situaciones de la realidad histórica, información que proporcionan los propios testimonios con que trabajan arqueólogos e historiadores. Así aparece fuertemente resaltado un mundo de palacios, templos, monumentos, ciudades y escritos en detrimento de otros ámbitos menos visibles y con pocas posibilidades de indagación, tanto por la escasez de información como por su diversidad y lo limitado de sus interrelaciones. Pensemos, por ejemplo, en la situación de los grupos nómades: las fuentes para su estudio son, principalmente, los pocos restos materiales y los documentos elaborados por sociedades urbanas y estatales contemporáneas (que contienen descripciones superficiales y generalizantes, repletas de prejuicios que acentuaban la inferioridad de las poblaciones que no cultivaban la tierra, que no tenían asentamientos permanentes y poseían muy limitados bienes materiales). En resumen, si bien nuestros conocimientos actuales de las poblaciones nómades han aumentado notablemente, la información proporcionada por las fuentes disponibles no cubren de manera sistemática todo su universo social y simbólico.

¹¹⁰ Acerca de los grupos nómades pastoriles, *cfr.* JORGE SILVA CASTILLO (comp.), *Nómadas y pueblos sedentarios*, México D. F., El Colegio de México, 1982; PIERRE BRIANT, *État et pasteurs au Moyen-Orient ancien*, París, Édition de la Maison des Sciences de l'Homme, 1982; GLENN M. SCHWARTZ, "Pastoral Nomadism in Ancient Western Asia", en Jack M. Sasson (ed.), *Civilizations of Ancient Near East*, Volumen 1, Massachusetts, Hendrikson Publishers, 2006 [1995]; JORGE SILVA CASTILLO, "Nomadism through the ages", en David Snell (ed.), *A Companion to the Ancient Near East*, Oxford, Blackwell, 2004; LOUIS L. ORLIN, "On nomads and nomadism", en *Life and Thought in the Ancient Near East*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2007, pp. 69-72; JEFFREY SZUCHMAN (ed.), *Nomads, Tribes, and the State in the Ancient Near East*, Chicago, The University of Chicago Press, 2009; JUAN MANUEL TEBES, *Nómadas en la encrucijada. Sociedad*,

Dicha mirada historiográfica descentrada será muy útil igualmente para mostrar que la alta diversidad humana y geográfica del Cercano Oriente antiguo estimuló un complejo y diverso flujo de artefactos, información y personas que, por diferentes motivos, se volvieron una amplia red de contactos continuos, permanentes y, en ocasiones, muy intensos, aunque cada espacio preservó una importante cuota de autonomía con respecto a los demás. En efecto, comercio, guerra, alianzas y otras formas de contacto intercultural estimularon no sólo la circulación de bienes de prestigio y otro tipo de objetos, sino también el desplazamiento de mujeres y varones que recorrieron largas rutas de forma individual o en grupos y/o comunidades, de manera voluntaria u obligada, insertas en tramas de lealtades, dependencias, subordinaciones y exclusiones. Además, la significación de esos vínculos intersociales se reflejó en la formación de estructuras políticas y económicas, en la dinámica étnica y aún en la propia visión ideológica que las sociedades elaboraron de sí mismas, de otras culturas y del universo. Cuando leemos los diferentes aportes del tema, notamos el hecho de que sobre las culturas de los Estados y comunidades del Cercano Oriente se levantaron tradiciones locales y regionales, derivadas de particularidades ecológicas, políticas, étnicas y culturales propias de radios más reducidos. Y por encima de esas tradiciones locales y regionales se extendieron fuerzas de otra naturaleza, aunque nuevamente generalizadoras, gestadas por sociedades que por distintos motivos tuvieron una influencia decisiva y aparentemente uniformadora en épocas determinadas y sobre amplias extensiones del Cercano Oriente. Al mismo tiempo que intercambiaban bienes, creencias, conocimientos, estilos y modas, algunos de esos pueblos intentaban crear ciertos sistemas políticos que no siempre tenían por propósito establecer relaciones simétricas sobre los pueblos incluidos en su radio de influencia. En consecuencia, aquellas sociedades que ingresaban en sus sistemas de dominación y explotación tenían que responder a los papeles específicos que les asignaban en el nuevo orden sociopolítico, económico e ideológico introducido. Con frecuencia, estos primeros intentos de "globalización" en la historia, breves algunos, prolongados otros, produjeron cambios decisivos en las sociedades anexadas en algunos casos e inhibieron ciertos procesos en otros, propiciando semejanzas y diferencias, complejizando aún más el escenario histórico del Cercano Oriente antiguo.

Ahora bien, si valoramos una determinada institución o proceso de tales sociedades desde la diferencia o semejanza con lo que nosotros hacemos o pensamos, es importante no correr el riesgo de interpretar la lejanía o la similitud como una prueba de modernidad o no de tales hábitos o manifestaciones culturales. Tal como comentó Josep Cervelló Autuori

... es muy común que se hagan lecturas e interpretaciones directas de esas realidades alternativas, como si esa distancia no existiera, como si todas las realizaciones humanas obedecieran a los mismos condicionantes y, por tanto, como si en última instancia cualquier fenómeno humano pudiera ser interpretado con las mismas claves. Claves que coinciden con las categorías de Occidente tomadas, consciente o inconscientemente, como universales y necesarias¹¹¹.

Más allá de que podamos asombrarnos con tantos problemas existenciales que justifican la impresión de la proximidad de esos milenios tan lejanos, es indiscutible que estamos examinando sociedades con arreglos institucionales, estructuras sociales, sistemas económicos e ideológicos que presentan diferencias sumamente significativas respecto de los modos de organización que existen en la actualidad. En tal dirección, la historia del Cercano Oriente antiguo resulta efectivamente un saber significativo

... porque los mundos del pasado eran diferentes del nuestro, y por lo tanto resulta iluminador por medio del contraste y no de la repetición; la historia sirve para ampliar nuestro bagaje conceptual, para hacernos ver la pluralidad de las soluciones posibles, para subrayar la subjetividad (o mejor el condicionamiento cultural) de las interpretaciones. En este sentido, la experiencia histórica es –en algún modo– análoga a la experiencia de los mundos y culturas diversas en el espacio (más que en el tiempo)... El conocimiento de tantos mundos diferentes ha posibilitado adquirir el sentido del relativismo cultural¹¹².

Analizar esas diferencias con nuestras implica muchos y complejos problemas que en el caso de las culturas de Cercano Oriente se agravan a causa de la influencia del marco conceptual en el que hemos sido educados. Solemos pensar que por vivir en sociedades en las que predominan cierto tipo de costumbres, instituciones, valores y modalidades de conocimiento y significación, éstas son las únicas formas válidas, objetivas y universales; en consecuencia, tendemos a concebir aquellas provenientes de sociedades del pasado como formas anacrónicas o perimidas, superadas con el tiempo a partir de los profundos cambios en la educación y la cultura. No obstante, debemos aceptar el hecho de que el tan mentado progreso no nos ha vuelto seres superiores respecto de aquellas civilizaciones “cuyo único pecado, en muchas ocasiones, es ser mucho más antiguas que las nuestras”¹¹³. En todo caso, es posible que ciertas habilidades humanas hayan mejorado (como la capacidad para resolver problemas) a lo largo de la historia, pero –como ya apuntamos *supra*– la capacidad cognitiva subyacente del hombre no lo ha hecho. Esto significa que los hombres que vivieron en aquellos mundos antiguos,

¹¹¹ JOSEP CERVELLÓ AUTURORI, “Aire. Las creencias religiosas en contexto”, en Elisenda Ardèvol Piera y Glòria Munilla Cabrillana (coords.), *Antropología de la religión: una aproximación interdisciplinar a las religiones antiguas y contemporáneas*, Barcelona, Editorial UOC, 2004, p. 73.

¹¹² MARIO LIVERANI, “A che serve la storia”, cit., p. 49. La traducción nos pertenece.

¹¹³ ANTONIO PÉREZ LARGACHA, *La vida en el Antiguo Egipto*, Alianza, Madrid, 2004, pp. 19-20.

diferentes en muchas maneras, eran tan (o tan poco) inteligentes como nosotros. En palabras del arqueólogo Barry Kemp,

En el siglo XX, la acumulación de conocimientos nos ha proporcionado una ventaja sobre nuestros predecesores en lo que se refiere a la tecnología y a las diversas facultades mentales mediante las cuales podemos explorar el universo y generar una multiplicidad de imágenes lógicas. Pero no hemos de confundirlo con una mayor inteligencia. Inteligencia no equivale a conocimientos, sino a facultad de dar una configuración lógica a los conocimientos que se tienen¹¹⁴.

La variedad de instituciones, prácticas, costumbres y representaciones gestadas por las antiguas culturas próximo-orientales tenían por finalidad satisfacer unas preocupaciones básicas e inherentes a toda la humanidad, pero es indudable que se encontraban conectadas con otro tipo de "lógicas" sociales, diferentes de aquellas que estructuran las dinámicas socioculturales contemporáneas. En la medida que los principios ordenadores de cada cultura son, sin duda, diversos a la vez que únicos e irrepetibles, no necesariamente compatibles unos con otros o con los nuestros, las sociedades del Cercano Oriente antiguo resultan ser "alteridades históricas". Lo son porque la misma sensación de ajenidad que genera al historiador ese universo de prácticas culturales del pasado es, por cierto, similar a la experiencia de lo extraño que experimenta el antropólogo cuando lleva adelante su trabajo de campo etnográfico dentro de un grupo o comunidad con pautas culturales diferentes a las suyas¹¹⁵. Pensar las mismas en términos de "otredad" no conlleva suponer que se trata de un mundo "ilógico" o "irracional", sino todo lo contrario como afirma Marcelo Campagno:

Si esos modos de pensamiento [*y acción*] no siguen los parámetros de la Razón occidental no es porque carezcan de toda lógica: poseen sus propias lógicas, sus propios parámetros de normalidad. Son formas de pensar [*y proceder*] no-rationales desde el punto de vista de nuestra racionalidad; pero no por ello son irracionales: remiten a otros criterios de coherencia que no son los nuestros. Se trata, pues, de otras razones, de otros modos de racionalidad¹¹⁶

Si la intención es trazar nuevos sentidos de la importancia histórica del Cercano Oriente antiguo, debemos entonces buscar –como señaló Lucien Febvre– "comprender y hacer comprender"¹¹⁷ que tales sociedades afroasiáticas del pasado eran "diferentes" (en el mejor sentido del vocablo), por lo que deben ser concebidas y reconocidas como "otras" culturas: ni

¹¹⁴ BARRY KEMP, *op. cit.*, p. 8.

¹¹⁵ Cfr. ESTEBAN KROTZ, "Alteridad y pregunta antropológica", en *Alteridades* 4 (8), 1994, pp. 5-11.

¹¹⁶ MARCELO CAMPAGNO, *Surgimiento del Estado en Egipto: cambios y continuidades en lo ideológico*, Buenos Aires, Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenwasser", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1998, p. 12. Los agregados entre corchetes nos pertenecen. En el mismo sentido, cfr. JOSEP CERVELLÓ AUTUORI, *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*, Sabadell, Editorial AUSA, 1996, pp. 17-20.

¹¹⁷ LUCIEN FEBVRE, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1975 [1953], p. 133.

mejores ni peores; ni primitivas ni arcaicas; ni más ni menos civilizadas, simplemente, "distintas". Entonces, los antiguos habitantes de Egipto y del Asia occidental realizaron, construyeron y expresaron las cosas de una manera que desde nuestra perspectiva pueden parecer "exóticas" y "raras", pero que poseen una razón de ser o significado que es válido para el conjunto de miembros de sus respectivas sociedades. Según la historiadora Roxana Flammini, alcanzar una aproximación histórica a esas lógicas de organización social que nos resultan "extrañas" y elaborar registros explicativos acerca de los caracteres culturales de esa otredad objeto-sujeto

... conlleva cierto desprejuicio intelectual que implica poder acercarnos al estudio de esa sociedad libres –en la medida de lo posible– de preconceptos. Esto no significa falta de rigurosidad en el método, en absoluto; tiene que ver con la actitud con que se aborda la problemática: tratando de comprender el pensamiento de esa sociedad "otra" utilizando nuestra herramienta básica, el pensar; es decir, conocer para comprender; tratar de adentrarnos en las entrañas de una cosmovisión diferente... [Ello] implica, en primer lugar, tomar conciencia del sesgo que imprimen nuestros propios paradigmas (para no universalizarlos); y paralelamente, aceptar tanto la vigencia de la alteridad (para no caer en anacronismos) como la de la singularidad de los procesos históricos (para evitar la búsqueda de leyes universales)¹¹⁸.

En el caso de las culturas del Próximo Oriente antiguo, es factible comprobar como uno de sus principales rasgos distintivos la imposibilidad de diferenciar los campos que –en la actualidad– identificamos con el nombre de "política", "economía", "arte" y "religión" como esferas independientes. En efecto, en las culturas de las distintas regiones de Oriente Próximo tales esferas se presentaron como una realidad inextricablemente unida y no una simple interconexión o superposición de diferentes capas. Con ello no queremos indicar simplemente que las prácticas y representaciones asociadas a lo político, lo religioso o lo económico aparecían como caminos paralelos o coincidentes, sino que la propia experiencia histórica de las formaciones sociales antiguas nos muestra que tejieron numerosos vínculos y construyeron varios escenarios comunes, al punto de confundirse y llegar a semejar un único plano de la realidad social. Es posible entender de mejor modo esta indivisibilidad de los campos cuando constatamos que las antiguas culturas constituyeron sociedades de "discurso mítico-religioso", en las cuales la experiencia total de los individuos se hallaba inmersa y condicionada por una concepción sagrada de la existencia y del cosmos. En aquellas sociedades, "el discurso mítico-religioso es un modo de vida que lo envuelve todo y afecta a todos, poderosos y pueblo"¹¹⁹, haciendo de la religión el eje ontológico vertebrador de todas las actividades, incluso los

¹¹⁸ ROXANA FLAMMINI, "El antiguo Estado egipcio como alteridad: cosmovisión, discurso y prácticas sociales (ca. 3000-1800 a. C.)", en *Iberia. Revista de la Antigüedad* 8: 9-26, 2005, p. 14. El agregado entre corchetes nos pertenece.

¹¹⁹ JOSEP CERVELLÓ AUTURORI, "Aire. Las creencias religiosas en contexto", *cit.*, p. 80.

detalles más pequeños de la vida cotidiana y que nosotros entendemos como netamente “profanos” (como la alimentación, el vestido, la relación con los parientes y los extraños o las distracciones culturales), desdibujándose la línea entre lo espiritual y lo terrenal. Indudablemente, este tipo de perspectiva analítica también puede aplicarse al ámbito de la economía y del comercio, siendo un elemento característico de las actividades productivas y de las redes de intercambio que su modo de estructuración y funcionamiento se hallaban permeadas –de un modo directo y profundo– por dinámicas sociopolíticas, por modos de sociabilidad e incluso por configuraciones rituales vinculados con el mundo de “lo sagrado” y “lo trascendente”, aunque sus respectivos alcances no siempre son fácilmente discernibles. Así, además de los componentes propiamente económicos, las esferas de interacción eran asuntos que incluían –de manera diversa, abigarrada y compleja– aspectos políticos, ceremoniales e ideológicos, dando por resultado un trasvase de productos, acciones, referencias, imágenes, símbolos y concreciones materiales¹²⁰.

Con este fin, será preciso admitir, como han puesto de manifiesto algunas líneas recientes de estudio de la historia antigua, que el hecho de que ciertos pueblos no hayan desenvuelto, o no hayan conservado, prácticas políticas coercitivas y/o instituciones centralizadas, no se debió a una falla en su proceso evolutivo, sino a la presencia de una lógica de organización sociopolítica que impide –o rechaza– la emergencia de una práctica asociada a la estatalidad. A su vez, combinando perspectivas de la historia y la antropología para desentrañar las complejas dinámicas de estas sociedades, se ha subrayado que las monarquías (esto es, formas estatales sumamente jerarquizadas y presididas por un rey o emperador) difícilmente agotan las formas de liderazgo político existentes en el mundo antiguo. Por el contrario, han existido otro tipo de formaciones sociopolíticas que, basadas en otras lógicas sociales, ocupaban un espacio de singular relevancia (con anterioridad a la aparición de los Estados, pero también conviviendo con éstos de manera subordinada o independiente): se trataba, por un lado, de formas de “jefatura” relacionadas con el predominio del parentesco como lógica de organización social, o, por el otro, de aquellas asociadas a las dinámicas de “patronazgo”, que expresan otro tipo de vínculos políticos que tal vez se identifican de modo más tenues pero que son igualmente relevantes para comprender las múltiples modalidades de lo social en aquel mundo antiguo¹²¹.

¹²⁰ El estudio de las formas que presenta el intercambio se encuadra dentro de la polémica más amplia entre los especialistas sobre la interpretación de las economías antiguas y los debates entre posiciones *sustantivistas* y *formalistas* respecto de las características de las denominadas “economías arcaicas” o “economías preindustriales”. Sobre esta problemática, *cfr.* LIVERANI, *Antiguo Oriente, cit.*, pp. 53-56; MARC VAN DE MIEROOP, “Economic Theories and the Ancient Near East”, en Robert Rollinger, Christoph Ulf y Kordula Schnegg (eds.), *Commerce and Monetary Systems in the Ancient World. Means of Transmission and Cultural Interaction*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2004; MARÍA EUGENIA AUBET, *op. cit.*, pp. 31-55; JUAN CARLOS MORENO GARCÍA (ed.), *Dynamics of Production in the Ancient Near East 1300-500 B.C.*, Oxford, Oxbow, 2016.

¹²¹ *Cfr.* MARCELO CAMPAGNO, “Tres modos de existencia política: jefatura, patronazgo y Estado”, en Marcelo Campagno (ed.), *Parentesco, patronazgo y Estado en las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2009.

En igual sentido, el terreno empírico muestra que estos grupos no estatales del Próximo Oriente antiguo se caracterizaron por su aptitud para vincularse con los centros urbanos y estatales y permanecer independientes de éstos, de confederarse en coaliciones mayores con autoridades no centralizadas según las circunstancias y de blandir estrategias que les posibilitaban disminuir, anular o –inclusive– impedir la acumulación de poder. En el mismo sentido, las últimas interpretaciones sobre las relaciones sociopolíticas entre los grandes Estados próximo-orientales y las sociedades de sus periferias dejan entrever que la pluralidad de sistemas sociopolíticos se encuentra, además, estrechamente relacionada con la existencia de concepciones políticas particulares y con las complejas ontologías locales¹²².

En íntima relación con este último aspecto, es preciso insistir en no olvidar que cuando hablamos de las sociedades antiguo-orientales lo hacemos desde nuestra experiencia histórica o desde nuestra visión científica y positivista del mundo, sin darnos cuenta que de ese modo definimos el todo desde una pequeña parte o contemplamos un universo de discurso desde otro que le es ajeno. En consecuencia, resultará importante no sólo entender la escisión entre dimensiones (tal como sucede en nuestra realidad contemporánea) es acertada sólo en términos analíticos cuando el objetivo pase por comprender formaciones sociales en las que ni la ideología, ni la política, ni la economía constituían ámbitos discernibles. Lo expresado nos lleva, inevitablemente, al problema de los conceptos que resultan pertinentes o no lo suficientemente adecuados para interpretar las distintas relaciones sociales que guardan una lógica propia y singular en el contexto sociocultural concreto de cada una de las sociedades antiguas próximo-orientales. Todos y cada uno de esos fenómenos históricos que caracterizan a las mismas plantean una serie de desafíos intelectuales de primera magnitud pues no sólo involucran debates historiográficos, sino que además requieren extremar la precisión de las categorías de análisis utilizadas y recurrir a los desarrollos de otros campos disciplinares (como la antropología, la sociología, la filosofía política, la economía, el análisis del discurso y/o de las imágenes). Es muy importante que al adentrarnos en las distintas experiencias históricas de dichas poblaciones sepamos asimismo la relevancia de no caer en fáciles anacronismos, tanto aquellos que resultan de extrapolar categorías conceptuales de un desarrollo histórico particular de Occidente posterior a la antigüedad o bien de aplicar conceptos que rigen nuestro universo discursivo y nuestra experiencia sociohistórica a la hora de traducir y explicar estos fenómenos tan “diferentes” (ese tropiezo que Wenceslao Roses

¹²² Cfr. EMANUEL PFOH, *Syria-Palestine in the Late Bronze Age: An Anthropology of Politics and Power*, Londres, Routledge, 2016; EMANUEL PFOH y THOMAS L. THOMPSON, “Patronage and the Political Anthropology of Ancient Palestine in the Bronze and Iron Ages”, en: *A New Critical Approach to the History of Palestine: Palestine History and Heritage Project 1*, Londres, Routledge, 2019.

denominó alguna vez el “vicio del modernismo”¹²³), dos tendencias bastante comunes dentro de los estudios de historia antigua.

Dicha premisa obliga a efectuar una lectura crítica de las obras de distintos investigadores, incluso de reputados egiptólogos y orientalistas, en las que solemos observar emplear, de forma abusiva y sin ningún tipo de recaudo, palabras como “absolutismo”, “feudalismo”, “vasallaje”, “mercado”, “mercaderes”, “burguesía”, “propiedad privada”, “espacio público”, “espacio privado”, “código jurídico”, entre otras. Como contraparte, será necesario “calibrar” los distintos conceptos empleados en función de cada situación histórica y resignificarlos como una constelación de herramientas conceptuales que contribuya, de acuerdo a G. de Ste. Croix, a renunciar “... a todo deseo de realizar un cuadro orgánico de una sociedad histórica, iluminando por toda perspectiva de la que hoy día podemos disponer” y no nos conformemos simplemente con “reproducir de la manera más fiel posible algún rasgo en particular o algún aspecto de dicha sociedad, estrictamente en sus términos originales”¹²⁴. Un ejemplo de esta opción son los esfuerzos teóricos dirigidos a precisar los conceptos de “Estado”, “ciudad-Estado”, “Estados regionales” e “Imperios” al momento de indagar las diversas entidades sociopolíticas que si bien tienen en común ciertos caracteres, la lógica de su organización y funcionamiento parece diferir en magnitud e incidencia¹²⁵. En igual sentido deben leerse las distintas pesquisas histórico-arqueológicas que emplean las categorías de “centro-periferia” y “sistema-mundo” –acuñadas por Inmanuel Wallerstein–, con los debidos ajustes terminológicos a las condiciones históricas y culturales específicas, en el análisis de las esferas de interacción y vínculos intersociales del Próximo Oriente antiguo¹²⁶.

Y finalmente, entendemos que es preciso reivindicar la centralidad del estudio de la historia antigua del Cercano Oriente como un camino para reivindicar la centralidad del mundo afroasiático en la historia y cultura universal, una importancia que ha quedado parcialmente relegada no sólo por el relato que ha hecho la historiografía occidental al asociar el pasado de dicho macro-región con una época esplendorosa (durante la cual los territorios actuales de Egipto, Irak, Siria, Jordania y el Levante palestino constituyeron importantes puntos de referencia, encrucijada e intercambio) y su presente con las ideas de decadencia, de banalidad o lujo estéril y de conflictividad permanente. A esta última imagen ha contribuido, sin duda, la

¹²³ WENCESLAO ROSES, *Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua*, México, UNAM, 1987, p. 17.

¹²⁴ G. M. D. DE STE. CROIX, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona, Crítica, 1988, p. 102.

¹²⁵ Cfr. CRISTINA DI BENNARDIS, “La centralización del poder político y el Estado en las sociedades antiguo-orientales: reflexiones sobre teorías e interpretaciones”, en Cristina Di Bennardis, Iannir Milevski y Eleonora Ravenna (eds.), *Diversidad de formaciones políticas en Mesopotamia y el Cercano Oriente. Organización interna y relaciones interregionales en la Edad del Bronce*, Barcelona, Institut del Pròxim Orient Antic, Universitat de Barcelona.

¹²⁶ Cfr. MICHAEL ROWLANDS, MOGENS LARSEN y KRISTIAN KRISTIANSEN (eds.), *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; MARÍA EUGENIA AUBET, *op. cit.*, pp. 77-90; CRISTINA DI BENNARDIS, FRANCO D'AGOSTINO, JORGE SILVA CASTILLO e IANNIR MILEVSKI, “Relaciones centro urbano-periferia en la Mesopotamia Antigua y Zonas Contiguas del Cercano Oriente”, en: *Rivista degli Studi Orientali* 83 (1-4), 2010, pp. 10-29.

historia más reciente de esas zonas, famosas desgraciadamente por haberse convertido en una zona tremendamente castigada por todo tipo de conflictos (políticos, sociales, religiosos y lingüísticos) que, por cierto, se debe muchas veces a la intromisión de grandes potencias occidentales con intereses políticos y económicos en el tablero político local y que en todo ignoran el milenar valor histórico y cultural de esos territorios y sus sociedades. Ciertamente, la secuela de guerras, muertes y violencia que han venido sufriendo países como Irak, Egipto, Siria y otros de Medio Oriente ha suscitado –y suscita– numerosos debates y polémicas, pero nosotros quisiéramos concentrar la mirada en una problemática puntual derivada de situaciones que han ocupado el centro de la escena política internacional: el impacto negativo de tales conflictos sobre el patrimonio arqueológico y cultural y sus efectos sobre las posibilidades de reconstrucción histórica a partir de los distintos materiales conservados. Nos interesa abordar esta cuestión porque si bien en las últimas décadas se observa un aumento de la información sobre la significación histórica que tienen los bienes culturales del pasado, asistimos paradójicamente a la destrucción de los mismos o, más bien, de los mecanismos sociales y soportes materiales que vinculan la experiencia contemporánea de las personas con la de las generaciones anteriores, tendencia que Eric Hobsbawm no dudó en catalogar como "... uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX"¹²⁷. Y entendemos que ello se debe a que la preservación patrimonial no es una política universal, sino que, como cualquier otra práctica social, cobra sentido dentro de concepciones culturales particulares acerca del valor del pasado.

Aunque la mayoría de los medios de comunicación ha focalizado su atención más en la cobertura y condena de las acciones de apropiación, vandalismo y destrucción de diversos bienes culturales, la crisis humanitaria hace parecer menos significativo el daño que los cañones, los bombardeos y los saqueadores han hecho a los objetos materiales frente a los sufrimientos y las pérdidas humanas. Desde ya que las vidas humanas siempre serán más importantes que cualquier artefacto, tal es nuestra posición y la queremos dejar en claro; pero a la vez deseamos plantear el interrogante de por qué no interesaron esas mismas vidas antes de las invasiones, masacres y genocidios. Sin embargo, tampoco deja de ser cierto que esas acciones atentan paralelamente a las vidas humanas y a todos los productos del pensamiento que, en rigor de verdad, conforman el invaluable patrimonio cultural de tales pueblos. Como quedó demostrado desde el incendio de la biblioteca de Alejandría, la guerra no solo acaba con la vida de las personas, sino también con el conocimiento que pertenece a toda la humanidad. El saqueo de sitios arqueológicos, los robos de piezas de museos, la mutilación de estatuas, la destrucción de archivos, bibliotecas y otros reservorios documentales, los *grafiti* en las paredes

¹²⁷ ERIC J. HOBSBAWM, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 2001 [1994], p. 13.

de edificios considerados monumentos históricos, entre otras actitudes, forman parte de los desafíos a los que se encontraron -y encuentran- expuesto los bienes patrimoniales. En el fondo de dichas prácticas existe un común denominador: de acuerdo con las circunstancias sociohistóricas e ideológicas del momento que se vive, cada grupo humano asigna un valor determinado a los objetos. En efecto, la atribución de algún tipo de connotación particular – positiva o negativa– es preponderante para la fundamentación de las prácticas que resguardan o amenazan los referentes culturales que resultan más significativos de una comunidad para la construcción de su identidad y la validación de la memoria de un pasado común, elementos siempre cambiantes, dinámicos y adaptables a los acontecimientos históricos contemporáneos.

Aunque no existe un consenso total acerca de la cantidad de piezas extraviadas o mutiladas, pero seguramente se trata de varios miles, haciendo que la pérdida patrimonial sea muy importante; la misma ha sido una mezcla de robo de arte profesional, motín popular y *vendettas* ideológico-religiosas, aunque no está todo dicho e materia de las causas motoras. Pero no es difícil admitir que para ciertas personas esos elementos pueden resultar un gran negocio, en la medida en que aún hoy el mercado negro de objetos arqueológicos es el tercero en volumen de negocios -después del tráfico de armas y drogas- produce el enriquecimiento ilícito de muchos comerciantes y gran parte de los materiales con que trafican están destinados al turismo, a los salones de subastas de "antigüedades" y en particular a coleccionistas privados para quienes, además de una buena inversión, es un signo de distinción coleccionar y exhibir el botín de los despojos; mientras que para otras personas tales bienes constituyen una ofensa o bien un grave peligro para determinadas creencias, en tanto representan un conjunto de ideas que entran en tensión con un ideología considerada como la única y válida. Sin embargo, distanciándonos de cualquier presupuesto de cuño etnocéntrico que postula una única manera de aproximarse al pasado¹²⁸, no puede negarse que para determinadas sociedades, entre las que se encuentra la nuestra, los objetos saqueados y/o destruidos son considerados testimonios del pasado, obras

¹²⁸ No es nuestra pretensión aquí adoptar una actitud que pudiera corresponderse a una sensación de perplejidad y de absoluto rechazo hacia la apropiación y destrucción de testimonios del pasado amparada en un discurso que opone un Occidente sensible y culto versus un Oriente fundamentalista y brutal. Antes bien, otra serie de factores pueden evocarse para explicar los saqueos, robos y destrucciones. Tales actitudes pueden deberse, como ha postulado cierta tesis, a la existencia en el mundo contemporáneo de modos de relación con el pasado que no requieren de una colección de objetos materiales para entrar en contacto con él. Al respecto, *cfr.* MARCELO CAMPAGNO, "¿El pasado de quién? Notas sobre las relaciones pasado-presente y Oriente-Occidente", en: *Relaciones Internacionales* 32, 2007, pp. 1-14. Pero también pueden explicarse como respuestas de una población que padece las condiciones derivadas de una sociedad quebrada por numerosas adversidades, desigualdades y otras tensiones que, impuestas desde otro lugar y aprovechadas impunemente por ciertos sectores, están latentes como un riesgo que detona el conflicto ante cualquier "oportunidad". En efecto, las invasiones, derrumbe de gobiernos guerras civiles crearon, en los diferentes países, una situación imposible de controlar: se contrabandearon antigüedades a cambio de comida y bienes de primera necesidad, y aquéllas llegaron rápidamente a las manos de los coleccionistas privados y también a las galerías de los grandes museos del mundo, los cuales pretenden -amparados en cierta versión de la historia y del rol de Occidente en ella- "educar" con su ejemplo. Sobre esta tesis, *cfr.* EMANUEL PFOH, "Notas sobre el saqueo de antigüedades en Irak y la memoria de Occidente", en: *Relaciones Internacionales* 32, 2007, pp. 1-10.

de arte u artefactos que dan cuenta de la historia de la humanidad, que merecen ser valorados, conservados y estudiados y, por ello, constituyen pérdidas irreparables. Quien excava clandestinamente, saquea, roba o destruye documentos, obras de arte y piezas arqueológicas comete un delito, no sólo en el sentido de un acto que atenta contra la propiedad. Es también un crimen que daña de modo irrecuperable la memoria histórica que esos mismos objetos portan en sus coordenadas de espacio-tiempo y en relación con otros testimonios; gracias a ellos se escribe y transmite la historia.

Si todo este drama deja una enseñanza, ésta es que los conflictos no sólo destruyeron una cantidad aún no estimada de vidas humanas, sino también de vidas vividas en un pasado remoto. Como indica Cristina Di Bennardis, es importante tener presente que

Vidas y restos arqueológicos pueden parecer dos cuestiones cualitativamente distintas, pero no lo son: las vasijas, los monumentos, las tablillas, los restos óseos, son vida materializada. Interrogando esas vidas pasadas encontraremos el hilo conductor hasta el presente. Su eliminación no es la mera supresión de artefactos, sino la del interlocutor, el mediador, con esos hombres y mujeres que lo fabricaron, los intercambiaron, los usaron, a quien puedo 'interrogar' para entender aunque sea en parte, el proceso histórico que culmina en nuestros días. El objeto no responde de modo directo, pero sí da una respuesta sobre esas vidas vividas cuando puedo reconstruir la mayor cantidad de las evidencias que se arman como un rompecabezas que cobra sentido¹²⁹.

En efecto, otros muchos hombres y mujeres del pasado, que habían dejado el secreto de sus acciones escrito en papiros, tallado en el barro y las piedras o impreso en los edificios, han sido condenados a una segunda y definitiva muerte con la destrucción de esas piezas arqueológicas. A pesar de que pueda parecer algo insignificante, cada material destruido es una voz acallada, una historia silenciada. Por este motivo, en tiempos en los que los conflictos del mundo afroasiático se han impuesto en escena política internacional, es innegable que el conocimiento de la historia de las sociedades del Cercano Oriente antiguo y de la riqueza de su producción cultural puede ser un potencial camino para concientizar sobre el irrenunciable valor del patrimonio como referente histórico significativo para construir la historia de la humanidad y la identidad de un pueblo. Sobre esta última cuestión, Mario Liverani indicó que “además de la ya creciente conciencia ecológica, precisamos también de una conciencia histórica todavía ausente con el objetivo de evitar errores irreparables en las decisiones políticas y económicas que afectan a todo el mundo y a su supervivencia”¹³⁰. De ese modo, la significación de los estudios históricos sobre el Cercano Oriente pueden legítimamente engarzarse con la

¹²⁹ CRISTINA DI BENNARDIS, "La vivencia de la diversidad en las sociedades antiguas. Estado y comunidades: imposición y resistencia. Mesopotamia entre el III y II milenios a. C.", en Ana Esther Koldorf (comp.), *Multiculturalismo y diversidad. Un debate actual*, Rosario, Prohistoria, 2010, p. 18. Los destacados pertenecen a la autora.

¹³⁰ MARIO LIVERANI, "Ancient Near Eastern History...", cit., p. 9. La traducción nos pertenece.

necesidad contemporánea por generar políticas culturales atentas a democratizar el pasado colectivo y a promover la participación de las comunidades en la gestión de los distintos artefactos correspondientes a su herencia cultural, incentivando que sus integrantes se involucren de forma activa, opinando y tomando decisiones por sí mismos acerca de qué hacer con los bienes patrimoniales, cómo protegerlos, mantenerlos y usarlos.

Ahora bien, para poder hacer válida esta serie de diferentes motivos acerca de la importancia del conocimiento de la historia antigua próximo-oriental resultará preciso que, ante todo, partamos de una clave hermenéutica que esté estrechamente vinculada con los requerimientos actuales de la historiografía profesional, lo que –según nosotros– implica la redefinición del objeto de estudio, la incorporación de herramientas teóricas y metodológicas distintas, en muchos casos provenientes de otras ciencias sociales (antropología, arqueología, sociología, economía, filosofía política, semiótica), y el uso de una multiplicidad de fuentes de información (documentos, restos arqueológicos, imágenes, datos etnográficos, etc.). Pero también de una práctica historiográfica que sea lo suficientemente ontológica como para permitir el reconocimiento e interpretación de los patrones culturales a través de los cuales los distintos grupos humanos han organizado su existencia e interactuado; y lo suficientemente sugerente como para suministrar un tipo de horizonte ético que posibilite alentar que en las sociedades actuales se mantenga la diversidad cultural existente en un marco de respeto y reconocimiento del pluralismo. Una dirección epistemológica capaz de sostener ambos objetivos proviene de una perspectiva intercultural de la historia¹³¹ que parta del principio de que las sociedades pasadas constituyen *per se* una “forma de alteridad” que debe ser estudiada y reconstruida en su diferencia y especificidad temporal, espacial y cultural¹³². Son estas premisas y proposiciones las que, en definitiva, permiten sostener que la historia antigua oriental constituye un saber que además de colocar a cualquier persona frente a “otras” realidades socioculturales del pasado, también brinda la posibilidad de expandir sus horizontes de interlocución cultural en el presente.

REFLEXIONES FINALES

Vivimos en una época en la cual los campos de la ciencia y de la tecnología parecieran estar dominados por una tendencia alejada de los cánones más elementales de una metodología científica y más bien cercana a una lógica de mercado (investigación a corto plazo, utilización eficiente de recursos, resultados inmediatos y aplicación directa), fijando una agenda que

¹³¹ Cfr. XAVIER RODRÍGUEZ LEDESMA, *Una historia desde y para la interculturalidad*, México D. F., Universidad Pedagógica Nacional, 2008.

¹³² Acaso sobre este principio, Michel de Certeau subrayó que la totalidad del conocimiento histórico trata precisamente del conocimiento del Otro. Cfr. MICHEL DE CERTEAU, *La Escritura de la Historia*, Lomas de Santa Fe, Universidad Iberoamericana, 1993 [1978], p. 16.

determina cuáles son temas que deben ser priorizados, las teorías a ser utilizadas, las hipótesis a ser trabajadas, las técnicas a ser implementadas, qué estilo y el lenguaje aplicar y sobre todo cuáles son los resultados aceptables. Visto desde esta premisa resultante del influjo del pensamiento neoliberal, ciertas áreas del conocimiento son consideradas como “válidas” y “prioritarias” por tener un impacto relevante en el desarrollo socioeconómico y el avance técnico-científico, mientras que otras son tenidas por “superfluas” e “innecesarias” y desechadas rápidamente –como si fueran el diario de ayer– por no incidir de la misma manera. No sorprende, por tanto, que los conocimientos producidos por las ciencias sociales y humanísticas, entre los que se encuentran aquellos vinculados con la historia, traigan las de perder en ese contexto ideológico. Entonces, ¿por qué deberíamos invertir tiempo y energía en estudiar lo que lo sucedió en la historia –y, en particular, en la historia antigua próximo-oriental– cuando vivimos en sociedades apremiadas por abandonar el pasado (como si fuera algo superado, rechazado o inefectivo) y resolver los problemas del presente que nos impiden avanzar hacia el futuro? ¿por qué deberíamos estudiar un período histórico tan acotado que sólo sirve para el entretenimiento y placer de unos pocos?

Cuando se sostiene la supuesta superficialidad de los estudios de historia antigua en el medio local, lo que en el fondo se está proponiendo –o, incluso, legitimando– con este tipo de planteos pseudoacadémicos es la existencia de una división entre centros y periferias en el plano académico-científico internacional. Sin embargo, los historiadores argentinos –y latinoamericanos en general– debemos cuestionar sin duda los discursos socialmente aceptados en nuestras culturas científicas, en particular aquellos que postulan que esos territorios historiográficos no responden a los intereses “nacionales” o que los mismos están lejos de la realidad y las necesidades del presente. Debemos dejar de concebir las distintas experiencias histórico-culturales no americanas como patrimonio exclusivo de ciertos sectores académicos de Occidente y de auto-excluirnos del estudio y la investigación de ese período histórico. Sustentar esta postura no implica regatear el derecho de interpretar la historia a los centros académicos estadounidenses y europeos, pero sí defender la universalidad del conocimiento proclamar y proclamar que los argentinos tenemos también derecho al acceso y la producción de ese conocimiento, igual que el derecho que pueden tener los habitantes de cualquier nación del planeta. El mismo Jorge Luis Borges no pudo haberlo expresado mejor al indicar, con esa prosa audaz e irónica que lo caracterizaba, que ciertos grupos intelectuales del país “...simulan venerar las capacidades de la mente argentina” pero la limitan a tratar “algunos pobres temas locales, como si los argentinos sólo pudiéramos hablar de orillas y estancias y no

del universo”, ocultando que somos capaces de “manejar todos los temas sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas”¹³³.

Y como el derecho al conocimiento histórico debe ser al mismo tiempo derecho a practicar la interpretación histórica, para poder entender cuáles podrían ser las aportaciones de la historia del Cercano Oriente antiguo es preciso que nos desembaracemos de las dicotomías y prejuicios que afectan negativamente este subcampo (debido a la adscripción de buena parte de sus cultores a posiciones historiográficas anacrónicas) y pensemos otra serie de directrices conceptuales –otras *metáforas*– para fundamentar la relevancia del estudio e investigación de tal etapa histórica, un problema que no ha sido lo suficientemente identificado y trabajado dentro del propio ámbito de la historiografía antigua. Este trabajo ha sido un intento por abordar esta cuestión, en el cual –sin pretender dar una respuesta definitiva a la cuestión– propusimos más bien algunos argumentos y reflexiones que pueden ser pensados como una primera vía de acceso a una problemática bastante esquivada entre los historiadores dedicados a este período de la historia de la humanidad. Argumentos y reflexiones que sostienen la necesidad de afianzar una perspectiva hermenéutica intercultural que nos ayude a repensar nuestros modos de relación con comunidades humanas con “otras” pautas culturales, incluyendo no sólo a las sociedades del pasado sino también a aquellas del presente. Sin embargo, advertimos que el estudio histórico de sociedades tan distantes de la propia –en términos espaciales, temporales y culturales– demanda una operación historiográfica compleja que soporta tres procesos fundamentales y complementarios: en primer lugar, al tomar en cuenta las múltiples circunstancias históricas que promueven la organización y desarrollo de la vida en comunidades dotadas de un profundo sentido de identidad, destacar la naturaleza profundamente social de los seres humanos; en segundo lugar, advertir los diversos elementos socioculturales que –desde los tiempos más remotos– contribuyeron a soldar los lazos sociales, nos lleva a percibir la regularidad y diversidad de los procesos históricos y nos hace percatarnos de los rasgos generales y singulares que los caracterizan; y en tercer lugar, al entender que la historia no es solo una simple sucesión de hechos, sino el producto de una construcción colectiva, de esfuerzos individuales y grupales, nos volvemos conscientes de que todos tenemos una responsabilidad –personal y social– con lo que suceda en la sociedad en la que vivimos.

Fue preciso, entonces, partir de una definición del Cercano Oriente como una entidad global –*conceptual* antes que histórica o geográfica– en la que una amplia diversidad de formaciones sociales se nos aparece como una especie de “laboratorio histórico” que, desde un pensamiento histórico situado, permitían demostrar las invariantes de la conducta humana a través de los

¹³³ JORGE LUIS BORGES, “El escritor argentino y la tradición”, en: *Discusión*, Buenos Aires, Emecé, 1986, p. 271

siglos sin dejar de ubicarnos en las coordenadas espacio-temporales de los actores o fenómenos estudiados. Siguiendo esta línea, afirmamos que estudiar la historia de las sociedades próximo-orientales es absolutamente necesario para entender nuestra propia época. Esto se debe a que hace varios milenios, en el Próximo Oriente, fueron macerándose los cimientos de la humanidad, los legados políticos, sociales, tecnológicos, artísticos e ideológicos sin los cuales el mundo contemporáneo no puede llegar a ser comprendido en su integridad y complejidad. Los poblados, las ciudades, los Estados, los impuestos, los sistemas de escritura, las redes de comercio, los tratados diplomáticos, así como un conjunto variopinto de instituciones, objetos y costumbres existentes en nuestras vidas tuvieron, en efecto, su temprana génesis a orillas de varios ríos que actualmente continúan fluyendo –si bien mucho más contaminados–, y en el marco de sociedades sumamente diversas y complejas, cuyas culturas, lejos de ser estáticas e inmutables, no estaban exentas de cambios ni eran herméticas a los contactos e influencias del mundo exterior. Comprobar que en aquella lejana región ya existían elementos y procesos fácilmente reconocibles hoy en día nos permite advertir que el mundo tal cual lo conocemos comenzó a gestarse hace más de cinco mil años. En virtud de ello, señalamos que al formar parte de la gran corriente de la historia humana, de un proceso que se inició hace miles de años, resulta imposible no sentirse identificados con las distintas experiencias de aquellos varones y mujeres del pasado cuando descubrimos que debieron enfrentar los mismos problemas sociopolíticos, económicos y filosóficos que siguen aquejándonos en tanto miembros de la misma especie. Al mismo tiempo, recordamos que dichos problemas existenciales indujeron a esas antiguas comunidades a buscar respuestas que se materializaron en modalidades de organización que presentaron configuraciones concretas y específicas, resultado de su inscripción en “otras” lógicas culturales.

Si somos capaces de redefinir y acompasar nuestras visiones históricas del Próximo Oriente antiguo a los tiempos historiográficos que corren, descartando perspectivas teóricas tradicionales aún lo suficientemente fuertes como para sobrevivir no sólo en la cultura académica sino también en el propio sentido común, seremos capaces de transformar decididamente los modos de describir y analizar culturas del pasado que nunca fueron estáticas, homogéneas, primitivas o cerradas sobre sí mismas, sino sociedades plurales y en movimiento. No dejarse llevar por una lectura etnocéntrica del pasado y concebir a los pueblos de la antigüedad como “otras” experiencias socioculturales son dos actitudes claves para poder replantear las narrativas históricas canonizadas y repensarlas a la luz de los nuevos paradigmas. Haciendo esto dispondremos de muchos más elementos no sólo para esgrimir definiciones no etnocéntricas del pasado oriental preclásico, sino también para interrogar el mundo en que vivimos y contraponerse a cualquier tipo de actitudes neutralizadoras, represoras y descalificadoras de todo modo alterno de concebir la existencia humana. Desde

esa perspectiva, sugerimos que estudiar la historia de las antiguas culturas próximo-orientales tiene la potencialidad de hacernos personas menos dogmáticas y más reflexivas sobre la realidad que nos rodea, capaces de sospechar de la supuesta racionalidad de tantos lugares comunes, de batallar contra falsedades involuntarias o deliberadas sobre la supuesta inevitabilidad de una sociedad fundada en principios neoliberales (tales como el individualismo, la competencia y la acumulación) y de cuestionar las distintas prácticas que amenazan con reducirnos a una pieza más en el engranaje del sistema. Al sostener esto, no sólo estamos planteando la urgencia de criticar un "sistema-mundo" diseñado a partir de la ideología del mercado, sino también la necesidad de poner en práctica una verdadera ética intercultural que ponga a disposición evidencias que nos ayuden a entender y valorar formas de vida que nos resultan extrañas, tanto del mundo antiguo como en el contexto actual de un mundo globalizado. Por ello, insistimos que un mejor conocimiento de los procesos históricos del antiguo Cercano Oriente puede aportarnos herramientas para poder relacionarnos con el "otro", el "diferente", no ya como un inferior, carente e ignorante, sino como otro sujeto social que ha sintetizado la cultura desde un lugar particular y desde una mirada particular.

Pese a esa enorme y significativa renovación académica que ha alcanzado hoy en día el campo de la historia antigua oriental luego de haber discutido las perspectivas otrora hegemónicas, no podemos afirmar que fueron abandonadas totalmente. Lejos de desvanecerse con el correr del tiempo, persisten algunos de sus efectos en la opinión pública y en los medios de comunicación social. En estos últimos, por ejemplo, la difusión mediática del Orientalismo Antiguo a través de una oferta de programas de radio y/o televisión destinados a un público masivo suelen ofrecer perspectivas muy superficiales que promueven la imagen de Egipto y Próximo Oriente como civilizaciones únicas y "excepcionales", transmisoras de un importante legado cultural, diferentes de otras sociedades del mundo antiguo, o que develan los lados menos conocidos, acaso oscuros y misteriosos sobre ciertos episodios y personajes de ese mundo. Ello ocurre como consecuencia de la intervención de investigadores con limitada o nula formación en historia antigua o de ciertos especialistas convocados para brindar conocimientos publicitados como novedosos y superadores, aunque reglados por estrategias de mercadotecnia y publicidad antes que por criterios académicos y científicos. El sistema educacional favorece de igual modo la reproducción de este tipo de miradas sobre las sociedades del antiguo Oriente de modo inconsciente y casi por inercia, tomándolas como cuestiones de simple tecnicismo académico y naturalizando su influencia en las interpretaciones del mundo histórico. Es bastante común que dichos prejuicios historiográficos continúen estando presentes como los fundamentos epistemológicos a los que se apela en algunos manuales de enseñanza media y en ciertos planes de estudio cuando se trata de justificar el estudio de los procesos históricos que tuvieron lugar en aquellas

coordinadas espacio-temporales. Frente a estos escenarios, será preciso que los futuros profesores y licenciados en Historia, quien muy posiblemente deberán lidiar con actitudes de subvaloración hacia la historia antigua oriental –y la disciplina histórica en general– y con realidades de llamativa diversidad sociocultural en sus labores, adquieran la capacidad de deconstruir las formas hegemónicas de discurso, apliquen de manera novedosa enfoques provenientes de las ciencias sociales y ofrezcan visiones alternativas a la predominante.

Solo nos resta señalar una cuestión. Como habrá notado el lector, muchas de esas reflexiones contienen elementos aplicables y válidos para repensar otros períodos históricos e, inclusive, para toda la historia en su conjunto. Y esto es así puesto que, independientemente de las sociedades y culturas del pasado que son objeto de estudio, es innegable que la reflexión en clave histórica además de enriquecer las interpretaciones sobre el pasado, también ofrece procedimientos que contribuyen a interrogar las miradas sobre la vida en común del presente. En efecto, tal como planteó ya hace un tiempo Josep Fontana, la historia es una herramienta intelectual que permite a los seres humanos “situar el presente en el centro de sus preocupaciones” y ayudar a las nuevas generaciones a mantener viva “la capacidad de razonar, preguntar y criticar para cambiar el presente y construir un futuro mejor”¹³⁴. Y constituir una conciencia abierta a la posibilidad de construir un mundo más justo y solidario es una tarea a la que, ciertamente, puede contribuir el estudio de la historia del Cercano Oriente antiguo.

¹³⁴ Cfr. JOSEP FONTANA, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, 1992, p. 144.

EL TRATAMIENTO DEL SURGIMIENTO DEL ESTADO EN LOS LIBROS DE TEXTOS DEL NIVEL SECUNDARIO

Judith D. del Valle Bazán

Judith_b24@hotmail.com

Departamento Historia, Facultad de Humanidades, UNCa.

Walter N. Herrera

wherrera13@hotmail.com

Departamento Historia, Facultad de Humanidades, UNCa.

RESUMEN

En el presente trabajo pretendemos indagar la manera mediante la cual los textos escolares pertenecientes al espacio curricular Historia, impartido en el primer año de la Escuela Secundaria Obligatoria en la provincia de Catamarca, abordan el estudio del surgimiento de los primeros Estados de la Antigüedad, concretamente en este caso, el de los situados en el Antiguo Cercano Oriente –Egipto y Mesopotamia-. Para lograr nuestro objetivo analizaremos dos libros de Historia -que se utilizan en la escuela secundaria-, cuyo criterio en la selección de los mismos se fundamenta en que aparecen sugeridos en los Diseños Curriculares elaborados por el Ministerio de Educación de la provincia de Catamarca, para finalmente concluir con una nueva propuesta de abordaje que tenga en cuenta una perspectiva no evolucionista en el tratamiento de la aparición del Estado en las sociedades antiguas. Con el fin de colaborar en la necesidad de una articulación entre lo que se estudia en el ámbito académico y lo que se enseña en el ámbito escolar, planteamos que el abordaje del surgimiento de los estados primarios, a partir de una mirada alejada del evolucionismo como la que efectúa Campagno, es una opción válida a la hora de tratar dicha temática en las escuelas de nivel secundario de la provincia.

Palabras clave: Antigüedad- Estado- Textos nivel secundario

SUMMARY

In the present work we intend to investigate the way in which the textbooks belonging to the curriculum space History, taught in the first year of the Compulsory Secondary School in the province of Catamarca, address the study of the emergence of the first States of Antiquity, specifically in this case, that of those located in the Ancient Near East -Egypt and Mesopotamia. To achieve our goal, we will analyze two History books -which are used in secondary school-, whose criteria in the selection of these are based on the fact that they are suggested in the Curricular Designs prepared by the Ministry of Education of the province of Catamarca. finally conclude with a new proposal of approach that takes into account a non-evolutionary

perspective in the treatment of the appearance of the State in ancient societies. In order to collaborate in the need of an articulation between what is studied in the academic field and what is taught in the school environment, we propose that the approach of the emergence of the primary states from a distant view of the evolutionism that makes Campagno, is a valid option when dealing with this subject in secondary schools in the province.

Keywords: Antiquity- State- Texts Secondary School

INTRODUCCIÓN

Para iniciar nuestro trabajo estimamos conveniente explicar algunas cuestiones referentes a las características de la Educación Secundaria en la provincia de Catamarca, Este nivel educativo tiene una duración de seis años, los tres primeros pertenecientes al Ciclo Básico, espacio común a todas las orientaciones, y los tres restantes al Orientado. Es durante el primer año del Básico cuando los jóvenes tienen en su curricula el espacio perteneciente a Historia, al que le corresponden tres horas cátedras semanales. Allí está previsto que se aborde el estudio desde el origen del hombre hasta el fin de la Edad Media, incluyendo la indagación sobre lo que refiere a la ciencia histórica, las fuentes, el tiempo en la Historia, entre otros aspectos propedéuticos de la materia.

En los diseños curriculares correspondientes al Ciclo Básico elaborados por el Ministerio de Educación provincial se indica que la propuesta en Historia estará centrada en el abordaje temático referido a "Las sociedades a través del tiempo, surgimiento de las ciudades, división del trabajo y orígenes del Estado como forma de organización"¹³⁵, propuesta que más allá de justificar nuestra labor a llevar adelante en la presente investigación, evidencia un interés por iniciar a los jóvenes en el conocimiento de las sociedades antiguas y su desarrollo. Lamentablemente, este interés no se ve reflejado en el listado de material bibliográfico sugerido en los Contenidos Curriculares para docentes y alumnos. En lo que respecta a los docentes, sobre un universo de treinta y dos obras consignadas, ninguna de ellas está referida al período correspondiente a la Edad Antigua¹³⁶. En el apartado destinado a los alumnos la situación tiende a ser levemente reparada: allí encontramos que son veintitrés los libros propuestos, pero solo dos de ellos pertenecen a la temática que nos ocupa¹³⁷.

Podemos ver entonces que la enseñanza de la historia Antigua y medieval en el Nivel Secundario ha sido relegada y desfavorecida por las políticas educativas, debido a que la exigua carga horaria correspondiente a la asignatura de Historia no es la adecuada para poder estudiar el extenso lapso temporal que los Diseños Curriculares establecen. Además, a la

¹³⁵ *Diseños Curriculares Educación Secundaria Obligatoria, tomo I Ciclo Básico* (en adelante Diseños Curriculares), disponibles en la página del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Provincia de Catamarca (web.catamarca.edu.ar/sitio), 163.

¹³⁶ Diseños Curriculares, 173-174.

¹³⁷ Diseños Curriculares, 174-175.

dificultad señalada se le agrega que los alumnos llegan al año en el que deben cursar esta materia, con un año menos de edad comparado a como lo hacían anteriormente. Esto se debe a que la reforma en el sistema educativo dispuso que el Nivel Primario tenga una duración de seis años, haciendo que ingrese al Secundario un año antes, lo que incide en la capacidad de asimilar conceptos y procesos que pueden llegar a no ser comprendidos plenamente en la complejidad que implican. Sumado a ello, estos procesos históricos son muy lejanos en el tiempo, en el espacio, lo que obliga al docente a apelar a estrategias que permitan hacer a estas sociedades más cercanas a la cotidianeidad de los alumnos.

Antes de iniciar el análisis de los textos propuestos, es necesario precisar que consideramos válida la utilización del concepto de Estado y su aplicación en situaciones históricas del mundo antiguo debido a que los conceptos que nos permiten historizar, se encuentran en situaciones históricas concretas, pero a su vez se hallan en el plano de la reflexión que las trasciende. Allí radica, tal como sostiene Campagno, “la pertinencia de conceptos generales como el de Estado, más allá de las múltiples especificaciones que puedan acompañarlo para comprender escenarios más acotados”¹³⁸, lo que le permite concluir en que ello es válido en cuanto la definición del concepto se explicita y se lo trata como una herramienta para pensar, que es la perspectiva desde la que realizaremos nuestro estudio.

EL SURGIMIENTO DEL ESTADO SEGÚN TEXTOS DEL NIVEL SECUNDARIO

Como indicamos anteriormente, solo dos libros que tratan acerca de las civilizaciones antiguas se encuentran en la bibliografía sugerida para los alumnos en los diseños curriculares provinciales. Dichos textos serán la base sobre la que efectuaremos nuestro análisis acerca de la manera de abordar y explicar el surgimiento del Estado en el Antiguo Cercano Oriente. El primero de ellos, *Sociedad, espacio, cultura. De la Antigüedad al siglo XV*¹³⁹, es un libro previsto para ser utilizado en los espacios curriculares de Historia y Geografía, razón por la cual está compuesto por catorce capítulos, destinados los seis iniciales, a la primera de las ciencias mencionadas, y los restantes a la segunda. A los fines de la presente investigación, nos remitiremos a la consulta de los capítulos 2 –*Los primeros hombres y las primeras sociedades*- y 3 –*La vida en las primeras sociedades*-.

Antes de iniciar el análisis de este texto es conveniente aclarar que coincidimos con la visión que sostiene que la aparición del Estado introduce dos aspectos novedosos con respecto a la situación anterior, una cuantitativa y otra cualitativa. La primera consiste en mayor población, mayor diferencia social, más producción, etcétera, es decir, una ampliación de la escala respecto a lo no estatal. La segunda señala la aparición de cosas que no existían hasta entonces,

¹³⁸ El autor además menciona y rebate las objeciones planteadas por Smith con respecto a la pertinencia del uso del concepto de estado para las sociedades antiguas. Marcelo Campagno (2018, 101).

¹³⁹ GONZALO DE AMÉZOLA y otros, *Sociedad, espacio, cultura. De la antigüedad al siglo XV*, Buenos Aires, Kapelusz, 1998

como la de un grupo minoritario que se apropia de los excedentes, obligación de la mayoría de la población a pagar tributo y la aparición de una burocracia, funcionarios que no están relacionados al conjunto de la sociedad por lazos parentales sino que están relacionados con el dispositivo estatal, con la élite dominante. La tributación como la burocracia cuentan con un denominador común, que es el rasgo nuevo que emerge con la aparición del Estado, el monopolio legítimo de la coerción, la posibilidad de un grupo minoritario de imponer su voluntad al resto algo que no sucedía en las sociedades no estatales.

De esta manera, si consideramos que el rasgo fundamental que indica la existencia del estado es el uso legítimo de la fuerza por parte de una persona o grupo que se atribuye tal prerrogativa, no advertimos en esta obra que los autores realicen una explicación satisfactoria de la manera mediante la cual los habitantes aceptaron la imposición de un grupo gobernante, con capacidad de monopolizar la fuerza, de exigir tributos y obediencia, características que nos brindan la pauta de la existencia de un Estado. Al inicio del capítulo 3, a modo de comentario sobre lo que se abordará en el mismo, se evidencia la preocupación de responder a ello cuando menciona que “De sociedades donde los hombres eran relativamente iguales se pasa a organizaciones con grandes diferencias entre quienes tenían privilegios de todo tipo y quienes carecían de los derechos más elementales... ¿Cómo se produjeron estos cambios? ¿Cómo fueron estas primeras civilizaciones?...”¹⁴⁰. Sin embargo, estos interrogantes no son explicados de modo satisfactorio, tal vez ello se deba a la utilización que los autores le asignan al término “civilización”.

Cuando realizan una definición de *civilización*, indican que con ello los historiadores “se refieren a aquellos pueblos que han logrado organizarse de una manera más compleja que los hombres prehistóricos. Dos son las condiciones que generalmente coinciden para que nos encontremos frente a una civilización: ciudades y escrituras”¹⁴¹. Aunque aclaran que “generalmente coinciden” ambas condiciones, mediante esta definición le están restando importancia a los logros alcanzados por importantes sociedades ágrafas, como por ejemplo la incaica en Sudamérica. La equiparación entre civilización y la existencia de escritura es algo que se solía hacer años atrás, pero tal criterio es similar a querer definir a las primeras civilizaciones solo por los aspectos de su cultura material, lo que no colabora en la comprensión de la complejidad que implican estas sociedades. De este modo, a pesar de la falta de referencia directa al Estado, la noción del mismo se encuentra presente permanentemente en la obra.

Muestran evidentes signos de complejización cuando explican que en Mesopotamia “las primeras ciudades-estado [estaban conformadas por] una muralla protectora (...), el palacio y el templo. El palacio era la residencia del rey, a quien consideraban un representante del dios

¹⁴⁰ GONZALO DE AMÉZOLA y otros, *op. cit.*, p. 33.

¹⁴¹ GONZALO DE AMÉZOLA y otros, *op. cit.*, p. 37.

en la tierra”¹⁴², representación que le había sido otorgada por el consejo de dioses, lo que además le permitía predecir el futuro con la ayuda de los adivinos reales. Pero esta no era la única función del rey, también era el responsable de administrar las riquezas, construir y mantener los canales, defender la ciudad, organizar los ejércitos y construir los santuarios¹⁴³. Todas estas tareas fueron asumidas por el rey, cuya fundamentación para explicar su posición de poder radica en afirmar que deben haber sido “quienes mejor comprendieron los fenómenos que eran fundamentales para la supervivencia de esas comunidades: las crecidas de los ríos y la influencia de los factores climáticos en la agricultura...”¹⁴⁴, justificando con ello y sin ahondar en mayores explicaciones sobre la potestad que adquirió el rey o el grupo detentador del poder para lograr la aceptación del monopolio de la violencia y la capacidad de exigir tributos.

Continúan marcando las características propias atribuidas al Estado, pero sin enunciarlo de ese modo, cuando aclaran que los conceptos comprendidos en “Ciudades y escritura” implican una serie de transformaciones como la división del trabajo en una variedad de oficios; la aparición de grupos sociales diferenciados, la construcción de edificios monumentales, el establecimiento de religiones elaboradas y la creación de diversas formas de gobierno, para finalizar expresando que aparecen los reyes y los reinos¹⁴⁵. Advertimos la presencia de varios de los criterios que Gordon Childe elaboró como parámetros que permiten distinguir a lo que denominó *Revolución Urbana*. Coincide con dichos criterios la aparición de las primeras ciudades; la división del trabajo con la aparición de especialistas a tiempo completo; la construcción de edificios públicos monumentales; la división de la sociedad en clases, con una “clase gobernante”, la aparición de la escritura y la organización estatal que se basa más en la residencia que en el parentesco¹⁴⁶.

En la actualidad, nuevas teorías han tomado como punto de partida esta lista de Childe, enriqueciéndola con nuevos aportes y reflexiones. Una de ellas es la sugerida por Campagno, investigador al que adherimos en su propuesta teórica en el presente estudio. El aporte que realiza supera largamente lo que brevemente mencionaremos, más adelante será necesario explayarnos con mayor profundidad sobre el mismo. Por el momento indicamos que subdivide los criterios señalados en cuantitativos y cualitativos, de los cuales los primeros pueden encontrarse dentro de las características de las sociedades estatales antiguas, pero no ser un elemento constitutivo decisivo de tales sociedades, en tanto que los criterios cualitativos

¹⁴² GONZALO DE AMÉZOLA y otros, *op. cit.*, p. 40.

¹⁴³ *Ibidem*

¹⁴⁴ GONZALO DE AMÉZOLA y otros, *op. cit.*, p. 36.

¹⁴⁵ GONZALO DE AMÉZOLA, *op. cit.*, p. 37.

¹⁴⁶ MARCELO CAMPAGNO. “De los modos de organización social en el Antiguo Egipto: Lógica de parentesco, lógica de Estado”. *Estudios sobre el parentesco y Estado en el Antiguo Egipto*. Buenos Aires. Marcelo Campagno(ed.). 2006. p. 30

resultan decisivos por cuanto indican nuevos elementos que no existían en menor escala en la sociedad pre-estatal. La constitución de una nueva lógica social que no se basa en el parentesco, la aparición de una clase gobernante que acapara el excedente en forma de tributos cobrados por funcionarios dependientes de esta nueva clase, la disposición de un mecanismo de registro a través de la escritura, poseen como elemento común al monopolio legítimo de la coerción, tal como lo denominó Weber. Este monopolio de la coerción es algo novedoso que no se encuentra en las sociedades no-estatales, porque la lógica de parentesco lo impide, por lo que las prácticas basadas en el monopolio de la coerción son decisivas en la constitución de una sociedad estatal¹⁴⁷.

Cuando nos referimos a las sociedades articuladas por el parentesco estamos haciendo alusión a que el principio básico que organiza su trama social es la *norma moral de la reciprocidad*¹⁴⁸, en la que se destacan dos preceptos: las personas deben ayudar a quien le ha ayudado y no se debe perjudicar a quien le ha ayudado. De ello se desprende que la práctica del parentesco incluye un deber de ayuda mutua entre los miembros de la sociedad que se rigen por tales parámetros, pero también implica que este tipo de regulación no permitan prácticas contrarias a la norma de reciprocidad. Así, el líder de una sociedad de jefatura no puede superar el límite que la estructuración del parentesco le impone, lo cual le impide acceder al monopolio de la coerción física¹⁴⁹, práctica que denota una lógica distinta, correspondiente a las sociedades estatales.

De este modo apreciamos que varios de los criterios que Childe utilizó para describir a la *Revolución Urbana*, son susceptibles de indicar la presencia de un Estado tal como lo evidencia Campagno. Dichos criterios o prácticas son expuestos por los autores del texto escolar, aunque sin ponerles el rótulo de estatales a las sociedades que analizan. Evitan abordar el surgimiento del Estado, aunque por lo señalado se infiere que lo están analizando. El Estado simplemente surge y se constituye en una etapa de progreso comparado con las sociedades carentes del mismo, es decir, presenta una perspectiva evolucionista en cuanto al tratamiento del tema.

El otro texto utilizado en el presente estudio corresponde a *Historia. De las primeras sociedades hasta el siglo XV*¹⁵⁰. El libro está compuesto por cinco secciones, cada una de las cuales lleva su correspondiente título. A su vez, estas secciones se subdividen en capítulos, que alcanzan un total de dieciocho. Para la presente investigación nos ocuparemos en particular de la consulta

¹⁴⁷ MARCELO CAMPAGNO, "De los modos de organización social en el Antiguo Egipto, *cit.*, p. 31.

¹⁴⁸ MARSAHL SAHLINS "Economía tribal". *Antropología y economía*, en Maurice Godelier. Barcelona Anagrama. 1976. pp. 243-248

¹⁴⁹ MARCELO CAMPAGNO. *El origen de los primeros Estados: la "revolución urbana" en América precolombina*. Buenos Aires. Eudeba. 2007. p. 12.

¹⁵⁰ NATALIA ALFONSINA BARRAZA y otros. *Historia: desde las primeras sociedades hasta el siglo XV*. Buenos Aires. Santillana. 2011.

al capítulo tercero -de los cuatro que conforman la primera sección-, y de los capítulos quinto, sexto y séptimo -de los cinco que componen la segunda sección-.

En este caso está manifiesta la voluntad de referirse al surgimiento del Estado, porque tal noción es utilizada como demarcadora de una nueva etapa. Así lo demuestra la denominación de la segunda sección, *Los primeros Estados de la Historia*, como también lo hace el capítulo quinto -primero de la sección indicada-, que lleva por título *Territorios, gobiernos, leyes: los Estados*. Además, se incluye una definición de Estado¹⁵¹ acorde a la comprensión de los principales usuarios para quienes está destinado el libro. Lo que resulta endeble es la explicación que brinda respecto a la aparición del mismo. Luego de comentar que en las sociedades urbanas el trabajo se encontraba dividido y diferenciado, señala que el aumento de la población, la multiplicación de actividades y las diferencias entre los distintos grupos generaron problemas de convivencia, y *para evitar conflictos o solucionarlos y para organizar las distintas actividades de la población, aparecieron los primeros Estados*¹⁵². Es deseable y valoramos la presencia de una definición accesible de Estado para facilitar la comprensión de la lectura posterior, pero la explicación con respecto a su aparición no colabora en la búsqueda de lograr que los estudiantes analicen, comprendan y comuniquen el conocimiento histórico a través de explicaciones complejas y coherentes, utilizando conceptos propios de la disciplina¹⁵³, tal como sugiere el ministerio provincial que realicen los docentes de Historia con sus alumnos.

La explicación acerca de la aparición del Estado es retomada cuando comentan que estos primeros gobiernos utilizaron la fuerza para imponerse a la población, y que esta aceptó el dominio porque necesitaba una autoridad para organizar la defensa y la producción de alimentos. ¿De qué manera justificaban su poder los gobernantes? Lo habrían logrado argumentando que ese poder era necesario para asegurar la supervivencia de la sociedad, afirmar que venía de los dioses o considerarse dioses ellos mismos, utilizando la fuerza en caso de ser necesario¹⁵⁴. Lo expuesto está en consonancia con lo indicado en el párrafo anterior, la explicación es inconsistente, no refleja la complejidad social. Un grupo de personas, una persona o un *gobierno*, pueden utilizar la fuerza para hacerse con el poder, pero no pueden permanecer en él solo ejerciendo la violencia permanentemente. Igualmente, al señalar que la población aceptaba esta situación porque necesitaba *organizar la defensa y la producción de alimentos*, no se indican los fundamentos en que se basaba determinada persona para

¹⁵¹ Los autores definen al Estado como “una forma de organización política y legal que tiene autoridad sobre una población asentada sobre un determinado territorio y trata de mantener el orden, a través de su gobierno, mediante un sistema de leyes. Además, se ocupa de la defensa de los territorios ante enemigos externos, así como de la organización de las tareas que requieran trabajos colectivos” (Barraza, op. cit., p. 56).

¹⁵² NATALIA ALFONSINA BARRAZA y otros, op. cit.p. 56.

¹⁵³ Diseños Curriculares, 164.

¹⁵⁴ NATALIA ALFONSINA BARRAZA y otros, op. cit.p. 56.

arrogarse el derecho al mando. Se intenta una justificación de ello cuando señala que se podían invocar derechos divinos o atribuirse en sí mismo características divinas, pero continuamos sin conocer qué atributos o qué tipo de personas podían llegar a reclamar la obediencia. El desarrollo temático deja la sensación de que se está tratando sobre el proceso que atraviesa una sociedad homogénea, compacta, donde todos tienen los mismos intereses sin explicar cómo se produjo la transición entre una comunidad igualitaria a otra en la que se impone una autoridad que exige trabajo y tributos a cambio de la promesa de defenderlos ante posibles ataques externos.

De la misma manera que la obra anteriormente analizada, brinda un concepto de civilización, pero en este caso están diferenciados Estado y civilización, aunque la presencia del primero es considerada como uno de los rasgos característicos del segundo¹⁵⁵. Ubica a Egipto y Mesopotamia enmarcados en la perspectiva de la cuestionada teoría de las *Las civilizaciones hidráulicas*, tal como titulan un apartado en el que aparecen mencionadas la civilización del río Indo, la del Ganges y la de los ríos Yangtsé y Huang en China¹⁵⁶. Los autores se preocupan de que el concepto de *civilización hidráulica* quede afianzado en los jóvenes porque lo retoman luego en dos actividades previstas en el capítulo destinado a Egipto. En la primera de ellas piden que los alumnos respondan si fue Egipto una civilización hidráulica, y en la segunda les solicitan escribir tres palabras o frases muy breves relacionadas con seis conceptos, y el listado inicia con el término en cuestión¹⁵⁷. Cuando nos referimos a las *civilizaciones hidráulicas*, estamos refiriéndonos a la *teoría hidráulica* propuesta por Wittfogel a mediados del siglo XX, que sostenía que en ambientes determinados por la presencia de ríos caudalosos y con población creciente, la sociedad implementaba grandes obras de regadío que le permitían aprovechar tierras hasta entonces poco utilizadas. Pero para poder lograrlo, necesitaba que un grupo se encargara de organizar y dirigir las tareas, lo que les otorgaba un poder mayor, y su existencia estaría legitimada por el beneficio que acarrearían al conjunto de la sociedad¹⁵⁸. Basados en estos supuestos, esta teoría no puede explicar satisfactoriamente lo sucedido en América, por ejemplo, con los incas.

Observamos algunas coincidencias y diferencias en el abordaje del surgimiento del estado en las sociedades primarias, específicamente en Egipto y Mesopotamia. Ambas obras realizan un tratamiento único y general del tema, que les sirve como introducción y explicación para el desarrollo posterior individual de estas sociedades, a las que empiezan a estudiar a partir de los tiempos históricos y con todas las características de la estatalidad ya presentes. Debemos recordar que en el texto analizado primero no se menciona al Estado, pero que sus

¹⁵⁵ NATALIA ALFONSINA BARRAZA y otros, op. cit.p. 57.

¹⁵⁶ NATALIA ALFONSINA BARRAZA y otros, op. cit.p. 58.

¹⁵⁷ NATALIA ALFONSINA BARRAZA y otros, op. cit.p. 79-89.

¹⁵⁸ MARCELO CAMPAGNO. *El origen de los primeros Estados: la "revolución urbana*, cit., p. 14.

características se pueden advertir en lo que sus autores conceptualizan como “civilización”, y que coinciden con los criterios de Childe cuando hace referencia a la *revolución urbana*, a partir de los cuales Campagno demostró que varios de ellos son susceptibles de brindar pautas de estatalidad, tal como hicimos referencia anteriormente. En la segunda obra se nombra al Estado, se indica un concepto y se explica su surgimiento, pero de un modo demasiado superficial y simplista. A la vez, este término se encuentra como una más de las características que conforman lo que denominan *civilización*. Ambos textos se asemejan en el aspecto que muestran una marcada tendencia evolucionista en el abordaje temático.

PROPUESTA PARA EL ESTUDIO DEL SURGIMIENTO DE LOS ESTADOS PRIMARIOS

Explicar el origen del Estado y las sociedades llamadas complejas fue tarea de una diversidad de especialistas que dieron lugar a una gran cantidad de teorías, que ponen el énfasis en distintos factores de acuerdo a la postura ideológica del investigador.

Pero fue el arqueólogo australiano Gordon Childe quien propuso una serie de criterios o indicadores que dieron lugar a lo que él denominó Revolución Urbana, para mostrar los cambios que permitieron el surgimiento del Estado. El paso de las sociedades simples a las complejas se planteó en su mayor parte desde una visión evolucionista, de modo que las sociedades de jefatura fueron consideradas el paso previo para el desarrollo del Estado. Sin embargo, estas posturas fueron puestas en cuestión para dar lugar a nuevas teorías críticas.

Con el fin de colaborar en la renovación dialógica entre lo que se estudia en el ámbito académico y lo que se enseña en el ámbito escolar¹⁵⁹, planteamos que el abordaje del surgimiento de los estados primarios a partir de una mirada alejada del evolucionismo que efectúa Campagno, sea una opción válida a la hora de tratar dicha temática en las escuelas de nivel secundario de la provincia. Para que ello sea posible es necesario difundir esta propuesta entre los educadores para que puedan realizar su correspondiente transferencia didáctica en las aulas, proponer textos que sugieran una explicación alternativa al evolucionismo, como es el caso de la que comentaremos seguidamente.

Partimos de la idea que la imposibilidad del Estado en las sociedades primitivas se debe a la importancia fundamental que tiene en ellas el parentesco, en tanto opera como lógica dominante de organización social, incluidas las llamadas *sociedades de jefatura*. La condición diferencial de los jefes en tales sociedades no se basa en la concentración de poder sino en la acumulación de prestigio, y el prestigio no deviene en poder porque las normas que operan según la lógica de parentesco no permiten que ello ocurra en el interior de una trama social.

¹⁵⁹ DAVID WAIMAN. “Mirando la Edad Media desde el siglo XXI. Las mujeres en los manuales escolares bonaerenses (1994 – 2008)”, en: Neyra, A. y Rodríguez, G. (dirs.), *¿Qué implica ser medievalista? Prácticas y Reflexiones en Torno al Oficio del Historiador: Vol.3. El Medioevo Hispánico y Otros Ensayos*, Universidad Nacional de Mar del Plata, Sociedad Argentina de Estudios Medievales. 2012. p. 214.

Por ello si un jefe actúa en contra de esta lógica, logra el rechazo o destronamiento. Por este motivo esta situación no corresponde a la antesala evolutiva del Estado sino a una modalidad divergente de existencia social¹⁶⁰. La lógica del parentesco impide la estructuración de una diferenciación sociopolítica fuerte en el interior de las sociedades no-estatales, lo que deriva que en esas sociedades no exista el monopolio de la coerción física. En tanto la diferenciación y el monopolio de la coerción constituyen condiciones indispensables para la existencia del Estado, la lógica de parentesco se halla en contradicción con el proceso de advenimiento del Estado, impide la aparición de la práctica estatal, el Estado es allí imposible¹⁶¹. Si según se ha explicado su existencia es imposible, ¿cómo hizo entonces para superar esa imposibilidad? Para comprenderlo se hace necesario referirnos a los intersticios.

Las tramas parentales se definen a sí mismas en oposición con otras tramas, a las que, respecto del propio grupo, se reconocen integradas por “no-parientes”, conformando ámbitos que se extienden entre las diversas tramas reguladas por el parentesco, que implican espacios sociales extraparentales, a los que Campagno (2014, 207) denomina *intersticiales*, cuya importancia radica en que al no encontrarse regidos por la lógica del parentesco pueden servir para que surjan prácticas ajenas a sus principios. De este modo, el investigador mencionado identifica tres posibles escenarios intersticiales que propician la aparición de prácticas de tipo estatal: 1) el de las guerras de conquista entre comunidades previamente autónomas, en donde la resolución del conflicto implica alguna forma de control permanente sobre los vencidos; 2) el de los contextos urbanos iniciales, entendidos como ámbitos socialmente heterogéneos resultantes del proceso de concentración poblacional de diversa procedencia; 3) sociedades en las que existen formas de liderazgo sagrado que se definen al margen del orden parental. Estos escenarios permiten pensar en el surgimiento de lo estatal en tanto dinámica que emerge en exterioridad respecto de la lógica del parentesco, a la cual no elimina, pero si la subordina a la nueva lógica estatal¹⁶².

Podemos resumir brevemente las características de estos tres escenarios intersticiales planteados por Campagno (2014, 208-215) de la siguiente manera: las guerras de conquistas cuya resolución determine algún tipo de control permanente de parte de los vencedores sobre los vencidos, es un ámbito intersticial que propicia la aparición de prácticas estatales porque allí no funciona la lógica del parentesco al tratarse de niveles extracomunitarios. Esto posibilitaría la aplicación de otras prácticas como el de la coerción estatal, característica que ya hemos indicado que no puede darse en las sociedades no-estatales y que es necesaria su existencia cuando nos referimos al Estado.

¹⁶⁰ MARCELO CAMPAGNO. “Pierre Clastres y el problema del surgimiento del Estado”, en Marcelo *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*. Buenos Aires. Campagno, M. (ed.). 2014. pp. 204-205.

¹⁶¹ MARCELO CAMPAGNO. “Pierre Clastres y el problema del surgimiento del Estado, cit., pp. 205-206.

¹⁶² MARCELO CAMPAGNO. “Pierre Clastres y el problema del surgimiento del Estado, cit., pp. 207-208.

Con respecto al segundo de los escenarios intersticiales, los contextos urbanos iniciales y las variaciones demográficas asociadas a su constitución es otra de las condiciones de posibilidad para el surgimiento de prácticas estatales. Los procesos en los que surgen los Estados primarios como Mesopotamia y Egipto, están acompañados por la aparición de núcleos urbanos que parecen no deberse solo al crecimiento vegetativo sino a la acción de procesos migratorios. De este modo, se constituyen como receptores de población de origen heterogéneo, personas o grupos de personas que llegan a estos centros y son no-parientes con respecto a los habitantes que ya están establecidos. Por esta razón, es lícito tratarlos con otra lógica distinta a la que aplica el parentesco, lo que conduce a que se integren de manera desigual a la sociedad, prácticas de integración que no podemos precisar con exactitud, pero que podrían haber derivado en modos de subordinación afines a la práctica del patronazgo, en el caso de haber sido aceptada pacíficamente la situación, o en disputas faccionales, de haber existido conflictos.

Como último escenario intersticial señalaremos a la realeza sagrada, existente en sociedades donde el líder es visto como un personaje cósmicamente central, íntimamente conectado con el ámbito de la naturaleza, de tal manera que las relaciones entre esta última y la sociedad pueden ser armónicas en función de la vida que lleve el líder. Esto puede conducir a que estas sociedades practiquen el regicidio, para evitar que la pérdida de fortaleza del líder se traduzca en pérdida de la prosperidad de la sociedad. Puede ser intersticial este tipo de liderazgo porque rompe con lo doméstico, familiar o el linaje. Son percibidos en exterioridad con respecto al orden parental que estructura la sociedad, y por lo tanto desocializados respecto del conjunto social. Por ello es que en estas sociedades el jefe puede cometer prácticas incestuosas o ser sacrificado ritualmente. Así como puede acontecer lo indicado, puede verse implicado en otras prácticas que no serían compatibles con el orden parental. Estos serían los casos en que estos líderes puedan servir como una especie de santuario en los que pueden refugiarse quien haya cometido algún crimen; pueden ser los únicos que dispongan de los prisioneros de guerra; y que por su intermedio se produzca la incorporación de forasteros. Las tres últimas prácticas indicadas generarían relaciones de subordinación con el líder dentro de la sociedad, pero al margen de la lógica que la regula, por lo que es posible pensar que estos seguidores del líder podrían ejercer prácticas coercitivas respecto a los integrantes de las ramas parentales, propiciando así el surgimiento de prácticas no regidas por el parentesco.

PALABRAS FINALES Y PROPUESTAS PRÁCTICAS

En referencia a investigaciones sobre las características de los manuales del Nivel secundario y las actividades planteadas en los mismos, Álvarez (2014, 5) concluye que, en el caso de la historia antigua, se privilegia en líneas generales un aprendizaje de tipo memorístico, que

busca reproducir exactamente la información brindada por el libro, lo que implica una mecanización de la enseñanza. Pero además se presenta un conocimiento acabado y completo, de tal manera que es necesario crear alternativas que permitan superar las limitaciones que puede presentar el manual, especialmente en lo que se refiere a las ausencias, ya sea que se trate de sujetos o procesos históricos o de distintas visiones historiográficas. No obstante, consideramos que es posible a partir de nuevos enfoques de la disciplina histórica y de las distintas líneas historiográficas, hacer aportes alternativos para los docentes del Nivel Secundario que involucren conceptos complejos y contenidos significativos, sin continuar transmitiendo explicaciones simplistas.

La escasez de tiempo dedicado por el sistema educativo a la Historia Antigua y Medieval contribuye con el recorte de contenidos, y en consecuencia algunos temas son privilegiados sobre otros a los que podemos llamar ausentes del relato. Si bien las recientes publicaciones tienden a incorporar sujetos antes marginados, como las mujeres o los esclavos, los manuales utilizados en el Nivel Secundario en general no se alejan de la visión tradicional de historia.

Es por ello que estimamos que esta sugerencia de abordar la problemática del surgimiento de los Estados primarios desde esta nueva perspectiva es provechosa por varios motivos: fundamentalmente porque serviría para mostrar a los alumnos que en nuestro país hay personas que se dedican al estudio de esos temas que a ellos les parece demasiado alejados a su realidad, despertando un atractivo mayor al tratar propuestas generadas localmente y tal vez deseo de continuar su estudio; trabajarían una propuesta innovadora en cuanto al tratamiento de la problemática de la aparición del Estado, que se opone a la mirada evolutiva que aún resulta predominante; y quedarían explicadas coherentemente las apariciones abruptas *ex nihilo* de líderes o reyes que se hacen con el poder porque logran la sumisión de toda la sociedad –desconociendo la heterogénea composición e intereses de la misma-, colaborando a que los alumnos comprendan el carácter provisional, problemático, inacabado y controversial del conocimiento social¹⁶³.

Ante la inexistencia de títulos referidos al estudio de la Edad Antigua en la bibliografía para el docente consignado en los diseños curriculares para el Ciclo Básico provistos por el Ministerio de Educación de la provincia de Catamarca, proponemos que se incluyan obras referidas a la temática para subsanar esta carencia, pero especialmente sugerimos que allí mismo se incorporen textos que sirvan para conocer este abordaje teórico del surgimiento del Estado, como los pertenecientes a Campagno, sobre los cuales se asientan los fundamentos teóricos del presente trabajo.

¹⁶³ Diseños Curriculares, op. cit., p. 164.

BIBLIOGRAFÍA

MARÍA SILVIA ÁLVAREZ- MARÍA NOEL BALLA- ANA BELLA PÉREZ CAMPOS. *Los libros escolares de historia antigua: análisis de las actividades propuestas*. En XV Jornadas Nacionales y IV Internacionales de Enseñanza de la Historia de la Asociación de Profesores de Enseñanza de la Historia de las Universidades Nacionales (APEHUN). Facultad de Humanidades y Ciencia, Universidad Nacional del Litoral. 2014

NATALIA ALFONSINA BARRAZA y otros. *Historia: desde las primeras sociedades hasta el siglo XV*. Buenos Aires. Santillana. 2011

MARCELO CAMPAGNO. "De los modos de organización social en el Antiguo Egipto: Lógica de parentesco, lógica de Estado". *Estudios sobre el parentesco y Estado en el Antiguo Egipto*. Buenos Aires. Marcelo Campagno(ed.). 2006. pp.15-50.

MARCELO CAMPAGNO. *El origen de los primeros Estados: la "revolución urbana" en América precolombina*. Buenos Aires. Eudeba. 2007

MARCELO CAMPAGNO. "Tres modos de existencia política: Jefatura, patronazgo y Estado". *Parentesco, patronazgo y Estado en las sociedades antiguas*. N° 5. Buenos Aires. Marcelo Campagno (ed.). 2009. pp. 341 - 351.

MARCELO CAMPAGNO. "Pierre Clastres y el problema del surgimiento del Estado", en Marcelo *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*. Buenos Aires. Campagno, M. (ed.). 2014. pp. 201-219.

MARCELO CAMPAGNO. "De la pertinencia del concepto de Estado para el pensamiento de las sociedades antiguas. Reflexiones sobre las capacidades de hacer del Estado egipcio antiguo". *Lógicas sociales en el Antiguo Egipto. Diez estudios*. Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. 2018. pp. 79 - 101.

GONZALO DE AMÉZOLA y otros (s/d). *Sociedad, espacio, cultura. De la Antigüedad al siglo XV*. Buenos Aires. Kapelusz. 1998.

MARSAHLL SAHLINS "Economía tribal". *Antropología y economía*, en Maurice Godelier. Barcelona Anagrama. 1976.

DAVID WAIMAN. "Mirando la Edad Media desde el siglo XXI. Las mujeres en los manuales escolares bonaerenses (1994 - 2008)", en: Neyra, A. y Rodríguez, G. (dirs.), *¿Qué implica ser medievalista? Prácticas y Reflexiones en Torno al Oficio del Historiador: Vol.3. El Medioevo Hispánico y Otros Ensayos*, Universidad Nacional de Mar del Plata, Sociedad Argentina de Estudios Medievales. 2012. pp. 213-220.

Diseños Curriculares Educación Secundaria Obligatoria. Tomo I. Ciclo Básico. Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Provincia de Catamarca (webcatamarca.edu.ar/sitio)